

Gustavo Szulansky

FRANCA

18 años

DESAPARECIDA

JUVENILIA



EDICIONES

SERIE TESTIMONIOS

© 2006, Gustavo Szulansky
gustavoszu@gmail.com



SERIE TESTIMONIOS

Asociación Cultural Juvenilia

Moreno 590 (1091) Ciudad de Buenos Aires

Te.: 4345 - 0160

E-Mail: juveniliaediciones@yahoo.com.ar

Página web: www.juvenilia.org.ar

Diseño: Micaela Bueno

Corrección y seguimiento editorial: Leda Maidana

Edición: Rafael Pinedo y Alejandra Procupet

Franca se basa enteramente en hechos reales, aunque el autor se permitió no mencionar o cambiar identidades de personajes no relevantes, y transformar algunas anécdotas por cuestiones de estilo, ritmo narrativo y economía del lenguaje.

Una primera versión de este libro, concluido en 1992, fue publicada por el Colegio Nacional de Buenos Aires e impresa en la imprenta del Colegio en 1996.

1a. edición: abril de 2006

ISBN-10: 987-21843-9-9

ISBN-13: 978-987-21843-9-1

Impreso en Argentina

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Szulansky, Gustavo

Franca, 18 años, desaparecida - 1a ed. - Buenos Aires : Juvenilia Ediciones, 2006.

128 p. : il. ; 20x15 cm.

ISBN 987-21843-9-9

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Para Lucas, Eric y Amanda, con amor infinito

AGRADECIMIENTOS

A Vera, por abrirme la puerta; a Deborah, por el aguante; a Leo, por el aliento, la confianza y el descomunal sentido común; a Enrique, por la claridad y la comprensión; a Mako, por el vital empujoncito final; a Nelson, por el prólogo y la generosidad; a todos mis compañeros del Colegio, por ser y estar.

PRÓLOGO

Mi primer contacto con Gustavo Szulansky fue estrictamente laboral. Corría el año 1992 y el tema que nos acercó fue la campaña para la elección presidencial que consagraría a Bill Clinton. Por entonces Gustavo ocupaba una posición importante en uno de los departamentos de CBS, la poderosa cadena estadounidense de radio y televisión. Ese primer vínculo profesional dio lugar a una afectuosa y sincera amistad, que aún perdura.

Pero volvamos a aquella época de la década del noventa. En uno de mis posteriores viajes a Nueva York, Gustavo, con su habitual sencillez, me entregó un texto de su autoría. Era una novela. Me pidió que la leyera, sin agregar ningún dato más. Así, en medio de un revuelo de valijas y aeropuertos, llegó FRANCA a mis manos.

Los viajes de un periodista agregan aún más vértigo a su acelerada vida, y FRANCA quedó atrapada en ese torbellino. Los meses pasaron y el sobre que contenía el manuscrito siguió cerrado. Hasta que hubo un día en que su hora llegó y, fundamentalmente para no defraudar el pedido de un buen amigo decidí, “cumplir” con el compromiso de la lectura.

Lo que siguió fue una sorpresa: ni bien comencé a leer la novela quedé atrapado por su trama, su contenido, su escritura y su circunstancia. Era evidente que narraba experiencias de personajes que, más allá de sus nombres, Gustavo había conocido en su paso por el Nacional Buenos Aires.

Pero lo más valioso es que la historia de FRANCA sintetiza la de muchos jóvenes argentinos que tuvieron un ideal: cambiar el mundo. Ese ideal romántico fue salvajemente aplastado por una brutal forma de terrorismo: el Terrorismo de Estado. Éste es de una inmoralidad infinitamente superior a cualquier otra forma de violencia debido a que, al utilizar el poder del Estado, deja a los ciudadanos inermes y en total situación de indefensión.

Algunos de esos jóvenes idealistas habían creído, equivocadamente, que el camino para lograr el cambio era la lucha armada, y en pos de ello se dejaron liderar por un grupo de apóstoles de la violencia que, en realidad, lo que querían era tener acceso al poder. Es menester decir que una parte de la sociedad los acompañó, y casi diría, los estimuló.

El vendaval de brutalidad estatal comenzó durante la presidencia constitucional de María Estela Martínez de Perón y se potenció al infinito después del golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976, que marcó uno de los hechos más oscuros de la historia argentina. El poder y los medios que los ciudadanos ceden al Estado para su administración fueron utilizados para secuestrar, torturar y matar a esos mismos ciudadanos. A los movimientos guerrilleros se los debió haber combatido con observancia absoluta de la ley.

En aquellos años terminé mi colegio secundario y cursé todos mis estudios universitarios en la Facultad de Medicina y en la Escuela de Periodismo. Pese a que compartía plenamente el deseo de un mundo mejor, nunca aprobé el uso de la lucha armada. Para los que no estábamos de acuerdo con estos métodos esa época fue dura: había violencia y muerte por doquier. Y, lo que es peor, nos habíamos acostumbrado a convivir con ello.

Lo cierto es que desde aquellos días hasta hoy bastante tiempo ha transcurrido, pero estos hechos de barbarie aún tienen consecuencias graves para la sociedad argentina. Y es debido a ello que es necesario ejercer una memoria amplia y permanente sobre todos los acontecimientos de esas décadas.

Memoria amplia y permanente que permitirá que haya justicia.

Memoria amplia y permanente que nos posibilitará que el NUNCA MÁS sea una realidad para siempre.

Éste es el aporte que nos hace FRANCA.

Nelson Castro

I

Clic clic. Clic clic. Clic clic. El sonido metálico de las armas cargándose era lo único que se escuchaba en la calle Bolívar.

Clic clic. Clic clic. Clic clic. Los policías avanzaban y las escopetas Itaka apuntaban a algún punto por sobre las cabezas de los estudiantes, que retrocedían hacia la Plaza de Mayo.

Clic clic. Clic clic. Clic clic. Bajo el cielo gris del invierno porteño cada uno de los manifestantes se preguntaba en qué momento las gruesas balas de goma saldrían disparadas. La amenaza de muerte que el sonido producía llegaba con toda claridad, y nadie se acercaba a los uniformados.

Clic clic. Clic clic. Clic clic. El grupo de adolescentes seguía replegándose, ante la mirada de soslayo de quienes pasaban por el lugar, que apuraban el paso sin querer atender a tan peculiar coreografía: unos avanzando, marcando el ritmo con sus botas y armas; otros, mucho más jóvenes, caminando hacia atrás, gritando de vez en cuando algún insulto o intentando aunar las voces asustadas en consignas contra la represión.

Clic clic. Clic clic. Clic clic. Al llegar a la esquina de Diagonal, frente al Cabildo, los estudiantes percibieron que no iban a conseguir su objetivo y comenzaron a dispersarse. Los policías, bajando sus armas, dieron media vuelta y desandaron la cuadra y media que los separaba del Colegio Nacional de Buenos Aires.

Corría el mes de junio de 1975 y la Argentina ya había emprendido su viaje hacia el infierno: ver por la calle hombres armados, jovencitos gritando, corridas y represión era algo común.



A fines del siglo dieciocho, cuando el país era todavía una colonia española, el Real Colegio de San Carlos ya ocupaba la más antigua de las manzanas de la capital del Virreinato del Río de la Plata. Y, llegado el siglo XIX, ostentaba el privilegio de ser uno de los centros de difusión del ideario de la Revolución Francesa. Por entonces, la Argentina logró su independencia y el Colegio, siempre testigo y artífice de la consolidación de la República, fue cambiando. Finalmente, en 1863, tomó su actual nombre de Colegio Nacional de Buenos Aires.

Iniciado el siglo veinte, la próspera República Argentina se permitía lujos tales como contratar arquitectos franceses para que construyeran edificios públicos al estilo de París, y fue así como la vieja institución fijó residencia en su actual palacio.

Bello y sobrio como una gran dama europea, el Colegio recibe a sus visitantes por tres puertas que se abren como imponentes bocas sobre una señorial escalinata que desciende hasta la calle Bolívar, y hace que el acceso sea, en sí mismo, una ceremonia.

Pasada la primera docena de escalones y las rejas, se llega a un gran descanso, sobre el que cuelga una lámpara colosal. El visitante se siente en un terreno de transición entre lo mundano y lo divino: no puede verse aún el interior del templo, pero ya la calle pertenece a un mundo inferior, sujeto a los caprichos del sol, el viento o la lluvia. Quien llega hasta este punto puede elegir entre seguir ascendiendo hacia el cielo o volver al purgatorio por el cual transitan los simples peatones, seres comunes que desconocen la importancia del edificio. El segundo tramo es de piedra más clara, como si ya se hubiera ingresado en una instancia superior, que conduce hacia una puerta de madera oscura con vidrios repartidos. Antes de trasponerla se tiene la opción de mirar hacia atrás y ver, por última vez, al resto de los mortales que recorren la calle.

Hacia adelante está la antecámara del Olimpo, algo más oscura que la sobria claridad que se vislumbra en el fondo. Ya en el interior basta andar diez pasos para poder admirar, a derecha e izquierda, otras dos imponentes escalinatas de mármol gris claro que parecen conducir a nuevas alturas reservadas a los elegidos.

Más allá hay otra gran puerta de madera y vidrio, y luego el claustro central, corazón funcional del Colegio. Sobre la izquierda se ven las aulas de los alumnos del último año, y hacia la derecha un patio con una gran pecera octogonal en el centro, generalmente sin peces, gracias a las inclinaciones sádicas de los jóvenes educandos y la perenne falta de mantenimiento de los edificios públicos argentinos.

Quien llega por primera vez al "Buenos Aires", sabe que más allá hay una vida que transcurre, pero se pregunta si alguna vez podrá compartirla y ser parte de ella.



Esa mañana de mediados de marzo de 1971, mientras subía las escaleras del colegio, todas estas sensaciones e imágenes se mezclaban de modo turbulento en la cabeza de Franca.

Vestida con un sencillo jumper que le llegaba a las rodillas, camisa celeste, corbata y medias azules, tal como lo indicaba el reglamento, Franca se detuvo en el *foyer* y observó la marea de jóvenes de azul y gris. No le gustaba reconocerlo, pero estaba asustada y se preguntaba cómo era posible que quisiera huir de un lugar al que había llegado con tanta ilusión y esfuerzo.

Observó al resto de los alumnos de primer año: resultaba fácil identificarlos por sus caras de desconcierto y sus actitudes tímidas. Recordó que su padre una vez le había dicho que ella tenía la virtud de comprender a los demás, lo que le permitía comprenderse a sí misma. Recién en ese instante, cuando mirando al resto de los chicos pudo verse indecisa y amedrentada, esperando para entrar a su primer día de clases, entendió lo que había querido decirle.

A pesar de su temor, Franca no se arrepintió de haber impedido a sus padres que la acompañaran. Así y todo no pudo evitar que la llevaran en auto y la dejaran, según sus indicaciones, a dos cuadras de distancia.

Se tranquilizó y, como el resto de los alumnos de turno mañana, se acercó a las planillas colocadas detrás de un vidrio, donde localizó su nombre en la lista de la tercera división.

Le pidió indicaciones a una alumna de un año superior, y se dirigió apurada hacia el claustro de la izquierda, en la planta baja. Llegando al aula volvió a sentir la angustia de estar sola en un lugar desconocido, pero se sobrepuso y entró. Se detuvo en la puerta y desde un pupitre, bajo una mano que se sacudía, encontró la sonrisa de un compañero de la primaria. Nunca habían sido amigos, ni siquiera le caía demasiado bien, pero en ese mundo ajeno una cara conocida era como un oasis en el desierto. Se acercó, lo besó en la mejilla y se sentó junto a él.

Los bancos eran de madera, antiguos, con un pequeño estante debajo de la tapa donde apenas cabía un par de libros. Sobre la izquierda, tres altísimas ventanas con una gran banderola en su parte superior dejaban entrar la luz delicada de la mañana.

La claridad resaltaba el rostro todavía un poco infantil de Franca. Su cabellera castaña caía suave, enmarcando su cara y sus ojos inquietos que recorrían el aula y a sus nuevos compañeros queriendo absorberlo todo.

Su mirada se cruzó con la de una chica muy bonita, que le sonrió con gesto amistoso. Ella le devolvió la sonrisa y a la otra le cayó bien esa mirada intensa y ese rostro con pecas, de una belleza serena.

Observando el aula era claro el contraste entre el aspecto añado de los varones, la mayoría de ellos completamente imberbes, y la apariencia de mujeres que las muchachas comenzaban a ostentar en sus gestos.

Pasados los primeros minutos, los flamantes alumnos empezaron a conversar, a preguntarse de qué escuela venían, a compartir expectativas e inquietudes.

El hecho de que todos hubieran aprobado el examen de ingreso, algo que lograba sólo el diez por ciento de los postulantes, colaboraba para generar un clima de compañerismo. Cada uno de ellos había pasado por ese difícil filtro y el año anterior había estudiado muchísimo, fuera de las horas del colegio primario, para finalmente estar allí, en esa aula, en esos bancos.

A las siete y media en punto, el timbre que indicaba el comienzo de las clases cortó de cuajo el bullicio. En cada una de las cinco divisiones de primer año, treinta y cinco adolescentes esperaban curiosos que llegaran los profesores.



II

Lazzaro J. disfrutaba de su trabajo en una gran empresa naviera de Trieste. Ya era un hombre asentado, que apenas conservaba un recuerdo borroso de los años difíciles de su juventud, cuando había sido combatiente voluntario en la Primera Guerra, y había estado separado de su novia y su familia. Sin embargo, esa dura experiencia le había enseñado a valorar la vida tranquila y la compañía de los suyos, dotándolo de una gran capacidad para llevar una existencia austera pero satisfecha.

En 1938, sus días transcurrían apacibles: sus dos hijos adolescentes, Giorgio y Pia, eran buenos estudiantes, y su esposa, Angela, a quien casi todos llamaban Lina, una mujer dedicada y excelente madre. Desde la gran terraza de su cómodo departamento del cuarto piso, Lázaro se entretenía viendo el lento ir y venir de los barcos en el puerto. Y cuando los viernes al atardecer en su hogar encendían las velas y leían el *kiddush*, volvía a rememorar sus años de combatiente y llegaba a la conclusión de que era un hombre feliz.

Los V. también eran una familia dichosa. Poblado de venerables objetos regalados por el abuelo anticuario, el departamento del *viale* Montenero estaba siempre animado por las reuniones de la burguesía intelectual milanesa. La colectividad judía local los respetaba y, pese a que no eran asistentes asiduos al templo, no dejaban de ir en *Yom Kippur* o en *Rosh Hashaná*, cuando también les gustaba reunirse con amigos.

Mamá Lidia disfrutaba de la buena música, papá Vittorio de ir a pasear los domingos, y ambos de la lectura y la vida social. Las dos hijas del matrimonio, Livia, de diecisiete años, y Vera, de diez, eran sanas y alegres, y habían heredado las aptitudes artísticas de su madre.

Quizá como un modo de proteger su actual felicidad, Vittorio había sepultado sus recuerdos de los traumáticos días de la Primera Guerra detrás de una cortina de silencio. Sus hijas sabían que había luchado duramente en las trincheras, que había sido herido de gravedad y que había sobrevivido a largas intervenciones quirúrgicas para luego ser devuelto al frente de batalla, pero Vittorio siempre se resistía a dar más detalles. “Mejor hablemos de la excursión que podemos hacer el próximo fin de semana”, sugería, antes de proponer

un nuevo paseo por las montañas y lagos de los alrededores de Milán.

Pero hacia 1938, tanto en casa de los J., en Trieste, como en la de los V., en Milán, las charlas comenzaron a girar cada vez menos en torno a los detalles de la vida cotidiana y más sobre la situación que atravesaba Italia: “Dicen que el Duce va a dictar leyes antisemitas”, comentaban con las visitas. La mayoría no creía que el futuro sería tan negro: “Esto no es Alemania, en Italia los judíos estamos integrados a la sociedad y muchos hasta son miembros del partido. Llegamos aquí hace siglos, a nadie se le va a ocurrir intentar echarnos. Además, si llega a haber guerra, Mussolini no se va a aliar con el loco de Hitler”.

Pero en septiembre de ese año, los científicos del régimen fascista determinaron que los italianos eran de pura raza aria y, en octubre, el Duce anunció la primera serie de leyes contra los judíos. De la noche a la mañana, *gli ebrei* se transformaron en parias dentro de su propio país: no más libre ejercicio de sus profesiones, no más contratar empleados que no fueran judíos, no más derechos civiles ni acceso de los niños judíos a las escuelas públicas. Largos siglos de historia entraban en la más negra de las noches. Para los que podían subirse a un barco o a un tren, el exilio era la única salvación.

Giorgio J. tuvo que volver a la misma escuela judía de sus estudios primarios, donde habían improvisado clases para albergar a todos los alumnos que habían sido expulsados de los colegios públicos. Pese a que no había sido su elección, el dinámico adolescente vivía la alegría de reencontrarse con sus compañeros de la infancia. El estrecho vínculo entre alumnos y profesores compensaba, al menos en parte, el dolor por lo incomprensible que se había vuelto Italia. Pero esta situación duró pocos meses.

El gerente general de la empresa le propuso a Lazzaro que, si así lo deseaba, podía emplearse en la oficina que la compañía tenía en la Argentina. A los J. les pareció la opción más segura, por lo que a los pocos días Lazzaro fue al consulado donde, sin preocuparse en disimularlo, un diplomático argentino le comunicó que para emitir visas definitivas para inmigrantes era necesario el pago de una importante suma de dinero. Sintiendo sin alternativas, Lazzaro pagó la coima y los cuatro pasaportes fueron sellados. El 5 de enero de 1939 se embarcó en la primera clase del *Neptunia* junto a su esposa Angela y sus hijos, Giorgio y Pia, rumbo a una nueva vida en un país desconocido.

Después de haber considerado la posibilidad de ir a Palestina, donde se habían creado colonias que en el futuro conformarían el Estado de Israel, los V. optaron por la Argentina siguiendo los consejos de una familia amiga que tenía parientes y que había visitado varias veces ese lejano país en el que, al menos, se hablaba una lengua latina. Sin embargo en Milán, Vittorio V. se negó a pagar el soborno requerido por el cónsul argentino y moviendo influencias consiguió visas de salida para su familia, pero como turistas y por tres meses.

El padre de Lidia no quiso abandonar Italia: “Yo me quedo aquí, no me va a pasar nada, éste es mi país”, insistió el abuelo. Como regalo de despedida le dio a su nieta Vera cincuenta liras, con las que la niña se compró diez libros “para leer en el viaje, Nonno, y acordarme de tus cuentos”.

De Milán, los V. fueron a Génova, donde el 2 de marzo de 1939 subieron a la cubierta de segunda clase del vapor *Augustus*. Las niñas miraban excitadas cómo los muelles genoveses se achicaban, aunque el corazón de Vera se encogió de tristeza cuando se dio vuelta y vio, por primera vez en su vida, a su papá y a su mamá llorando.

Para los V. y los J., en Italia quedaban sus parientes, sus amigos, su historia. Y no sabían todavía que mucho de aquello jamás lo podrían recuperar.



Cuando Franca comenzó su escuela secundaria, la mayoría de los alumnos del Nacional de Buenos Aires eran nietos de inmigrantes europeos que habían llegado a la Argentina en la primera mitad del siglo. Para los abuelos de estos chicos, una de sus prioridades había sido que sus hijos pudieran estudiar y acceder a una vida mejor que la que ellos habían tenido en el Viejo Mundo.

Algunos lo habían conseguido, por lo que la primera generación nacida en la Argentina estaba formada por profesionales y empresarios de clase media alta. Desde su nueva condición, estos hijos de inmigrantes pretendían aún más que sus padres italianos, españoles, rusos o japoneses: no les bastaba con que sus hijos recibieran una educación adecuada, sino que además debía ser del mejor nivel académico posible.

En este sector, como en casi toda la burguesía intelectual argentina, prevalecían

los valores humanistas y liberales. Con su larga historia y el prestigio que le daba el hecho de depender directamente de la Universidad, el Colegio Nacional de Buenos Aires era la elección de muchos, alcanzada por muy pocos.

Para ingresar a primer año había que aprobar un exigente examen que deshacía las ilusiones de nueve de cada diez aspirantes. Una vez dentro del colegio, el promedio de calificaciones necesario para aprobar las materias era superior al de los demás secundarios de la Argentina y, en lugar de cinco años, había que cursar seis. Como compensación se podía ingresar a la Universidad de Buenos Aires directamente, sin el curso de un año de ingreso requerido para el resto de los estudiantes.

Tal era el prestigio, real o imaginario, del Colegio Nacional de Buenos Aires, que cuando a algún alumno le preguntaban dónde estudiaba respondía simplemente “en El Colegio,” como si todos los demás no existieran.

El complejo de superioridad era fomentado con entusiasmo por los propios profesores, que constantemente hacían referencia a los próceres que habían pasado por aquellas aulas.

La lectura compulsiva de *Juvenilia*, novela que Miguel Cané escribió en el siglo XIX relatando su paso por la institución, era otro de los métodos utilizados para reafirmar el carácter de epopeya vital para los destinos de la Patria que tenía el simple hecho de asistir a “El Colegio”.

En la década del '70, cuando Franca comenzaba a recorrer estos ilustres claustros, la población judía en la Argentina no alcanzaba al dos por ciento del total. Sin embargo, cerca de la mitad de los alumnos del Buenos Aires eran judíos, aunque la mayoría no eran religiosos. Curiosamente, las mismas aulas que diez años antes habían visto nacer el movimiento Tacuara, ultranacionalista, radicalmente católico y antisemita; los mismos vestuarios donde en 1966 muchachos engominados entonaban himnos fascistas con loas al gobierno del general Onganía, en 1971 estaban plagados de alumnos con apellidos de difícil pronunciación que leían a Marx y a Freud.

Los padres jesuitas que en el siglo XVIII fundaron el Colegio, con certeza no imaginaron que con sorna, orgullo o desprecio –según de dónde viniera el comentario– muchos años después se lo conocería como el “Schule Buenos Aires”. Pese a ello, dentro del cuerpo de profesores, los judíos eran muy pocos, reflejando quizás la impronta conservadora que había caracterizado desde siempre a la institución.

Franca no tardó en sentirse a gusto en el Colegio. Bajo la conducción de Roberto Hernández, un hombre de pelo entrecano, aspecto amable y una suerte de chichón eterno en la frente, el Buenos Aires vivía un clima de creativa armonía. Sobre la terraza del tercer piso, el rector había hecho construir un gran Salón de Usos Múltiples: “El Sum”.

Por su sencillez espartana, este espacio contrastaba con el resto del edificio, construido a comienzos de siglo con los mejores materiales traídos de Europa. Lo frío de la rústica construcción del salón se compensaba con el sol tibio que entraba por los amplios ventanales. Durante los recreos, en las horas libres o cuando terminaba el turno de clases, los alumnos iban al Sum a jugar al ping pong, al ajedrez, a estudiar, o simplemente a pasar el tiempo. Allí las barreras impuestas por los claustros desaparecían y los novatos de primer año podían tener contacto con los veteranos de sexto. Además, al poco tiempo de inaugurado, se comenzaron a organizar allí fiestas muy animadas a las cuales solía concurrir el rector Hernández acompañado por su esposa. Siempre peinado a la gomina, Hernández cumplía el rol del buen padre que cuida a sus hijos.

Fue justamente en el Sum donde Franca comenzó a integrarse a la vida del Colegio, haciéndose amiga de chicos de otras divisiones, e inclusive de otros años.



Las mañanas pasaban volando para esta flamante alumna secundaria. El vínculo con los nuevos compañeros, los profesores y el estudio de las materias no le dejaban tiempo para aburrirse. Sin embargo, ninguna asignatura le resultaba especialmente difícil; ni siquiera latín, que con sus áridas declinaciones hacia sudar la gota gorda a la mayoría de los alumnos.

A Franca, criada en italiano, el latín le resultaba menos ajeno y dificultoso que a quienes sólo hablaban español. Pero además sus compañeros consideraban que estudiar un idioma que no se habla en ningún lugar del mundo desde hace más de mil años era una tarea completamente inútil, mientras que a ella le causaba gracia el cuestionamiento porque sentía que el desafío intelectual era suficiente estímulo. Así, a los pocos meses ya podía mantener rudimentarias conversaciones con su padre, otro amante de la lengua de Virgilio, ante el asombro de Vera, su mamá, que miraba con algo de envidia esa posibilidad de contacto entre su esposo y su hija.

En la división eran pocos los que le veían el costado divertido a las inútiles frases de las primeras páginas del libro de latín, que se parecían mucho a las expresiones de las guías turísticas: “*Sicilia insula est; Italia non insula sed peninsula est*”. La mayoría rendía la materia con enorme esfuerzo y sólo Franca sacó diez todos los años en que la cursó.

Pero no fueron únicamente las virtudes académicas las que hicieron que Franca comenzara a destacarse entre sus compañeros a los pocos días de comenzadas las clases. Siempre atenta a cuanto sucedía a su alrededor, expresaba sus opiniones con lenguaje preciso, claro y vehemente. Muy pronto, todos sabían que Franca no sólo tenía casi siempre algo para decir, sino que era prácticamente imposible que se callara la boca. No importaba si hablaba con otro alumno, con un profesor, con un amigo o con un desconocido: Franca decía siempre lo que pensaba y lo enunciaba de una forma tal que se hacía escuchar. Por lo general suave y directa, era capaz de apelar al más implacable de los sarcasmos si consideraba que el interlocutor de turno oponía argumentos que ella juzgaba inválidos.

Para Franca era impensable perder una discusión, y cuando no tenía más remedio que reconocer que estaba equivocada lo hacía sin dudar, aunque con inocultable malhumor.

A la hora de pasar al frente o contestar las preguntas de los profesores, no parecía haber nada que no supiera y entendiera perfectamente. A veces daba la sensación de que antes de entrar al colegio ya había escuchado y leído todo, por lo que ante los ojos de sus compañeros se asemejaba a una venerable sabia de trece años que representaba su distinguido papel con la mayor naturalidad.

Esto le bastaba para destacarse entre sus pares, pero no era el mejor método para ganar amigos. Hubo dos motivos que la salvaron de ser rechazada por soberbia o “traga”, como se estilaba decir a los sabelotodos: primero por su solidaridad y compañerismo, ya que no dudaba en “soplar” a sus compañeros las preguntas que no sabían, aún arriesgándose a recibir una sanción, y también pasaba muchos recreos explicando a los más atrasados lo que iban a tomarles en el examen de la hora siguiente. Y segundo por su inmediata afinidad con Diana, por lejos la más linda y pizpireta de las mujeres-niñas de primer año.

A los 13, Diana ya sabía todos los trucos necesarios para llamar la atención del sexo opuesto: desde usar la pollera un poquito más corta que el resto de sus compañeras hasta llevar algún accesorio que se destacara aunque sin violar el estricto reglamento.

Entre las dos jóvenes se estableció de inmediato una conexión en la cual la complicidad se combinaba con un cierto grado de admiración mutua, con esa peculiaridad de las relaciones adolescentes en las que se mezclan la intimidad más profunda, la inseguridad, la emoción y también algo de envidia.

Franca trataba de imitar la forma de hablar de Diana, explícitamente seductora e implícitamente dulce, mientras que Diana copiaba los expresivos ademanes de las manos de Franca y ese modo de dar vuelta la cara cuando se enojaba, formando con el pelo un abanico de desprecio y firmeza.

Si se lo proponían, ambas eran capaces de sacar de quicio al más calmo de los espíritus. La pobre Estela, por ejemplo, era objeto del despiadado sarcasmo del dúo de niñas bonitas, por su falta de simpatía y por la sola desgracia de haber nacido fea.

Como es normal en cualquier grupo de jóvenes, los alumnos de la división se iban reuniendo de acuerdo con afinidades, generando diversas subculturas y conformando pandillas que duraban años.

El grupo que tenía a Franca y a Diana como líderes se convirtió en algo así como la aristocracia de la clase, un "*primus inter pares*" que sería la voz cantante de sus compañeros durante los años siguientes.

En su rol de vanguardistas, fueron los primeros en prender un cigarrillo, los primeros en sumarse a organizaciones de militancia política, los primeros en tener relaciones sexuales, los primeros en protestar ante cualquier atisbo de injusticia, conformando códigos comunes que los mantendrían unidos durante años.

Cuando se acercaban las vacaciones de invierno, el rector Hernández anunció que había decidido organizar un campamento para los alumnos. Así, al poco tiempo, armados de mochilas, carpas y bolsas de dormir, un grupo de adolescentes entusiasmados se marchó rumbo a la provincia de Córdoba. Todos eran estudiantes de segundo a sexto año, con excepción de dos chicas de primer año, tercera división: Franca y Diana.



III

Para los adolescentes Giorgio y Pia, el viaje en barco fue más un crucero de placer que un camino hacia el exilio. La primera clase del *Neptunia* era una fiesta, y toda la familia aprovechó la animación para olvidarse un poco del dolor de la partida. Hasta el clima fue apacible: hubo una tormenta la noche anterior a la llegada a Buenos Aires, pero el lunes 23 de enero de 1939 amaneció calmo y soleado.

Mientras el buque entraba en el puerto, los J. no podían dejar de mirar los altos edificios grises que asomaban detrás de los depósitos. En el muelle los esperaban unos primos lejanos quienes, pese a que no se habían visto nunca, los recibieron con muchísimo afecto y los acompañaron a un hotel frente al obelisco donde los ayudaron a instalarse.

Apenas recuperaron la calma, aún entre baúles y maletas, los primos les trajeron las primeras planas de los diarios que reproducían un discurso que Benito Mussolini había pronunciado en Roma: "El antifascismo extranjero es ignorante de las cuestiones italianas".

—¡Cómo si él no fuera el más grande de los ignorantes! ¡Qué se vaya al diablo! —explotó Lazzaro. Su mujer e hijos se asombraron ante el exabrupto: habían escuchado muchos insultos contra el tirano, pero jamás emitidos por el jefe de la familia, que siempre había sido muy medido, incluso en los momentos más difíciles.

Para Lina, su mujer, fue claro que Lazzaro se sentía aliviado de estar con su familia en un país próspero y democrático como la Argentina, lejos de los horrores perpetrados por el Duce, y por eso recién entonces se permitía expresar lo que llevaba guardado desde hacía mucho tiempo.

Las noticias de las semanas siguientes confirmaron lo oportuno del exilio. "Barcelona cae en poder de las tropas franquistas", "Hitler asegura que con Mussolini y el fascismo italiano comenzó la salvación de Europa", "Hitler dice en Berlín que si los judíos logran precipitar a las naciones a una nueva guerra mundial, el resultado será la desaparición de esa raza en Europa", anunciaban los diarios.

Pero el alivio no duró mucho. Cuando Lazzaro se presentó en la agencia naviera para ocupar el puesto que le habían asegurado en Trieste, le informaron que tal vacante no existía.

—¡Me engañaron, Lina, me engañaron! —le dijo desconsolado a su esposa. Superada la decepción, fue necesario replantearse el futuro. Del coqueto hotel se mudaron a una pensión de mala muerte, hasta que finalmente pudieron ubicarse en un modesto departamento en la calle Moreno.

La vida anterior en Italia parecía un paraíso; un paraíso perdido. Cada vez que Lina fregaba la ropa en una enorme palangana, no podía dejar de evocar con amargura la cómoda situación que tenían en Trieste, donde contaba con una empleada que vivía con ellos, y otra que venía para lavar y planchar. Sin embargo, las noticias de la guerra que acababa de estallar en Europa no dejaban lugar a las quejas y la hacían soportar con entereza las nuevas penurias.

El derrumbe de los sueños de una buena vida también arrasó con la salud de Lazzaro, que cayó gravemente enfermo. Gracias a los cuidados intensos de su familia y el generoso aporte de la colectividad italiana que pagó un médico italo-argentino, Lazzaro pudo salvarse accediendo a una nueva droga que recién comenzaba a emplearse: la penicilina.



Para Vera, la travesía en el *Augustus* fue una fiesta que mejoró con el correr de los días. La embarcación era un buque de lujo, que incluso tenía pileta de natación, y los más chicos podían pasarse a primera clase donde jugaban con sus nuevos amiguitos, así que gracias a ello su permanencia en alta mar se convirtió en un largo recreo.

Uno de los entretenimientos favoritos de Vera era especular acerca del Nuevo Mundo que los esperaba. Lo imaginaba pleno de aventuras, tal como lo describía el leído y releído *Corazón*, la principal fuente de referencias que tenía sobre América. En cambio Livia, su hermana mayor, siendo consciente de que la vida que acababa de dejar atrás nunca volvería, sufría por haber tenido que abandonar su casa y sus amigos. La honda sensibilidad de la adolescente desarraigada contrastaba con la felicidad de su hermana menor.

Cuando el barco atracó en su puerto, la belleza caliente y húmeda de Río de Janeiro impactó a los cuatro integrantes de la familia V. Desde el agua, la ciudad no se parecía a ninguna otra que conocieran, ni tampoco respondía a las descripciones de la novela de Edmundo D'Amicis. Recién entonces la pequeña Vera tomó conciencia de que su vida había cambiado de modo radical.

–¡Qué color asqueroso tiene el mar aquí! –exclamó unos días más tarde, cuando el *Augustus* entró en el Río de la Plata.

–Pero no hija, no es el mar, es un río –le aclaró su padre.

–Y si es un río, ¿por qué no se ve el otro lado? –reclamaba la niña.

–Porque esto es América. Y aquí todo es muy grande –intentó explicar Vittorio.

Vera se convenció de que su padre tenía razón cuando frente a la pensión de la Plaza San Martín donde pasaron los primeros días, vio un edificio gris que parecía tocar el cielo. Recientemente construido, con sus 120 metros de altura y su estilo de vanguardia, el Kavanagh deslumbró a los recién llegados.

Terminaba el verano y en Buenos Aires se respiraba un aire fresco y apacible, como los rostros de las regordetas quintillizas Dionne que sonreían desde los avisos de jabón Palmolive que empapelaban la ciudad.

Para los V., la adaptación a la nueva vida en la Argentina fue gradual y sin mayores sobresaltos. Vera empezó a ir al Colegio Italiano y, gracias a los contactos que habían traído desde su patria, Vittorio consiguió trabajo como abogado. Al poco tiempo se mudaron a un departamento en Vidt y Arenales donde vivirían durante décadas.

Mientras tanto la guerra en Europa continuaba: Checoslovaquia y Austria ya estaban en poder de las tropas alemanas, el Duce consolidaba su alianza con Hitler y Francisco Franco derrotaba los últimos bastiones republicanos de resistencia.

Por aquellos días, un joven oficial del ejército argentino viajaba en misión de estudio a Italia, donde permanecería hasta el año siguiente. Este militar, cuyo nombre y figura pronto serían muy familiares para los argentinos, se maravilló frente a la habilidad de Benito Mussolini para organizar a las masas trasladando el poder de los partidos políticos hacia las organizaciones sindicales. Se trataba de Juan Domingo Perón, quien completado el año en Italia y después de una gira por la Alemania nazi y algunos países ocupados por las fuerzas de Hitler, regresó a la Argentina en 1940.



El campamento del Colegio Nacional de Buenos Aires, en la provincia de Córdoba, quedaba junto a una villa miseria y para ir al baño era necesario atravesar los pasillos bordeados de casillas precarias. Muchos de los estudiantes nunca habían visto de cerca la pobreza, entre ellos Diana que, atemorizada, no se atrevía a ir sola a los servicios por lo cual siempre le pedía a su amiga que la acompañara. Franca,

por su parte, volcó su pena y compasión en un cuadernito en el que anotó: "*Gente, más gente / Vestida de tela barata, / desnuda de felicidad*". Pero este aspecto amargo no impedía que las dos chicas estuvieran encantadas con la vida de camping.

Con su singular belleza, ninguna de las dos pasaba inadvertida a los inflamados ojos de los varones del grupo. Tanto que se tornó casi habitual que en mitad de la noche los muchachos les desarmaran la carpa en la que dormían, en un torpe intento de llamar su atención.

Acurrucadas en sus bolsas de dormir, las chicas amanecían con el techo de tela caído sobre sus cabezas. "¡Otra vez!", se enojaba Diana. "No te preocupes", la tranquilizaba Franca también molesta, pero rearmando la carpa en tiempo récord gracias a la experiencia que había adquirido acampando en el sur con sus padres.

Las armoniosas sierras cordobesas eran el terreno perfecto para dar largas caminatas. Las chicas solían recorrer el escarpado terreno juntas, mientras Franca entonaba en italiano y en francés las canciones que había aprendido de niña: "*La montanara, ohè! / si sente cantare, / cantiam la montanara / e chi non la sa?*" o "*À la claire fontaine / M'en allant promener / J'ai trouvé l'eau si belle / Que je m'y suis baigné*".

"En Bariloche siempre cantamos. Especialmente cuando vamos siguiendo las crestas de los cerros, de un refugio al otro", le contaba a Diana. Entonces las dos se largaban a cantar a coro: "*Un sueño soñaba anoche / soñito del alma mía / soñaba con mis amores / que en mis brazos los tenía. / Vi entrar señora muy blanca, / muy más que la nieve fría, / ¿Por dónde has entrado, amor? / ¿Cómo has entrado, mi vida?...*".

Fue en una de esas travesías cuando Diana interrumpió el canto de su amiga:

–Hablando de amores, ¿fuiste a hablar con Pablo?

–Yo voy a hablar con Pablo cuando vos hables con Juan –respondió Franca sonrojándose.

–Vamos juntas y les hablamos las dos.

–¡Claro, así les parecemos todavía más pendejas de lo que somos! Mirá, más tarde o más temprano, yo te aseguro que voy a salir con Pablo –afirmó Franca.

–Y yo con Juan –agregó Diana, que no quería ser menos que su amiga.

En el campamento habían encontrado a estos dos compañeros que tenían algunos años más que ellas y que habían despertado por primera vez sus sueños románticos. Como siempre, Franca descartaba de cuajo la posibilidad de que las cosas no resultaran según sus planes. Sin embargo, llegado el final del viaje, ninguna de las adolescentes había logrado concretar sus ilusiones amorosas.

Algo frustradas, retornaron a la rutina del Colegio, aunque iban sintiéndose cada vez menos nenas de primer año y cada vez más jóvenes mujeres del Buenos Aires. Ya estaban más cómodas y manejaban aquellos códigos estudiantiles que les permitían hacer más llevadera la exigencia del estudio. Descubrieron por ejemplo que las calificaciones del profesor de música eran inversamente proporcionales al largo de la pollera de la alumna que daba lección. De modo que, para solaz de los compañeros y ante sus entusiastas miradas, cuando las chicas menos tímidas eran llamadas al frente las polleras se acortaban como por arte de magia.

A medida que se acercaba el fin del primer año, Franca sentía cada vez más que el Colegio era “su” lugar. Ya no era solamente el sitio adonde había que ir a clases, sino también donde estaban los amigos, los posibles novios y donde se sucedían las charlas sobre todos los temas que le interesaban: desde música hasta política.

Al poco tiempo de haber ingresado, la escuela fue también el ámbito donde pudo canalizar sus necesidades expresivas, escribiendo para las efímeras revistas que los estudiantes editaban, y tomando clases de pintura y de fotografía que le significaron incluso un premio en un concurso organizado por la institución. En la primavera de 1971, aprovechando lo aprendido en el Collegium Musicum en años anteriores, integró un cuarteto de flautas dulces que para emoción de sus padres dio un pequeño concierto en el Salón de Actos del primer piso.

Hasta el tedio de una clase le resultaba lugar apropiado para hacer poesía:

*“Martes triste llueve
Camino al Colegio
El tren está lleno
La mente vacía
Miro el boleto:
Siete mil doscientos treinta y nueve
Cuesta veinte pesos.
Martes sin esencia
Transparente de vidrios sucios.
La lección estudiada pasa fugitiva por mi mente.
La amistad, la lectura, el amor, la política, la Casa Rosada,
El colegio por fin por desgracia por suerte.”*



IV

Bailar *fox-trot* era una de las diversiones favoritas de los adolescentes que habían llegado a la Argentina en los años '40. Y reunirse en casa de amigos era también una forma de sentirse seguros y preservar su identidad de judíos italianos ante una Europa envuelta en los horrores de la guerra y una nueva sociedad en la que no era fácil integrarse.

El país no era el mismo que los había recibido en 1939: el gobierno estaba en manos de los militares que conspiraban permanentemente unos contra otros y, lo que era mucho más grave, había un importante sector que no ocultaba su simpatía con el nazismo. A los judíos residentes en la Argentina los inquietaba mucho la posibilidad de que el antisemitismo llegara hasta el Río de la Plata.

Fue en una de esas pequeñas fiestas, en 1944, cuando Giorgio J., de riguroso saco y corbata y fumando con actitud displicente, notó que una bonita joven vestida con un sencillito vestido verde lo miraba con disimulo: era Vera V.

La invitó a bailar y luego charlaron sobre el avance de las tropas aliadas, los estudios de Giorgio, los cantores de jazz que estaban de moda, y la enorme popularidad que el coronel Perón parecía haber ganado de la noche a la mañana.

Al terminar la fiesta, Giorgio le preguntó si podía llamarla o verla otra vez. Ella, con un mohín coqueto, le dio su número de teléfono. A los pocos días él se comunicó y la invitó a pasear el domingo por el Rosedal. A esa primera cita siguieron otras, algunos encuentros con amigos, hasta que él se decidió y le envió una carta en la que le declaraba su amor.

El 25 de agosto de 1944, Vera y Giorgio, ya novios, salieron de la mano por las calles de Buenos Aires a celebrar la liberación de París. Esta gran fiesta popular que colmó la Plaza Francia, no fue compartida por el gobierno militar que dio órdenes a la policía de dispersar a los manifestantes.

Unos días más tarde, Giorgio participó en la ocupación de la Facultad de Ingeniería para protestar por la pérdida de la autonomía universitaria. Luego de un par de días la policía desalojó a los estudiantes violentamente y arrestó a muchos de los descontentos, Giorgio entre ellos. Lazzaro casi se desmaya cuando un empleado del servicio penitenciario lo llamó para avisarle que su hijo estaba en un pabellón de la cárcel de Villa Devoto.

En la cárcel, Giorgio vio cómo los dirigentes abandonaban a todos los compañeros que no les respondían ciegamente. Esto hizo que se decepcionara de la política y perdiera la fe en la posibilidad de solucionar los problemas sociales a través de la movilización popular.

Luego de dos días y sus noches, todos los manifestantes fueron liberados.

A la semana siguiente surgieron rumores de que los que habían sido detenidos volverían a ser apresados. Giorgio optó por refugiarse en casa de una familia amiga pese a los celos de Vera, ya que en el escondite vivían tres hermanas adolescentes; pero el joven fue fiel a su amor y el romance continuó viento en popa.

A los pocos meses, la Segunda Guerra terminó y fueron muchos los italianos que empezaron a pensar en retornar a Europa. Sin embargo, al disiparse el humo de las bombas salió a la luz un continente arruinado, mientras que la Argentina era un país cada vez más rico y pacífico, pese a que todavía existían algunos grupos fascistas, cuya influencia –se suponía– estaba en retroceso.

Un día, al volver a su casa, Vera encontró a su madre llorando desconsolada con una carta en las manos: “Se lo llevaron preso los propios italianos. ¡Por qué no habrá venido con nosotros!” , se lamentaba Lidia. Cuando pudo calmarse un poco, le contó a su hija que a fines de 1943 el nonno Ettore había sido entregado a los nazis por la policía italiana. Encerrado en un tren con decenas de otros infortunados judíos, fue transportado a través de media Europa en los días más fríos del invierno. Muchos de sus compañeros de calvario murieron antes de llegar a destino, asfixiados o congelados en el helado vagón. Ettore Camerino, en cambio, traspuso los portones de Auschwitz el 3 de enero de 1944, y fue asesinado un mes y tres días más tarde.

Al revelarse y hacerse pública la magnitud y el horror de los campos de exterminio nazis, fueron aún menos los judíos que quisieron retornar al viejo Continente. Para muchos, como los V., el pasado había quedado sepultado para siempre en las cámaras de gas.



Diana recorría los vagones para volver a su asiento. Eran los primeros días de enero de 1972 y el tren estaba colmado de estudiantes del Buenos Aires que iban rumbo al campamento del Lago Huechulafquen. Estaba muy ilusionada porque la experiencia anterior en Córdoba había sido maravillosa.

Sin embargo, al llegar a su vagón todo cambió: en frente de ella, Pablo y Franca se besaban como si no hubiera nada ni nadie alrededor y el fin del mundo fuera inminente. ¡Franca lo había logrado! Tendría que habérselo imaginado: su amiga siempre conseguía lo que quería. Una mezcla de incredulidad y furia no le permitió reaccionar. Intentó decir algo, pero la voz se le quedó atenazada en la garganta.

Pablo y Franca, ¡no era posible! ¡Él era el novio de su hermana Ana! “¡Desgraciado, cretino!”, se repetía para sí con los ojos llenos de lágrimas.

Pablo había comenzado a salir pocos meses atrás con Ana, la hermana mayor de Diana, y para una chica de catorce años recién cumplidos los varones únicamente besaban a sus novias, y las chicas besaban a alguien sólo si era su pareja o iba a serlo a partir de ese momento, pero no si salía con otra, y menos aún si esa otra era la hermana de su mejor amiga! Sin embargo, la realidad estaba allí, a un metro de distancia, y no había manera de negarla.

Al volver del campamento en Córdoba las dos amigas habían urdido mil y una estrategias para acercarse a sus candidatos, pero nunca las habían puesto en práctica. Luego, los avatares del estudio y las actividades de ambas las habían llevado hacia otros rumbos.

Diana recordaba casi palabra por palabra el llamado telefónico que le había hecho a Franca para anunciarle que Pablo había empezado a “noviar” con su hermana Ana. Sí, recordaba también su mala intención y la respuesta de Franca, que la había dejado completamente descolocada: “Será por poco tiempo”. En ese momento Diana creyó que no era más que una bravata de alguien con el orgullo herido, pero la escena que ahora estaba viendo le demostraba que no había sido sólo eso.

Sintiéndose traicionada por su amiga, tragó sus lágrimas y se fue corriendo a contarle a su hermana lo que estaba ocurriendo. Cuando volvió a su asiento, Pablo y Franca seguían intercambiando besos y caricias, que sólo terminaron cuando una ofuscada Diana les anunció: “Le conté a Ana”.

Franca y Pablo se miraron serios, él se paró y, sin decir una palabra, salió del vagón en dirección adonde estaba Ana. Las amigas se miraron un rato con el ceño fruncido. Franca se levantó, hizo sentar a Diana, se acomodó a su lado, y tomándole las manos comenzó a hablar. Diana hacía como que no la escuchaba, pero poco a poco se iba aflojando. No podía negar que los argumentos de su amiga eran válidos: comenzaron con “yo lo vi primero”, pero dicho de un modo

mucho más elegante; luego, que ellas tenían catorce años, y que a esa edad los romances son así, y, finalmente, un análisis de su hermana que era justo: Ana no se tomaba las relaciones en serio.

Las explicaciones de Franca, sumadas al profundo cariño que tenía por su mejor amiga, no le permitieron sostener el enojo demasiado tiempo. Para cuando Pablo volvió, ya las dos se estaban riendo. Ambas lo miraron expectantes: “Lo tomó mejor de lo que esperaba”, comentó, y ésta fue una señal para Franca, que regresó a su lado para retomar la escena de los besos. Diana se sintió nuevamente mal, esta vez por ser desplazada. A través de la ventanilla sucia veía correr el paisaje chato de la llanura pampeana, y se mordía los labios para no llorar.

La adolescencia es rica en lágrimas efímeras, y unos días después Ana ya tenía otro novio, mientras que las dos amigas habían olvidado el mal rato y estaban felices en su carpa instalada en una bella península a orillas del lago.

Los alumnos alternaban las larguísimas caminatas con eternas charlas sobre música, política y libros; el fervor de las discusiones alargaba las noches alrededor del fuego.

Franca estaba leyendo *El Aleph*, pero no se atrevía a comentarlo por temor a ser tildada de excesivamente intelectual. En esos años, la mayoría de los jóvenes que asistía al campamento consideraba que Borges era un escritor burgués y elitista. Sin embargo, pudo manifestar su deslumbramiento por las reflexiones surgidas de la lectura, una tarde en la que se dedicaron a comentar *El Principito*, de Saint Exupéry. En su libreta escribió: “*Cada uno de nosotros tiene su Principito adentro, que puede llamarse a lo mejor de otra manera, y que es la personalidad sencilla, no plural sino inocente. Por favor, no dejemos nunca olvidado a nuestro Principito*”.

Los paseos por las montañas también eran ideales para que los novios conversaran acerca del tema que más interesa a todos los enamorados: el amor. Revisaban la historia de cada uno para encontrar las mínimas coincidencias: cada película que ambos hubieran visto, cada libro que hubieran leído, cada lugar que les gustaba. Cada minuto de su relación era analizado y repasado infinidad de veces, buscando pruebas que confirmaran su amor.

Pablo recordaba haber visto a Franca varios años antes, en la quinta de unos amigos de los padres de ambos. Le había parecido una nena simpática. Después la había encontrado jugando al ping pong en el Sum, aunque no le había llamado

la atención porque ella todavía era muy chica. Recién en el campamento de las vacaciones de invierno se había fijado en ella como mujer.

Franca sonreía satisfecha ante el éxito de sus artes de seducción y se sentía exultante por estar con alguien tres años mayor a quien veía además bello como un príncipe.

Pablo siempre había salido con chicas de su edad, y se sentía algo extraño por haberse “enganchado” con una compañera de primer año. Pero esa sensación se evaporaba cuando estaba con Franca. Le fascinaba la profundidad de sus razonamientos, su pasión por todo, la vehemencia con que discutía cada cosa, la energía que podía desplegar para armar algún plan o defender sus argumentos, tuviera o no razón. Franca podía enfurecerse cuando las cosas no le salían bien o desbordar de felicidad ante el regalo de una flor silvestre.

La misma pasión ponía en el amor: desde el enojo por alguna diferencia de opiniones al abrazo fervoroso ante la más breve separación.

Las tres semanas en el sur parecieron una vida, y al retornar a Buenos Aires ambos sentían que habían estado juntos desde siempre.



V

El viejo y rústico refugio del Cerro López tiene una vista maravillosa de los lagos y los bosques de Bariloche. Fue allí donde quince jóvenes –catorce italianos y un francés–, fueron testigos emocionados de una sencilla ceremonia: el intercambio de anillos de compromiso entre Vera y Giorgio.

Ya de vuelta en Buenos Aires, Giorgio siguió los pasos tradicionales y pidió formalmente a los V. la mano de su hija. Al fin, el 16 de enero de 1949, en la sinagoga de la calle Olleros, Vera V. y Giorgio J. se convirtieron en marido y mujer.

Él estaba haciendo desde hacía varios años una excelente carrera en una empresa de carpintería metálica. A través de contactos que había conseguido por su trabajo, pudo comprar directamente a los constructores un cómodo departamento en la calle Montañeses, a pocas cuadras de la estación Barrancas de Belgrano.

El flamante hogar de los J. se fue transformando poquito a poco en un lugar cálido y acogedor, lleno de libros, con pinturas de Giorgio, dibujos de Vera y el amor de ambos.

Los primeros años de casados se deslizaron suavemente, mientras maduraban como pareja y como individuos; ella consiguió trabajo como periodista en Ansa, la agencia italiana de noticias, y muy pronto pudieron comenzar a ahorrar algo de dinero.

Los viajes al sur en la segunda clase del tren y con sus mochilas en la espalda se hicieron habituales: ambos amaban las montañas y los lagos de su Italia natal, y habían encontrado en Bariloche un lugar que combinaba su nostalgia por la patria perdida con la emoción de su propia historia como pareja.

También el Tigre ocupaba un lugar especial en el corazón de ambos y, desde que comenzaron a ser novios, los fines de semana salían a remar con sus amigos por los ríos y arroyos que forman el inmenso delta del Paraná.

Apenas ahorraron lo suficiente, compraron una pequeña casa en el arroyo Toro, a pocos pasos de la que tenía Pía, la hermana menor de Giorgio. Y algunos años más tarde se hicieron propietarios de un bungalow en Bariloche.

En esa época –fin de los años '40 y principios de los '50–, la Argentina también crecía y maduraba de la mano y a la sombra de Juan Domingo Perón, quien había propiciado grandes mejoras en la situación de los trabajadores, bajo el influjo de su popular esposa Evita.

Pero no todo era color de rosa en la situación política, y cuando la prosperidad de los años de posguerra comenzó a esfumarse, empezaron a surgir los conflictos. Luego de la muerte de Evita, los enfrentamientos entre Perón y varios de los sectores más influyentes de la sociedad argentina se agudizaron. Así, se fueron sucediendo conflictos con los militares, que envidiaban su poder; con la aristocracia, que nunca le perdonó el haber incorporado los sindicatos a la vida política; con la iglesia católica ultraconservadora enfurecida porque Perón se atrevía a desobedecerle; y con los intelectuales, que no podían aceptar las conductas despóticas, intolerantes y fascistas que también caracterizaban al peronismo y a su líder.

La tensión fue en aumento, y luego de un incendiario discurso en el que Perón prometió “no terminar la lucha hasta aniquilar y aplastar al enemigo” y afirmó que “aquél que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades, puede ser muerto por cualquier argentino”, en septiembre de 1955 se produjo finalmente un golpe de Estado.

Expulsado de la Casa Rosada por sus propios compañeros de armas, Perón huyó hacia los dominios del dictador paraguayo Alfredo Stroessner. Los J., como muchos otros, respiraron aliviados: ya habían tenido suficientes pruebas de las semejanzas entre Perón y Mussolini, por lo que aceptaron la interrupción de la democracia con la esperanza de que la Argentina pudiera entrar en una etapa de paz y estabilidad.

Ocho años después de haberse casado, Giorgio y Vera comenzaron a pensar en la posibilidad de tener un hijo. Ella pronto cumpliría veintinueve años y él ya tenía treinta y dos, lo que superaba ampliamente la edad habitual en la que por entonces las parejas tenían hijos. Ambos estaban asentados en sus carreras y la vida en común transcurría tranquila, feliz, y con muchas más convicciones que dudas. Por lo que, de un modo muy racional, llegaron a la conclusión de que era el momento justo.

El embarazo no tardó en llegar y lo vivieron con alegría e intensidad; los nueve meses les dieron tiempo para preparar el cuarto del niño o niña. Dando muestras de su impronta intelectual y el apego a sus raíces italianas que querían transmitir a su descendencia, sobre una de las paredes de la habitación comenzaron a pintar con paciencia un gigantesco alfabeto. Lo encabezaba la A de “Alberi” rodeada de arbolitos, varios niños eran los “Bambini” y la C estaba representada por

un “Cavaliere”. Así, pasando por un “Spaventapasseri” –espantapájaros– más alegre que asustador y una góndola en Venecia, llegaban a una sonriente “Zebra” que lo completaba.

El 19 de diciembre de 1957 Vera sintió que las contracciones aumentaban, y a las pocas horas dio a luz a una beba regordeta, que pesó algo más de tres kilos: había nacido Franca J.



Desde que eran novios Pablo se había ido transformando en el cuarto miembro de la familia J. Todos los días después del almuerzo, el muchachito llegaba al departamento de la calle Montañeses y se quedaba estudiando con Franca. Por la tarde la acompañaba hasta sus clases de inglés y muchas veces iba a buscarla con Giorgio, que volvía del trabajo en su enorme coche norteamericano. Los fines de semana Pablo y Giorgio se transformaban en compañeros para arreglar el jardín de la casa del Tigre, mientras Franca y Vera tomaban sol o leían.

Pablo estaba fascinado con la familia de Franca: le resultaba muy atractiva la figura de Giorgio, con sus relojes tan distintos de todos los que siempre había visto, casi un excéntrico que en pleno siglo veinte era capaz de irse de viaje sin una cámara fotográfica, llevando sólo un bloc para hacer bocetos que luego terminaban convirtiéndose en cuadros. Debía reconocer que como recuerdos eran mucho más genuinos que las imágenes salidas de una máquina. También Vera tenía para él sus atractivos: activa, incansable y de buen humor, siempre al tanto de los acontecimientos del país y del planeta, siempre enterada del último libro, película o exposición de arte.

Recordaba con asombro que el primer día en que había subido hasta el departamento de Franca, estaba mojado por la lluvia y los padres de ella le habían ofrecido darse una ducha caliente.

Pablo nunca había imaginado que pudiera existir una familia como los J., que por momentos parecía más un trío de amigos que padres e hija. Los veía libres y desprejuiciados, en un ámbito donde todo podía discutirse sin tabúes ni hipocresía, y donde las opiniones de los jóvenes eran escuchadas y sopesadas con la misma seriedad que las de los adultos. Tanto así que muchas veces, cuando Franca, adolescente al fin, se resistía a algún límite o discutía alguna opinión de sus padres por

considerarla excesivamente conservadora, Pablo se ponía del lado de los padres de su novia, recibiendo en consecuencia las protestas de la fogosa jovencita.

Los comparaba con su propia familia, que tenía un rígido sentido del deber y las jerarquías, y admiraba que Giorgio, sin ser menos trabajador que su padre, se permitiera tomarse una tarde libre por semana para ir a remar al Delta con su hija. Disfrutaba el tiempo pasado con ellos y se sentía feliz de poder, por ejemplo, ir al cine y luego quedarse hablando sobre la película hasta la madrugada.

Franca también era feliz en su relación con Pablo. Había salido brevemente con otro muchacho del Colegio, pero consideraba a Pablo como su primer novio, y que él le llevara tres años y medio la hacía sentir mayor, más segura. Desde ese lugar de precoz mujer madura, un día anunció en el aula que había perdido su virginidad. Había una sola chica en la división que la había precedido en la iniciación sexual, pero a los ojos de Franca no contaba porque la consideraba promiscua. El comentario fue hecho tan abiertamente que varios de sus compañeros se acercaron a felicitarla como si hubiese obtenido un triunfo deportivo. “¡Grande, Franquita, así que debutaste!”, le dijeron palmeándole la espalda. Ella intentaba mantener la sonrisa mientras la invadía una mezcla de vergüenza y orgullo.

Pablo egresó del Colegio a fines de 1972 y durante el verano comenzó a hacer el curso de ingreso a la Facultad de Medicina. Allí concurrió a algunas reuniones de la Juventud Universitaria Peronista, lo que provocó una fuerte discusión con Franca. “Pero Franca, son apenas reuniones informativas, para discutir”, explicaba. Franca replicaba con ironía: “Sabés muy bien lo que yo pienso del peronismo, Pablito. Vos hacé lo que quieras, total, si te gusta ser un idiota más, me parece bárbaro que te esfuerces para conseguirlo”.

Pablo ya conocía el tono que Franca usaba cuando defendía una posición, y optaba por no contradecirla. Pensaba que era la única manera de cortar las discusiones, que se habían vuelto cada vez más frecuentes. Esta actitud conciliadora hacía que Franca pensara que Pablo en ocasiones era demasiado parecido a Giorgio, su propio padre: organizado, meticoloso, contenido en sus emociones. En apariencia moderno, pero en el fondo conservador. Y Pablo sentía que Franca no dudaba en humillarlo con tal de controlar todo y de tener la razón. En su idea del mundo, todos debían hacer y actuar como ella quería.

A veces los desacuerdos provocaban peleas, y muchas terminaban en un

berrinche bañado en llanto que ponía punto final a la posibilidad de conversar las diferencias. Esto provocaba en Pablo una fuerte sensación de asfixia y frustración, aunque debía reconocer que el apasionamiento de Franca también hacía que casi siempre terminaran a los besos.

El mejor ejemplo fue un recital de Joan Manuel Serrat, que tuvieron que abandonar a poco de comenzado porque la amplificación era muy mala. Eso frustró tanto a Franca que comenzó a llorar de forma incontenible.

Sin embargo, el hecho de que ya no compartieran el espacio del Colegio ayudó a sostener la relación, ya que el tiempo que tenían para verse era escaso e intentaban aprovecharlo. Así, entre discusiones, amor, breves separaciones, viajes a Bariloche, fines de semana en el Delta y salidas con amigos, el noviazgo continuó.

Las casas del Tigre y Bariloche se habían transformado en centros de reunión del círculo de muchos amigos de Franca, especialmente de Diana y Corina. También de varios chicos, algunos de los cuales albergaban la secreta esperanza de reemplazar a Pablo en el corazón de la niña mimada.

Corina, que no era tan agraciada como Franca o Diana, siempre se burlaba del "harem" de ambas, pero reconocía entre risas que así aprovechaba los beneficios que le brindaba ser amiga de ellas.

Franca había aprendido de Diana el placer de tener una corte de admiradores. Si bien no tenía tanto éxito como su amiga, había adquirido suficiente experiencia como para darle al candidato las señales necesarias para que no abandonara sus esperanzas, prolongando las mieles del cortejo.

Por entonces la política era cada vez más el tema en torno al cual giraban las discusiones de los jóvenes. Las tensiones entre el gobierno militar y una sociedad que rechazaba el autoritarismo eran cada vez más agudas. Dentro del Colegio, muchos alumnos habían comenzado a militar en organizaciones de izquierda, y habían resurgido grupos peronistas que abarcaban todo el espectro ideológico. Los más recientes eran de tendencia socialista y estaban más cerca de las formaciones marxistas o trotskistas que de la tradicional dirigencia sindical.

Las autoridades intentaban por todos los medios mantener un aparente orden que no se correspondía con la efervescencia que existía por debajo. El "Rengo" Sanz, un severo profesor de matemáticas que había reemplazado a Hernández en la rectoría, inspiraba un respeto que tenía mucho de temor.

Cada mañana una larga fila de muchachos debían volver a sus casas porque el cabello les rozaba el cuello de la camisa, y las chicas no podían tener el pelo suelto ni dejar que las polleras mostraran sus rodillas, lo que provocaba una curiosa ingeniería de enrolles y pliegues que hacía que las faldas bajaran al ingresar y se acortaran mágicamente al salir.

La seca seriedad del profesor Sanz se fundía en una inhabitual sonrisa asimétrica cuando hablaba con Franca, de lejos su alumna preferida. Su curiosa combinación de niña prolija y alumna brillante fascinó al rector, llegando en ocasiones a obviar su cabello suelto o el largo de la pollera fuera del límite permitido. El reino de las ecuaciones era para él más importante, y pocos como Franca lo acompañaban en ese camino.



Perón volvió definitivamente a la Argentina a mediados de 1973. Durante los años de dorado exilio en Madrid había conseguido transformar su imagen salpicada de violencia en la de un estadista moderno y relajado. Los casi ochenta años del General no se notaban, y con su poderoso perfil, su pose erguida, sus cabellos oscuros gracias a la magia de las tinturas y su persuasiva voz, tenía la capacidad de convencer a mucha gente de que era un líder capaz de hacer milagros, entre ellos dirigir su polifacético movimiento y aquietar las grandes tensiones subyacentes en la sociedad argentina.

Para recibirlo se organizó un festival en la carretera que une la ciudad de Buenos Aires con el aeropuerto de Ezeiza. Pero la que debería haber sido una celebración terminó convirtiéndose en una orgía de violencia y muerte. La derecha y la izquierda peronistas se enfrentaron furiosamente en los alrededores del palco desde el cual Perón iba a hablar a los millones de seguidores que lo esperaban ansiosos y eufóricos, en la mayor concentración humana de la historia argentina. La fría, gris y húmeda tarde quedó inmortalizada como “La Masacre de Ezeiza”. Nunca se supo cuántos murieron en el salvaje tiroteo entre militantes Montoneros y otros grupos de la izquierda peronista con las gavillas sindicales. La televisión argentina, en manos del Estado gobernado por las Fuerzas Armadas, nunca mostró las escalofriantes escenas de las ululantes ambulancias convertidas en vehículos de transporte militar que atropellaban a todos aquellos

que no conseguían esquivarlas. Los argentinos tampoco pudieron ver por entonces cómo desde el palco las tropas gremiales disparaban contra la multitud, y contra los montoneros armados que se habían trepado a los árboles. Las balas hacían caer como pájaros a los que estaban guarecidos tras el follaje y a todos aquellos que encontraban en su recorrido.

En lugar de ser recibido por una multitud fervorosa, Perón tocó suelo argentino en una base militar suburbana, en una operación casi secreta.

Como un anticipo de la gran tragedia nacional, el retorno del General a su país y a sus seguidores se produjo en un marco de terror y desolación.



VI

Con el nacimiento de Franca, la felicidad de Giorgio y Vera fue completa: estaban contentos con sus trabajos, la beba era sana y no tenían problemas urgentes.

A medida que la nena iba creciendo se revelaba vivaz e ingeniosa, y era notable su capacidad de observación de cuanto sucedía a su alrededor.

A los tres años comenzó a ir al jardín de infantes, con lo que Vera pudo disponer de un poco más de tiempo. Buscando sumar otro ingreso al de Giorgio y al que generaba con sus colaboraciones periodísticas, empezó a animar fiestas infantiles con una amiga. Construyeron así un teatro de títeres, y Franca era el conejillo de indias perfecto para medir la reacción de su público de tres años.

Durante uno de los ensayos, Franca se sorprendió cuando uno de los títeres le preguntó: “¿Cómo te llamás?”. La niña se quedó en silencio, ante lo cual el muñeco de tela propuso: “Dejame adivinar... ¡Te llamás Juana!”. Con gesto preocupado Franca negó con la cabeza. “Entonces te llamás... ¡Antonietta!”, dijo Vera con voz de títere, escondida detrás del telón.

Franca solucionó el problema asomándose por detrás del retablo de madera: –Pero mamá –dijo con cara seria–, ¿no te acordás cómo me llamo?

La vida de la pareja no cambió mucho al transformarse en familia. Sólo tuvieron que incorporar a Franca a los paseos por el Tigre, y por los bosques y montañas de Bariloche. Pero a pesar de los intentos no pudieron tener más hijos, por lo que Franca concentró todas sus atenciones y estímulos. Los años fueron consolidando el grupo familiar en el que Franca tenía un lugar mucho más destacado del que suelen tener la mayoría de los niños.

Una mañana de marzo de 1964, Vera le trenzó los largos cabellos lacios, la vistió por primera vez con el guardapolvo blanco, y, como su madre había hecho con ella en Italia treinta años atrás, la llevó a la escuela. Comenzó así su educación en un colegio público y gratuito, que unía bajo un mismo techo a ricos y pobres, rubios y morochos, creyentes y ateos.

Giorgio solía llevar a su hija a la escuela por las mañanas, para poder conversar mientras caminaban. Al poco tiempo implementaron un nuevo juego: Giorgio hacía un dibujo con lo que habían visto y comentado en esas charlas.

Algunos de estos dibujos terminaron siendo cuadros que adornaban la casa.

Por la tarde quien buscaba a Franca era Dina. La taciturna santiagueña trabajaba en casa de los J. desde que se habían casado, y había ido a vivir con ellos cuando nació Franca, por la que tenía un amor sólo comparable al de sus padres.

De vez en cuando era la nonna Lidia, madre de Vera, quien se daba el gusto de volver andando desde el colegio junto a su nieta. Una de esas tardes en que iba caminando de la mano de su abuela, Franca vio un montón de baldosas apiladas en la vereda, junto a una pared. “¿Para qué son, Nonna?”, preguntó. Bastó que Lidia le explicara que eran para ponerlas en un sector que había sido reparado, para que Franca comenzara a colocarlas prolijamente, una por una, en la vereda.

–¿Qué hacés, Franquita, te volviste loca? –inquirió la abuela, asombrada.

–Pero Nonna, como la ciudad es de todos, todos tenemos que ayudar a que se mantenga linda –fue la convencida respuesta de la niña.

El Collegium Musicum y los idiomas ocupaban sus tardes infantiles, mientras que las noches solían transcurrir en compañía de sus padres entre lecturas, charlas y conciertos. Los fines de semana iban a la casa del Tigre y, cuando había un poco más de tiempo, estaba la cabaña en Bariloche, donde volvían a encontrarse con las montañas.

Pocas semanas después de que Franca cumpliera diez años, los J. viajaron a Italia para que su hija conociera los lugares donde ellos habían nacido y crecido. Luego de caminar junto a las fuentes de Piazza Navona, Franca le escribió a Dina: “Roma es hermosísima por su color: un color ocre rojizo”.

Giorgio y Vera sentían que luego de tres décadas de vida en la Argentina, todo volvía a ser como debía ser, como había sido en Europa antes del fascismo: culto, constructivo, ordenado y en paz. Las furias antisemitas de Mussolini no habían podido con estos judíos que eran felices sabiendo que en la nueva tierra, que ya les era propia, su única hija nunca tendría que pasar por las zozobras de la huida o el dolor profundo del destierro. La Argentina era toda futuro, y si había alguien dispuesto a aprovecharlo al máximo, ésa era Franca.



–Ustedes son, las dos, unas idiotas útiles. Piensan que Perón va a hacer algo por este país y no se dan cuenta de que es un facho más, otro milico. No me

vengan a mí con la historia de que militantes como ustedes son las que van a resolver los problemas argentinos... ¡Por favor, si son tan burguesas como los que critican! Querrán sentirse las salvadoras del pueblo, pero son unas nenas de mamá metidas en un movimiento que no sabe para dónde ir. ¿Cuándo la UES consiguió algo concreto, algo que les sirva a los estudiantes? O a los pobres, éstos de los que a ustedes les encanta hablar pero que nunca vieron de cerca. Miren, chicas, yo voy a dedicar todo el tiempo que pueda al Cuerpo de Delegados, porque para eso fui elegida por mis compañeros. Ése es mi puesto de lucha, el lugar desde donde quiero aportar mi granito de arena para conseguir mejoras en el Colegio, y desde ahí cambiar la sociedad. Si somos incapaces de modificar los planes de estudio de nuestro propio Colegio, ¿cómo vamos a poder acabar con la injusticia, con la miseria?

Así les hablaba Franca a Corina y a Diana, en una discusión que se repetía cada vez más a menudo. Sus dos amigas habían comenzado a militar en la UES, la Unión de Estudiantes Secundarios, una organización que había tenido su origen en la primera presidencia de Perón y que ahora, en su renacimiento, se enrolaba en la izquierda peronista siguiendo la orientación política de los Montoneros.

Franca, por su parte, había sido elegida Delegada de División desde que se había instaurado de nuevo la participación de los estudiantes, y había sido reelecta varias veces, siempre por una abrumadora mayoría. Salvo los militantes de las agrupaciones que no tenían más remedio que votar a sus candidatos, todo el resto elegía a Franca sin dudar. No sólo era la mejor estudiante sino que además parecía siempre tener tiempo para ir a las reuniones, para elaborar propuestas, para dedicarse a los demás.

La relación con Pablo, en el poco tiempo que disponían para verse, seguía con altibajos. Él estaba muy inmerso en sus estudios de medicina y había comenzado a tomar un curso de fotografía con Enrique, también compañero del Buenos Aires. Ella, entre el estudio, las actividades como delegada y sus clases de inglés, tampoco tenía demasiados momentos libres.

Los fines de semana Pablo estudiaba y a veces lo hacían juntos. La política era un tema irritante, ya que si bien él no había comenzado a militar, estaba también seducido por el nuevo cariz que aparentemente había tomado el peronismo.

En junio de 1973 hacía pocas semanas que Héctor Cámpora había asumido

su cargo como presidente electo de la Argentina. Su lema durante la campaña electoral había sido: “Cámpora al gobierno, Perón al poder”.

Aprovechando la vuelta a la democracia, la euforia del peronismo y la falta de identidad del candidato, el ala izquierda del movimiento había hecho suyos cargos públicos clave e importantes parcelas de poder. Fue en ese contexto que Rodolfo Puiggrós, un respetado intelectual marxista que era el nuevo rector de la Universidad de Buenos Aires, colocó a Raúl Aragón al frente del Colegio. Joven, simpático y sencillo, Aragón era la contracara de Sanz, el rector anterior, que continuaba como profesor de matemáticas y teniendo a Franca como a su alumna preferida.

La decisión de Diana y Corina de pasar a formar parte de una agrupación peronista seguía la tendencia de una buena porción de los hijos de la burguesía profesional argentina, que habían decidido que era necesario sumarse al pueblo porque, repetían hasta el cansancio, el pueblo no se equivoca. Entonces, como el pueblo era peronista, muchos de los chicos cuyos padres habían luchado contra el líder en su gobierno anterior, se adherían de lleno al movimiento. “*Perón, Evita, la Patria Socialista*”, era el lema que movilizaba a la juventud militante.

Pero la presidencia de Cámpora duró lo que un suspiro; los sectores conservadores del peronismo (que iban desde el sindicalismo moderado hasta el nacionalismo filonazi) pusieron el grito en el cielo cuando se dieron cuenta de que la izquierda estaba inserta en el gobierno. Cámpora fue obligado a renunciar y se apresuró el retorno definitivo de Perón a la Argentina, para que participara en las elecciones que determinarían quién iba a ser el próximo mandatario.

Los grupos más progresistas no captaron las señales de peligro y aumentaron su entusiasmo celebrando la vuelta del anciano líder como si llegara el Mesías. Cantar la marcha peronista era una especie de ritual que daba cuenta de la pertenencia al pueblo e insuflaba energías para seguir adelante, como parte de una masa invencible.

A Diana, Corina y muchos otros compañeros de Franca les encantaba esa sensación de ser y pertenecer, dos de los verbos más difíciles de conjugar para cualquier adolescente. Recorían los claustros del Colegio cantando a grito pelado: “*loos muchachos peroniiiiistas / toodos unidos triunfareeeeeemos*”. El Nirvana podía alcanzarse si, a la vez que se cantaba, se golpeaba un bombo. Y cuando era la hora de entonar el Himno Nacional, llegada la estrofa final: “*O juremos con*

gloria morir”, era impactante ver los dedos de los peronistas haciendo la V de la victoria y los puños cerrados de los comunistas sacudiéndose con la convicción que les daba su fe militante.

Para muchos en la Argentina de esos años, morir con gloria era más que una figura literaria; se trataba de una alternativa posible, casi deseada.

Si en algún acto coincidían militantes con policías y militares, los gestos de las manos exaltadas de los muchachitos contrastaban trágicamente con la rígida venia castrense de los uniformados. La canción era la misma, pero los sentimientos no podían ser más encontrados.

Sin embargo, Franca no se dejaba seducir por todo ese furor militante. Cuando casi todos los adolescentes con inquietudes políticas pegaban en las paredes de sus cuartos afiches con el perfil de Perón o el retrato del Che Guevara con su boina, Franca había entronizado en su dormitorio a Los Beatles.

Ella consideraba que la política era algo muy serio y no creía que un cambio urgente y radical, por más necesario que fuera, pudiera ser llevado adelante por un movimiento como el Justicialista.

El cuento de Perón no se lo tragaba. Pese a que en los últimos meses discutía con su padre por cualquier cosa, desde gustos musicales hasta la situación social, pero fundamentalmente por los límites que intentaba imponer a sus salidas, debía reconocer que estaba de acuerdo con la caracterización que él hacía del viejo General: opinaba que era demasiado parecido a Mussolini, y dudaba de que el tiempo lo hubiera transformado en un líder benevolente y progresista.

A fines de 1973, Franca se fue de vacaciones con sus padres al sur y Pablo decidió que estaba muy ocupado para acompañarlos. Ella lo lamentó, aunque no se sentía tan enamorada como para llorar su ausencia.



VII

—Mamá, hoy no vengo a dormir —comentó Franca mientras se preparaba un pequeño bolso.

—¿Cómo que no venís a dormir? ¿Vas a lo de Diana?

—No, mamá. Me voy a quedar en el Colegio. Sabés muy bien que por la toma tenemos que estar las veinticuatro horas del día.

—¡Ay Franquita!, ya sé —respondió Vera con preocupación—. Vos sabés que yo pienso que tienen razón, que están luchando por motivos justos, pero igual me da mucho miedo que te quedes a dormir ahí.

—Pero mamá, si todos se quedan en sus casas los fachos van a hacer lo que se les antoje con el Colegio, con la universidad, con el país.

—Ya sé, ya sé. Pero por más que tengas toda la razón del mundo, no me parece bien que te quedes a dormir en el Colegio. ¡Si ya estás ahí casi todo el día!

—Pero no alcanza, mami, no alcanza. Además, creo que no hace falta que te diga que me sé cuidar y...

—Franca —la interrumpió Vera, a la vez dulce y enérgica—, ¿cómo te vas a cuidar si llega la policía y se empiezan a tirotear con los chicos que andan armados?

—Mirá, si te vas a creer todas las mentiras que andan diciendo por ahí para debilitar el espíritu de esta toma, no nos vamos a poder entender. La toma es superordenada, y ya te dije que eso de las armas es un mito, lo mismo que esas historias estúpidas que hablan de orgías y todas esas macanas —dijo Franca, comenzando a alzar la voz.

—Pero, Franquita...

—Mamá, vos me conocés bien y sabés quién soy. Lo único que quiero es defender lo que es justo. Desde que fui delegada de la división, y ahora con la toma del Colegio, no perdí ni una sola hora de clase. No te dejes confundir, el Buenos Aires es diferente y estamos todos de acuerdo en hacer las cosas mucho mejor que en las facultades. Desde el más chico de los alumnos hasta el rector sabemos que tenemos que ser firmes y prolijos. ¿Cómo se te ocurre a vos que un tipo como Aragón va a aceptar que haya alumnos armados en el Colegio? Quedate tranquila, vieji. Nos vemos mañana.

La primavera democrática de 1973 ya se había marchitado. Al renunciar Cámpora, todas las figuras del gobierno que tenían alguna orientación de izquierda fueron presionadas para abandonar sus cargos. Rodolfo Puiggrós, el rector de la Universidad de Buenos Aires, era un intelectual brillante, al que su declarado marxismo hacía un blanco perfecto para la reacción.

Siguiendo una patética tradición argentina, a los que pedían su cabeza no les importaba en lo más mínimo si era buen funcionario o si sus planes tenían algún valor: la Universidad de Buenos Aires históricamente formaba parte del botín político que le correspondía al grupo en el poder. Pero los estudiantes decidieron resistir, sabiendo que junto con el rector iban a perder las conquistas básicas que habían conseguido en esos dos últimos años. El camino que encontraron para demostrar la firmeza de sus propósitos fue ocupar los edificios de la universidad, y eso incluía al Colegio.

Franca tenía razón. La toma del Nacional Buenos Aires fue mucho menos tumultuosa que la de otras dependencias universitarias, ya que gracias a un acuerdo entre el rector Aragón y los dirigentes de las agrupaciones estudiantiles se continuó dictando clases casi sin interrupciones.

Pero Vera también tenía razón. En los techos y en las puertas laterales del Colegio, patrullas de jóvenes armados montaban guardia por si la policía intentaba desalojarlos. Franca no lo sabía, y tampoco lo sabía el rector ni la inmensa mayoría de los alumnos que ocupaba el edificio. Ella estaba tan segura de la buena fe de sus compañeros, que hubiera podido jurar que no había ni un solo revólver, ni una sola bomba molotov. Sin embargo las había, así como gente dispuesta a usarlas. Por las noches, los activistas de la UES practicaban tiro en el polígono del subsuelo, preparándose para una batalla que no iba a llegar, al menos en ese momento y en la forma en que ellos la esperaban. Algunos de los jóvenes que portaban armas ni siquiera eran alumnos del Colegio, eran militantes que cumplían una misión determinada por la dirigencia. Si para hacerlo era necesario engañar a los propios compañeros de menor jerarquía, “los perejiles”, no importaba. La estrategia impuesta por los de arriba y jamás cuestionada, era prioritaria y justificaba todo.

Y si había que encerrar en un cuarto al propio rector —en defensa de quien se tomaba el Colegio— se lo encerraba. Hubo quien dijo ver al rector Aragón con

lágrimas en los ojos, lamentándose frente a los dirigentes estudiantiles peronistas: “¡Qué me hicieron, muchachos, qué me hicieron!” , dicen que repetía una y otra vez al descubrir que los pactos no habían sido cumplidos.



Al volver de sus vacaciones en el sur Franca terminó definitivamente su relación con Pablo. En buenos términos, jurando que nunca olvidarían el tiempo pasado juntos y prometiéndose que siempre serían amigos, enjugaron algunas lágrimas y siguieron su camino, cada uno por su lado.

A los pocos días, Franca se encontró en la calle con Enrique, y decidieron ir al teatro a ver *La lección de anatomía*, obra muy audaz para la época, en la que los actores pasaban largo tiempo desnudos en escena.

El fin de semana siguiente ella le propuso ir al Tigre a remar en uno de los botes del club América, del que los J. eran socios. Enrique aceptó encantado, y allá fueron los dos, bajo los perpendiculares rayos del solsticio de verano, navegando las aguas pardas del Delta. La pasaron muy bien, pero Enrique había remado sin camisa y a la hora del regreso estaba rojo como un camarón. Al llegar a la capital se besaron tiernamente en la plaza de Barrancas de Belgrano, con Franca muerta de risa por el cuidado que debía tener de no tocar los hombros y la espalda de Enrique, que estaban completamente ardididos.

Los dos se conocían desde hacía años ya que vivían a una cuadra de distancia y solían cruzarse en el barrio, y cuando Franca entró al Colegio comenzaron a verse más a menudo. Pese a ser apenas once meses y doce días mayor que ella Enrique era alumno del tercer año. Muchas veces coincidían en el viaje de ida o de vuelta, o charlaban en los recreos. La pasión de Enrique era la fotografía, y Pablo, siendo novio de Franca, había empezado a estudiar con él. En diciembre ella había invitado a Enrique a su fiesta de cumpleaños, e inclusive habían ido alguna vez juntos al cine cuando Pablo preparaba exámenes, pero siempre en calidad de amigos. Con el competidor fuera de escena, Enrique pudo comenzar a demostrar lo que realmente sentía. A Franca él le había gustado siempre. Y, además, no soportaba la idea de estar sola.

Al día siguiente del inicio del romance, los tres J. se fueron de viaje por Latinoamérica. Desde el avión que los llevaba hacia el norte, Franca le escribió

unas líneas a Enrique, en la que sería apenas la primera de una larga serie de cartas. En la siguiente le decía:

Al llegar a México me llamaron "hermana de Latinoamérica". Por la calle me dicen guapa, amor o cosas que suenan lindas aunque una no las entienda. Los chicos van muy cómodos en las espaldas de sus mamás y tienen una sonrisa abierta (un poco tristes los ojazos). Si decís que sos argentino, te hacen precio especial para latinoamericanos. Si no te cobran el doble, como para los yanquis. Esto es un hervidero de vikingos, muchachos grandotes, rubios y barbudos, vestidos a cual más estrambótico, sumamente hincha pelotas con sus hamburguesas y sus corn flakes. Las chicas que van con ellos son del mismo estilo: tablas de planchar, ojos azules, pollera invariablemente larga, mochila al hombro, nunca de la mano; besos en público: no, por favor, pero sí colectas para presos por tráfico de drogas en Guatemala; sí a los chewing gum y pies descalzos. Tu les connais très bien. Ils sont toujours les-mêmes ces américains.

Si querés comprarte un libro, tiene que ser en inglés. Está lleno de flippers y televisión en colores, pero también de mendigos y de analfabetos. La eterna historia de Latinoamérica, los postergados de siempre.

Y poco después, tras haber llegado a Guatemala, le escribió también a Pablo:

Pablito: Estoy en una lancha cruzando el lago Atitlán. Hace pocos días que empezamos el viaje y ya tengo tantas cosas grabadas en la retina, tanto que contar. Me hice un amigo lustrabotas guatemalteco, estuve en dos universidades, me compré muchas cosas... Podría escribirte cinco hojas. Te aseguro que uno se siente culpable sólo por el hecho de tener zapatos, o avergonzado porque te confunden con un yanqui. Un muchacho me dijo que conoce a tres argentinos: Leo Dan, Sandro y el Che.

Ayer me bañé en la pileta del hotel. Hace un frío bárbaro pero yo soy muy valiente ¿no? Estuvimos con tres rosarinas arqueólogas, bastante pintarrajeadas pero simpáticas. Ahora las perdimos de vista, no sé para dónde habrán ido.

¿Te fuiste a algún lado de vacaciones? ¿Hay fato con Ira o Irene o como se llame?

Espero que no te moleste que te haya escrito. No es una carta profunda, es más bien descriptiva, pido disculpas, pero es difícil hacerlo de otra forma, por lo que no voy a mandarte más, por las dudas, ya que al no poder contestarme no voy a saber si no te parece mal que te escriba.

Bien, hasta pronto manito. Ah, sabes, tenemos un auto japonés que se llama Datsun y es lindísimo. Besos.

Franca.

P.S. Saludos de mis viejos.

Franca volvió de su viaje muy impresionada por el encuentro con un continente distinto del que había imaginado: pobre, profundo, con una historia, tradición y cultura que conocía pero que no había percibido en su real magnitud hasta estar allí.

El reencuentro con Enrique fue una fiesta. Se sentía enamorada y era correspondida. Comparada con la relación con Pablo, todo parecía fácil y simple; inclusive la militancia de él en la UES no le molestaba y, pese a no compartir su posición política, entendía las razones de su participación y le parecía valiente y generoso.

En octubre de 1973, el general Juan Domingo Perón inició su tercer período presidencial, habiendo sido electo por una descomunal mayoría de votos a su favor.

Las contradicciones de su propio movimiento se fueron acentuando, hasta que él personalmente se encargó de echar a los Montoneros de la Plaza de Mayo el 1° de mayo de 1974, llamándolos imberbes y estúpidos.

Esa misma noche, luego de la expulsión, Enrique decidió que iba a abandonar su militancia en la UES. Para él lo sucedido había sido la gota que rebalsó el vaso: ya bastantes dudas tenía como para tolerar más complicaciones. No le gustaba nada lo que estaba pasando ni lo que parecía estar por venir, y resolvió abrirse.

En su último discurso en la Plaza de Mayo, poco después de haber echado a los Montoneros, el líder dijo que llevaba en sus oídos la música del pueblo. Por entonces ya estaba enfermo: los nueve meses en la Argentina lo habían desgastado más que los dieciocho años de exilio y su salud se fue deteriorando gradualmente. El primer día de julio de 1974, al poco tiempo de regresar de visitar a su viejo amigo Alfredo Stroessner, dictador del Paraguay por décadas, Perón murió.

El país entero se detuvo. Toda la Argentina, que en esas semanas estaba pendiente de los partidos que el seleccionado de fútbol jugaba en el mundial de Alemania Occidental, se cubrió de silencio. Aun en el Colegio, donde cada día resonaban en los claustros los gritos de los alumnos festejando los goles en Europa, el aire quedó congelado. La mayoría lloraba, y todos temían por el futuro. En sus pocos meses al frente del gobierno, el General le había dado a su gobierno un carácter netamente derechista, expulsando a la mayor parte de la izquierda peronista, que tuvo que despertar bruscamente de su sueño de socialismo nacional.

Perón nunca debió haber imaginado que aquella dulce melodía que sonaba en sus oídos se iba a tornar en un desesperado canto de horror y muerte. Tampoco los millones de peronistas y no peronistas que velaron y despidieron su cadáver, incluidos los Montoneros en formación militar, deben haber pensado que iban a pasar muchos años hasta que el pueblo argentino volviera a salir unido a la calle, aunque más no fuera por el dolor.



VIII

Franca estaba acostumbrada a ver una larga serie de diez en su boletín escolar, sólo interrumpida por alguno que otro nueve. Se llenaba de alegría cuando se lo entregaba a su papá: él estampaba su firma satisfecho, con una sonrisa de oreja a oreja, y luego le daba un sonoro beso mientras le decía con ternura: "Te felicito, Franquita".

Giorgio sentía que las plumas del alma se le abrían como la cola de un pavo real porque su nena era, sin dudas, la mejor. Pero para que su hija no bajara los brazos se cuidaba muy bien de mostrarle a Franca todo ese orgullo; prefería contener sus emociones y aparentar que esos resultados eran apenas los que cabía esperar de una chica tan inteligente.

A veces Vera le decía con preocupación a su esposo que Franca estudiaba demasiado y se exigía en exceso para mantener su rendimiento académico. "Vera querida, está bien así, dejala que no le va a pasar nada. ¿Por qué no va a ser la mejor, si tiene todos los elementos? Así es como hay que vivir, dedicándose de lleno a lo que uno hace. Y así es como Franquita eligió ser", contestaba él, y Vera se encogía de hombros y asentía, porque a ella también le gustaba que Franca fuera la abanderada y que recibiera premios.

Pero algo adentro suyo le hacía temer que tanto esfuerzo pudiera resultarle en algún momento perjudicial. Vera se sentía mucho más contenta cuando la veía bailando y cantando en uno de sus frecuentes arranques de alegría, transformándose ante sus ojos en la niña que alguna vez había sido.

Muchas veces, Franca terminaba su improvisada danza abrazando a su madre con fuerza y besándola, mientras le hacía una pregunta que no esperaba respuesta: "Mamá, ¿sabés cuánto te quiero?"

La vida de la adolescente era un torbellino de actividades, y los padres de Franca solían conversar acerca de la paradoja que implicaba el haberla educado para que fuera inquieta, independiente y ávida de conocimientos, y pretender al mismo tiempo que estuviera más en casa con ellos.

Pero Vera y Giorgio se consolaban porque al menos su casa era el punto de reunión de todos los amigos de su hija. A Vera le gustaba tener la casa llena de jóvenes, y le divertía mucho ver la corte de admiradores que siempre rondaba a Franca y a sus inseparables amigas Diana y Corina. A Giorgio en cambio le

daba un poco de celos, pero se había resignado y había terminado siendo amigo de sus novios: Pablo primero y Enrique después. Por otro lado, cada vez que se atrevía a mencionar a su mujer algún sentimiento de este tipo, era objeto de pullas y cariñosas acusaciones de antediluviano.

A ambos les preocupaba la creciente situación de violencia que se vivía en el país, pero estaban tranquilos ya que la posición ideológica de Franca distaba de los extremismos que estaban surgiendo.

Si bien esto era cierto, también la jovencita se cuidaba mucho de contarles todas sus ideas al respecto y, sobre todo de entrar en detalles acerca de las actividades de Corina, Diana, y muchos de sus amigos.

No es que le gustara ocultarles cosas a sus padres, sino que prefería no asustarlos. Además, desde el punto de vista de Franca, ellos no interpretaban lo que estaba sucediendo en el país del mismo modo que ella, porque con el paso de los años habían alcanzado una cómoda situación económica y social, que no les dejaba percibir los drásticos cambios que se avecinaban.



Los pasillos del Colegio estaban muy sucios ya que los empleados universitarios habían iniciado una nueva huelga, y el deterioro que sufría la institución era sólo otra evidencia del desgaste que padecía el conjunto de la sociedad argentina. Los grandes cestos de basura colocados en los claustros rebalsaban de papeles y el amarillo de los pisos iba desapareciendo bajo una película de mugre.

En las paredes, capas y capas de restos de carteles formaban un collage indecifrabable. Los estudiantes escribían leyendas de protesta en largos rollos de papel de embalaje con marcadores de colores. Luego, durante los recreos, humedecían la cara adhesiva de la cinta con un pañuelo mojado que llevaban en el bolsillo o la cartera y, reclinándose con disimulo contra la pared, pegaban las obleas. A la mañana siguiente las leyendas habían desaparecido víctimas del celo represivo de las autoridades, aunque siempre quedaba algún resto sobre el que muy pronto aparecía una nueva oblea, coloreada y elocuente, que era igualmente arrancada para ser otra vez cubierta por una nueva generación de papel engomado.

Los apellidos de las autoridades brindaban a los estudiantes una perfecta oportunidad para desplegar su creatividad y remarcar las diferencias ideológicas

que tenían con ellos. El Interventor en la Universidad de Buenos Aires era Alberto Ottalagano, y los jóvenes, al escribir su nombre, resaltaban las tres A, ligándolo a la Alianza Anticomunista Argentina, popularmente conocida como Triple A, una banda asesina paraestatal que centralizaba la represión política ilegal. La asociación no era en absoluto gratuita, ya que el rector se vanagloriaba públicamente de sus posiciones filonazis.

El anciano siniestro que detentaba el cargo de ministro de educación, Oscar Ivanissevich, también se había declarado admirador del Tercer Reich, por lo cual con las dos eses de su apellido los alumnos formaban una cruz gamada o imitaban el símbolo en forma de rayo de las SS, el terrible grupo de choque de Hitler.

El oscuro trío que regía los destinos del Colegio Nacional de Buenos Aires se completaba con el rector-interventor Garda, cuyo nombre aparecía junto con los de Ottalagano e Ivanissevich, apellido sobre apellido, haciendo coincidir tres de las A. Denunciaban así el apoyo implícito de estos funcionarios a las siniestras bandas de la Triple A.

—¡Compañeros! Vamos a la rectoría a presentar el petitorio. No podemos aceptar que se desconozca al Cuerpo de Delegados. El rector no quiso recibir el petitorio que la mayoría de los estudiantes firmamos porque dice que no somos representativos. ¡Vamos todos juntos para mostrarle a Garda quién es representativo y quién no!

Los alumnos escuchaban atentos, y cada vez que el orador hacía una pausa aplaudían. De pie en el antepecho de una de las ventanas del patio, el Flaco, a la sazón presidente del Centro de Estudiantes, era el foco de atención de varios centenares de miradas.

—Si retrocedemos un paso en las conquistas que hemos logrado en los últimos tres años nos vamos a quedar sin nada. ¡Garda tiene que reconocer la legalidad y representatividad del Cuerpo de Delegados que todos elegimos! Ivannisevich en el Ministerio de Educación y Ottalagano en la Universidad son el símbolo del autoritarismo que Garda pretende imponer en el Buenos Aires. ¡Vamos todos al primer piso a decirle al rector que sin alumnos no hay Colegio!

Siguiendo de cerca al Flaco, los delegados estudiantiles y buena parte de los estudiantes que lo escuchaban comenzaron a caminar hacia la puerta del claustro. Franca esperó que se formara la columna y se incorporó a ella con paso firme.

Según el esquema de gobierno tripartito que figuraba en los estatutos de la

Universidad de Buenos Aires, el organismo de máxima autoridad era el Consejo Directivo, formado por ocho profesores, cuatro alumnos y cuatro graduados.

El Cuerpo de Delegados era la voz orgánica de los estudiantes, que canalizaba las inquietudes de sus compañeros. En la práctica, como se vivía de intervención en intervención, los delegados eran la única forma de representación del alumnado, y ahora el rector-interventor quería desconocerlos.

Franca había sido reelecta como delegada de su división hacía poco. Con tono tranquilo y términos claros, había vuelto a exponer argumentos que convencieron a sus compañeros. Los alumnos de su división que habían pretendido competir con ella, militantes de alguna agrupación política estudiantil con una línea ideológica establecida, habían sido demolidos por la implacable ironía y la metódica precisión de Franca. Diana y Corina podían alternar como subdelegadas, pero el primer lugar era siempre para Franca.

Después de subir la gran escalinata de mármol, los estudiantes giraron hacia la izquierda y caminaron los quince pasos que los separaban de la puerta de la rectoría. Se desgañitaron durante largos minutos, pero otra vez nadie quiso recibir el petitorio y ninguna autoridad, rector incluido, dio la cara.

La negativa a atenderlos no hizo más que aumentar la cólera de los jóvenes. Volvieron a la planta baja y se dividieron espontáneamente en varios grupos. Los pocos profesores que dictaban clases fueron interrumpidos y los alumnos invitados a sumarse a la desordenada asamblea que volvió a convocarse en el claustro central. Las consignas fueron subiendo de tono y muy pronto comenzó a escucharse el ruido que hacen las pinturas en aerosol al ser sacudidas, como víboras de cascabel listas a atacar. Las manos de los activistas entraron rápidamente en acción e inundaron los azulejos con pintadas contra las despóticas autoridades. En uno de los claustros laterales un grupo de alumnos de quinto año prendió fuego a un cesto lleno de papeles. Las llamas no tardaron en extinguirse pero el humo se dispersó en los amplios corredores, donde cualquier resto de disciplina había desaparecido. El regio palacio francés mostraba las huellas del explosivo descontento de los estudiantes, víctimas de una política caótica y de un país encaminado hacia su autodestrucción, que parecía no tener lugar para ellos. Los cantos y acciones continuaron hasta el fin del horario de clases, y cuando los alumnos salieron al frío de la calle los esperaba la policía con las Itakas en ristre y su siniestro sonido: Clic clic. Clic clic. Clic clic.



IX

–Me convenciste, Corina –dijo Franca con tanta decisión como vergüenza.

–¿De qué te convencí?

–Voy a empezar a militar.

–¿Y por qué me lo contás a mí? Hablá con la gente de la Fede o con...

–No, Corina –la interrumpió Franca con seriedad– pienso que la UES es el mejor camino en este momento.

–¡¿Vos en la UES?! ¿Qué pasó, Franquita? ¿Te volviste loca?

–Por favor Corina, no me cargues. Vos sabés que esto no es fácil para mí, te dije un montón de veces que no estoy del todo de acuerdo con la UES, pero de ahí a ser gorila hay mucha distancia. Lo que pasa es que las cosas están cada vez peor, y como independiente veo que lo que hago no alcanza para nada. No creas que de repente me empezó a gustar el peronismo, pero no veo una opción mejor, y me siento muy mal al no estar ayudando todo lo que puedo en estos momentos tan terribles.

La visión de Franca sobre la gravedad de la situación era compartida por la mayor parte de la sociedad argentina. Desde la muerte de su marido, María Estela Martínez de Perón, “Isabelita”, había quedado a cargo de la presidencia, y pasaba algunos días en la Casa Rosada y semanas enteras encerrada en la residencia de Olivos afectada por fuertes crisis nerviosas. Oculta por grandes anteojos oscuros que le daban un aspecto de mosca desorientada, eludía torpemente las presiones para que renunciara. Detrás de la legalidad que la presidenta representaba, se acentuaban las disputas por cada porción de poder.

El país entero era un teatro en el que se desarrollaba un drama en múltiples actos: los guerrilleros les robaban armas a los militares en plena Capital; Isabelita hacía mal uso de fondos y se determinaba que el único culpable había sido un asesor nunca identificado; un coronel en actividad era nombrado ministro del Interior sin permiso de sus superiores, y todos eran obligados a renunciar por presiones del generalato; un avión militar era derribado en Tucumán por grupos armados que intentaban establecer una “zona liberada”; el presidente del Senado insistía en que era necesario respetar el verticalismo al tiempo que se

preparaba para reemplazar a Isabel; la presidenta afirmaba: “Si soy mala y no les sirvo, que gobierne otro”, mientras se aferraba a su cargo con uñas y dientes, y todo esto ocurría en un solo mes.

Franca había vuelto cambiada de su viaje por Latinoamérica: había quedado muy conmovida por la visión de la pobreza, la injusticia, los postergados de siempre. Además, al igual que la mayoría de los jóvenes, comenzaba a tener la sensación de que muy pronto iba a pasar algo importante.

El lugar de militancia se volvió súbitamente irrelevante frente a la imperiosa urgencia de sentirse útil, de no ser una más, idea que para ella era insoportable. Tampoco podía negar que la mayor parte de la población era peronista, y eso había podido vencer su rechazo hacia este movimiento.

La decisión le parecía tan drástica como imprescindible, pero no por eso le había resultado fácil tomarla.

Muchas de estas ideas pasaban por la cabeza de Franca mientras escuchaba estoicamente los comentarios irónicos de Corina.

–Me parece bien. Siempre supe que tarde o temprano te ibas a avivar –concluía su amiga.

–¡Corina, te pido por favor que no me jodas más! –dijo Franca en tono de súplica. Sentía que el paso que estaba dando era muy importante e iba en contra de muchas de sus convicciones, lo que la ponía sumamente tensa y hacía desaparecer su habitual sentido del humor.

–Discúlpeme, compañera. ¡Bienvenida al Movimiento! –le respondió Corina no pudiendo resistir la tentación de utilizar una vez más el sarcasmo contra una de sus más impiadosas críticas.

Corina se había convertido en una de las responsables de la UES dentro del Colegio Nacional de Buenos Aires, estaba a cargo de la organización interna y coordinaba las actividades desarrolladas en conjunto con otros colegios de la Zona Sur.

Franca la había elegido para contarle su decisión porque en muchos aspectos era lo opuesto a Diana; era más reflexiva que su otra amiga, quien tenía un temperamento tan mercurial que Franca temía que no comprendiera del todo sus motivaciones.

Corina tampoco se destacaba por ser un dechado de tranquilidad, aunque al lado de sus dos hiperactivas compinches parecía mucho más calma de lo que

en verdad era. Su apariencia era además mucho más sencilla y en sus actos se notaba la formación conservadora y estricta que había recibido en su casa, que contrastaba con la libertad casi absoluta con que Franca y Diana manejaban sus vínculos familiares.

Para Franca, Corina representaba la cara racional y Diana la pasión de la militancia. Lo había comprobado en las cientos de discusiones políticas que habían tenido. Ahora soportaba las pullas de Corina por todas las veces en que ella había sido la que había empleado su demoleadora ironía contra sus compañeras, independientemente de que estuvieran solas o en asamblea frente al resto del Colegio. Por suerte, esto nunca les había impedido preservar su amistad.

Cuando Corina le contó la noticia, Diana se alegró: además de ser otra actividad a compartir con Franca, iba a ser su encargada, su superior jerárquica, la persona que la guiaría en su educación política y en sus actividades como militante. Mientras corría a buscar a su amiga para felicitarla recordó el comentario que en una ocasión le había hecho Franca: “Si algún día llego a militar, va a ser con todo, a fondo”. Y sintió el peso de la responsabilidad de ayudarla y acompañarla en ese camino.

Enrique también se asombró ante la repentina decisión de su novia. No intentó polemizar con ella porque ya sabía que cuando a Franca se le metía algo entre ceja y ceja lo mejor que podía hacer era dejarla tranquila. Franca tenía explicaciones para todo. Contradecirla era la mejor forma de empezar una pelea, y no tenía ganas de exponerse a la carga de ironía que su novia podía emplear cuando se le acababan las ganas de responder a los cuestionamientos. Además, si bien había abandonado su propia militancia pocos meses antes, Enrique todavía creía en las virtudes del peronismo y no le parecía extraña la idea de volver al activismo en el futuro.

Los primeros meses en la UES fueron para Franca interesantes y placenteros. Se reunía con Diana y otros nuevos militantes, y leían sobre política, lo que no era demasiado distinto a lo que hubieran hecho ellas solas. Después de que los otros integrantes del grupo de estudio se iban, Franca y Diana se quedaban habitualmente charlando, rememorando anécdotas de una amistad que iba madurando. La competencia y la ingenuidad estaban quedando atrás y solían reírse recordando viejas historias, como el enojo de Franca cuando en segundo año Diana había empezado a salir con un chico que era un año mayor que Pablo, ganándole a su

amiga en la lucha por aparentar más edad; o aquella otra vez que Diana se fue muy ofendida de una quinta a la que habían ido a pasar un fin de semana porque los chicos las habían espiado mientras se duchaban: “¡A mí únicamente me va a ver desnuda el hombre del cual yo esté enamorada!”, había gritado la jovencita indignada, con un tono y un lenguaje que parecían copiados de las telenovelas que tanto le gustaban, mientras hacía el bolso para salir disparada por un camino de tierra que no llevaba a ninguna parte. Únicamente las súplicas de Franca habían conseguido hacerla volver.

“¿Te acordás cuando fumabas agarrando el cigarrillo entre el índice y el pulgar, con la mano para afuera, y no tragabas el humo?”, le preguntaba Diana, y las dos se sacudían por las carcajadas. Y Franca le retrucaba haciéndole recordar a su amiga el enorme interés que había tenido por las populares novelas que llenaban la televisión: “Mientras vos mirabas *Rolando Rivas*, yo leía a Herman Hesse”, decía Franca con impostado aire de superioridad. “Sí, pero bien que a veces te la querías dar de compinche y venías a hacer comentarios sobre *Estación Retiro*. ¡Lástima que te salían tan artificiales que se notaba a la legua que no tenías ni idea de qué se trataba!”, le recordaba Diana.

Desde el día en que la había conocido, Diana había admirado la enorme cultura de Franca, el seductor atractivo de un hogar que no se parecía a ningún otro, su generosidad sin límites ni condiciones, esa concentración que Franca ponía en cada cosa que hacía, hasta en esas actividades que ante sus ojos eran completamente triviales, y el constante proponerse nuevos desafíos, que a veces Diana aceptaba por puro orgullo.

Aunque Diana también había descubierto muy pronto en su amiga sus otras facetas: Franca podía ser manipuladora, difícilmente aceptaba una derrota, podía apelar a la más despiadada de las ironías cuando alguien no le parecía lo suficientemente inteligente y era capaz de utilizar la seducción como un arma. Sin embargo, estos aspectos negativos se veían compensados por el profundo cariño que existía entre las dos.

Franca, por su parte, siempre había admirado en Diana la frescura, la exuberancia de sus sentimientos, la alegría sin límites y su imaginación frondosa. Por su condición de hija única, había aprendido de su amiga casi todo lo vinculado a la relación con gente de su edad, en especial con la del sexo opuesto.

Cumplidos los diecisiete, las dos tenían noviazgos más estables, sueños de

cambiar el mundo, un enorme amor por las clases de teatro que compartían, y ganas de tragarse la vida a bocanadas, como el humo de los Particulares Verdes, el cigarrillo que fumaban todos los activistas, y que ellas ya habían aprendido a aspirar sin toser.

Al poco tiempo la militancia dejó de ser puramente teórica. Franca y Diana, siempre juntas, participaban de acciones de protesta contra la política salvajemente represiva del gobierno de Isabel. Por ejemplo, subían a los colectivos y pegaban obleas en el respaldo de los asientos que denunciaban las atrocidades que la mayoría de la población prefería ignorar. Si bien no era muy distinto de pegarlas en las paredes del Colegio, el hecho de hacerlo en lugares públicos aumentaba el riesgo. Por esos días ya no les resultaba raro ver pasar junto a ellas a toda velocidad grupos de dos o tres Ford Falcon, generalmente verdes, con las luces encendidas aun en pleno día, portando a sicarios de la Triple A, de la Marina, del Ejército, de un sindicato o de cualquier otro de los muchos grupos paramilitares que en la Argentina de 1975 circulaban sembrando el terror. Muchas veces, los matones que viajaban en los Falcon exhibían ostentosamente por las ventanillas revólveres o armas largas, lo que garantizaba que el resto de los automovilistas se apartaran rápidamente para dejarlos pasar, y no precisamente por cortesía.

Otra de las actividades que era habitual entre los militantes era hacer pintadas: armados de aerosoles, los jóvenes estampaban sus consignas políticas en cualquier pared de la ciudad. Para la gran mayoría de sus compañeros, al igual que para las dos adolescentes, el contacto al que obligaba el activismo político era casi tan interesante como su motivo específico. Las pintadas se hacían en parejas y era muy normal preguntarse entre risas: "¿Con quién te toca salir esta noche?". Dos parejas hacían de "campana" en las esquinas para dar el alerta ante cualquier visita indeseada, mientras otra se dedicaba a pintar. Si llegaba a aparecer la policía y era imposible escapar, la consigna era que las parejas se acurrucaran en el primer umbral y simularan ser novios que habían buscado un lugar oscuro para besarse, lo que generaba situaciones de súbita intimidad entre los asustados jovencitos.

Los militantes solían despreciar a quienes no participaban en actividades políticas. Sentían que eran los que estaban comprometidos con la sociedad, con

el pueblo, con el país, mientras que los otros eran “los boludos” que con su inacción servían “al sistema”. Curiosamente, y pese a haberse negado durante años a formar parte de ninguna agrupación política, a Franca nunca le había tocado cargar con este baldón porque siempre había participado en las discusiones y las asambleas, con lo que se había ganado el respeto de sus compañeros activistas.

Poco a poco, la política fue ocupando un lugar cada vez más importante en la vida de Franca: ya no sólo había que leer libros, pegar obleas o hacer pintadas, sino también participar de larguísimas reuniones en las que se analizaban los documentos mediante los cuales la conducción marcaba la línea ideológica. En ocasiones era tedioso escuchar durante horas las interpretaciones de la realidad política argentina y latinoamericana que la dirigencia de Montoneros hacía para consumo de las legiones de jóvenes que integraban las organizaciones de base, analizando el proceso que llevaba a esa utópica revolución que, decían, estaba cada vez más cerca. Cuando compartían esas reuniones, Diana y Corina se asombraban al ver que Franca, que siempre había sido la que más discutía, la que no aceptaba nada si no recibía una explicación sólida y completa, acataba las ideas que la dirigencia imponía como si fueran un dogma indiscutible.



X

Luego de la tumultuosa asamblea que exigía el reconocimiento del Cuerpo de Delegados, la realidad pareció acelerarse. Esa violenta jornada de movilización estudiantil hizo que las autoridades de la universidad cerraran el Colegio durante algunos días. Garda fue obligado a renunciar y lo reemplazó Antonio Luciano Muñoz, un odontólogo con dudosas credenciales pedagógicas.

Al reiniciarse las clases, Franca se encontró con la entrada prohibida y la noticia de su expulsión.

Su primera sensación fue una extraña mezcla de odio, liberación e impotencia. “¡Echarme del Colegio a mí, a la mejor entre más de mil! ¿Quiénes se creen que son estos ignorantes hijos de puta? ¡Que revienten, yo no vuelvo más! Me podrán pedir por favor que vuelva, pero no lo pienso hacer. ¡Ellos no me echan, yo me voy! Son unos nazis y yo no puedo ir a un colegio donde mandan los animales. ¡Encima pretenden echarnos con excusas, con mentiras! Lo que pasó es que nos tenían a los catorce en una lista negra, y no se atreven a decir directamente: ‘Señores, ustedes están expulsados del Colegio Nacional de Buenos Aires porque a nosotros no nos gustan sus ideas’. ¡Desgraciados, cretinos, prefiero rendir libre en otro lado antes que volver!”.

La cabeza de Franca era un torbellino. Siempre había sabido que ser delegada tenía sus riesgos, que hablar era cada día más peligroso, que la militancia aumentaba las posibilidades de tener problemas, pero lo que nunca se había imaginado era que iban a echarla a ella, a la abanderada del Colegio. En su furia pensaba: “Es muy coherente, se deshacen de los mejores”. Y recordaba la primera vez que le tocó llevar la bandera, cuando ella no quería hacerlo y el rector Aragón tuvo que convencerla: “No me gusta”, explicaba la pequeña Franca, “es un símbolo elitista y competitivo”. “Pero no, Franca”, le respondió el rector con dulzura, “es apenas una manera de reconocer el esfuerzo, tu importante esfuerzo”. Y cuando recibió su primera medalla de oro sintió otra vez que la distinción le disgustaba. “Franquita, es tuya por derecho propio, recibila, y si algún día necesitás el dinero la vendés”, le sugirió el rector.

Con el tiempo, Franca se había ido acostumbrando a llevar la bandera en las ceremonias, y hasta lo había terminado por considerar como un derecho

adquirido: siempre había tenido el mejor promedio de su promoción, nunca nadie había conseguido las calificaciones necesarias como para ocupar su lugar.

Con la expulsión comenzó un período de febril actividad: reuniones, llamados telefónicos, consultas con otros militantes y con abogados.

Unos días después, tal como habían acordado, Franca fue a la salida del Colegio para realizar una protesta y se encontró con un enorme cartel hecho por la UES reclamando la reincorporación, en el que figuraba su nombre junto al de los otros compañeros echados.

Verse así, expuesta en la calle ante las miradas de los transeúntes y para colmo sindicada como militante de una agrupación peronista, la asombró y la asustó muchísimo. No sabía si estaba dispuesta a tanto, pero recordó su decisión de no volver a ese Colegio nunca más. Y ya no sintió miedo.

Catorce alumnos habían sido expulsados después de la asamblea, bajo la acusación de haber prendido fuego a un tacho de basura. La veracidad de esta imputación era una de las últimas cosas a tener en cuenta, ya que la crisis había estallado por la movilización estudiantil. En el contexto político de entonces, el gobierno no podía permitir bajo ninguna circunstancia que un puñado de adolescentes se alzara con éxito contra las autoridades, y en su estructura ideológica la única alternativa era gobernar con puño de hierro aunque tuvieran pies de barro.

Sin embargo, los alumnos no se rindieron. Entre los afectados también estaba Diana, cuyo padre era un abogado con experiencia y contactos. A comienzos de agosto padres y alumnos se organizaron e iniciaron una acción judicial, mientras que más de dos mil estudiantes secundarios de toda la Capital marcharon al Congreso de la Nación para exigir que se revirtiera la medida.

La sanción no tenía demasiado sustento político ni jurídico, y la presión ejercida tuvo éxito: el 14 de agosto de 1975, el nuevo rector tuvo que firmar una resolución reincorporando a todos los alumnos expulsados.

Franca, conociendo la situación que se vivía en ese momento en el Colegio, se afirmó en su posición y fue la única que no aceptó beneficiarse con la medida. Los otros trece expulsados retornaron a clase, pero ella no. Sus padres y Enrique intentaron de todas las formas posibles que reviera su actitud, manteniendo charlas que se extendieron hasta la madrugada. Pero finalmente, todos terminaron respetando su decisión pese a no estar de acuerdo, porque reconocían

que su posición era justa y que el Colegio al que ella había asistido no existía más. Por otro lado, también eran conscientes de que nada en este mundo iba a hacerla cambiar de idea.

Los argumentos más fuertes de Franca, además de los ideológicos, estaban fundados en que la educación sin libertad no era posible, y el clima que tenía el Buenos Aires en esos días distaba mucho de ser libre o democrático. Las autoridades universitarias habían retrocedido en la expulsión, pero estaban dispuestas a demostrar con claridad quién mandaba y quién obedecía.

Históricamente el mantenimiento de la disciplina, las tareas de control de asistencia, la preparación del aula para las clases y otras labores similares eran realizadas por alumnos de los años superiores que obtenían el cargo de celadores y reportaban a empleados administrativos de cierto nivel. Ser nombrado en este cargo que además era rentado, solía ser un privilegio que se confería a estudiantes de los últimos años escogidos generalmente por sus logros académicos, aunque a veces se veían favoritismos o simples actitudes acomodaticias. En general estos celadores establecían con los alumnos menores relaciones cordiales, ya que habían pasado por las mismas experiencias que ellos muy poco tiempo antes. Franca, con su tendencia a relacionarse con muchachos mayores que ella, casi siempre se había hecho amiga de sus celadores.

Pero el nuevo rector cortó la tradición de cuajo: cuando reabrió el Colegio, los celadores fueron reemplazados por cuarentones de pelo corto que portaban revólveres en los sobacos y que durante los recreos vigilaban que ninguno de los adolescentes empuñara palabras peligrosas o llevara papeles de grueso calibre ideológico. También recorrían los pasillos durante las horas de clase, y bastaba que se produjera el menor ruido anormal dentro de un aula para que estos celadores con aspecto de carceleros ingresaran sin pedirle permiso al profesor y aplicaran sanciones a discreción.

Como siempre, el Colegio no hacía más que reflejar la situación del país: la represión era cada vez más cruenta. El propio Ivanissevich, contra el cual los alumnos habían protestado pocas semanas atrás, ya formaba parte de los malos recuerdos y había sido reemplazado. Hasta el omnipotente ministro López Rega había hecho mutis por el foro y se transformó, con la celeridad propia de la historia política argentina, de funcionario en embajador itinerante y de allí en prófugo de la justicia buscado -sin éxito- por Interpol.

Dejar de ir al Buenos Aires significó para Franca mucho más que interrumpir una rutina, un ciclo académico, o simplemente alejarse del estudio. Los primeros días se sintió completamente desorientada, como un barco sin brújula. Había perdido su principal punto de referencia de los últimos cuatro años y medio, no tenía obligaciones ni horarios y ya no veía más todos los días a sus amigos.

Pero nada de eso fue capaz de convencerla de que se reincorporara, pese a que la posibilidad existía. Ya había superado el miedo de ver su nombre en los diarios o en el cartel de la UES, y se sentía más allá de todo eso: había elegido el compromiso y estaba dispuesta a afrontar las consecuencias.

Su espíritu inquieto le indicó que era hora de buscar un nuevo norte.

Al disponer de más tiempo libre la militancia creció en importancia en su vida. Militar era una actividad ideológica, pero le brindaba también una importante dosis de consuelo social ya que allí seguía viendo a varias de sus amigas. La idea de dedicarse exclusivamente a la política no llenaba las expectativas de Franca, y tampoco le hubiera caído bien a su familia, sobre todo porque esa actividad se desarrollaba en una organización peronista, cosa que sus padres ni siquiera imaginaban.

Su relación con Enrique continuaba viento en popa y en sus conversaciones había surgido más de una vez la posibilidad de irse a vivir juntos. Cuando lo comentaron con Giorgio y Vera encontraron, para sorpresa de los jóvenes, un completo apoyo. Pero, como bien dijo el padre de Franca, para ser independiente había que tener autonomía económica, con lo que el paso siguiente para Franca fue buscar trabajo.

Aprovechando que el italiano era su lengua materna, mandó una carta respondiendo a un aviso del Nuevo Banco Italiano, con la seguridad de que le ofrecerían empleo. Sin embargo, el puesto no fue para ella.

Continuó enviando respuestas a los pedidos de los anuncios ampliando el rango de su búsqueda, y en unas semanas consiguió su primer trabajo en un pequeño taller en el que armaban cajas de cartón para diversos productos medicinales.

A partir de entonces todas las mañanas, muy temprano, Franca tomaba el colectivo que la llevaba hasta Almagro y pasaba horas plegando y enganchoando cajas, plegando y enganchoando, plegando y enganchoando. No era una actividad

muy creativa, pero ella la sobrellevaba bien porque la hacía sentirse independiente y era un mundo nuevo, con gente diferente de la que estaba acostumbrada: “gente del pueblo”.

Después de trabajar tenía sus reuniones políticas, y cuando llegaba la noche estaba cansada y triste. El sueldo no era bueno y, para colmo, los dueños no pagaban los aportes jubilatorios ni daban los aumentos indicados por el gobierno, que en esos tiempos de inflación galopante eran casi mensuales. Era la época del “Rodrigazo”, expresión popular que inmortalizó el nombre del ministro de economía de turno, Celestino Rodrigo, quien había conseguido desatar una feroz escalada de precios. En un par de meses, Franca tuvo que reconocerlo: se aburría y se sentía explotada. Se lo comentó a sus padres durante la cena. Giorgio le dijo que no debía jamás someterse a situaciones abusivas, y la acompañó al día siguiente a presentar la renuncia, ocasión que aprovechó para darle una filípica al arbitrario patrón. Satisfechos por haberse enfrentado juntos a la injusticia, padre e hija se marcharon con la frente alta.

Pero eso no implicaba que Franca iba a quedarse en casa. Enrique había comenzado a trabajar en Fuji, en el laboratorio de revelado fotográfico, y estaba muy contento porque lo que hacía tenía que ver con su vocación. En cuanto hubo otra vacante, Franca fue también a la enorme planta suburbana a ensobrar ampliaciones y controlar que se correspondieran con los negativos que las acompañaban. Si bien tenían trabajos y horarios distintos, les gustaba estar empleados en el mismo lugar. Además, Enrique había vuelto a la militancia política dentro del peronismo y, pese a que no estaban en el mismo grupo, ambos sentían que tenían cada vez más cosas en común.

Por unos meses la vida de Franca pareció encontrar un nuevo equilibrio. Comenzó a prepararse para dar quinto año libre con el fin de obtener el título de bachiller, lo que le permitiría ingresar a la universidad. Esto no le requería demasiado esfuerzo, ya que el nivel académico del Buenos Aires era muy superior al del Liceo donde pensaba rendir, aunque los programas eran diferentes por lo que debía repasar las once materias. Tener otra vez el estudio y los exámenes como objetivo, la alentó a pensar en el futuro. Por primera vez, Franca le dijo a su madre que algún día quería estudiar pedagogía.

Cuando la primavera de 1975 empezó a cederle el lugar a los calores del verano, Giorgio y Vera, que parecían entusiasmados con el futuro de la parejita, les

ofrecieron prestarles un pequeño departamento que Giorgio iba a recibir como pago por un trabajo para que se fueran a vivir juntos.

A Franca y Enrique la idea les gustó, aunque les generó dudas y miedos. Pasaron varias noches conversando hasta la madrugada acerca de la convivencia, las expectativas y temores de cada uno, y el nivel de compromiso que implicaba el paso que estaban pensando en dar.

Ilusionados, los jóvenes superaron sus temores y comenzaron a comprar algunas cosas para su futuro hogar. Franca pronto cumpliría dieciocho años y podría votar y sacar registro para conducir, dos de los ritos que en la Argentina marcan el ingreso en la adultez, aunque las urnas por entonces se usaran mucho menos que los automóviles.



XI

El 1° de diciembre de 1974 miembros del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) mataron en Tucumán a un capitán y a su hijita de tres años. Esta provincia era el único escenario de enfrentamientos abiertos entre los combatientes del ERP y las Fuerzas Armadas argentinas. Si bien durante breves períodos los guerrilleros llegaron a controlar algunas zonas muy restringidas, la aplastante superioridad numérica y de poder de fuego de las tropas regulares y la escasa inserción que el ERP pudo conseguir entre la empobrecida población local, hizo que el resultado final de la lucha estuviera escrito desde su inicio.

Cuando se cumplía el primer aniversario de aquel atentado, a modo de monstruoso homenaje, los militares asesinaron a siete sospechosos de ser terroristas: colocaron sus cuerpos en una camioneta, llevaron el vehículo hasta el mismo lugar en que el capitán y su hija habían muerto, y lo volaron con una poderosa carga de explosivos. En varias cuadras a la redonda del centro de la ciudad de San Miguel de Tucumán cayó una lluvia de restos humanos ensangrentados.

Jirones de brazos y piernas, vísceras reventadas y espantosos revoltijos de huesos y carne humana fueron el bárbaro idioma con el que las Fuerzas Armadas informaron a la sociedad su estrategia de lucha.

Apenas dos días antes de la masacre de Tucumán, aparecieron fusilados en un descampado de la provincia de Córdoba nueve jóvenes, víctimas de las bandas paramilitares que iban teniendo cada vez mayor libertad para elegir y ejecutar a sus víctimas.



Los alumnos del Nacional Buenos Aires habían sido de los primeros en sufrir en carne propia las sangrientas consecuencias de tener ideas contrarias a quienes detentaban el poder. Más de un año antes de que echaran a Franca, matones de la ultraderecha peronista habían asesinado a sangre fría a Eduardo Bekerman, de 18 años, militante de la UES, que había egresado del Colegio en 1973 y al que todos conocían como “El Roña”, quizás por su fama de chicanero en las discusiones políticas. Como símbolo de solidaridad contra la brutal muerte, el rector

Aragón permitió que se velara el cuerpo en el claustro central del Colegio. Las agrupaciones de la izquierda peronista colocaron carteles que aseguraban que la sangre derramada no sería negociada, lo que produjo que muchos criticaran ávidamente al rector, acusándolo de haber convertido al Colegio en el escenario de un macabro festival publicitario Montonero.

Ni siquiera el más decidido crítico de Aragón podía imaginar entonces que el Roña iba a ser sólo el primero de los muchos alumnos y ex-alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires que iban a ser asesinados por la brutal ola de represión que, desde el Estado, se desató en la Argentina.



Semanas después de la expulsión, Diana y Franca participaron juntas por primera vez de una actividad política en la calle. Fue un operativo de propaganda en pleno día, que consistió en cortar el tránsito en Rivadavia y José María Moreno para tirar volantes denunciando el giro a la derecha de la política del gobierno.

Las jóvenes se encontraron antes en la casa de Diana para revisar las instrucciones: se las repetían una a otra para estar seguras de que no se habían olvidado de nada, y desde allí marcharon a cumplir su misión.

Primero debían pasar por una Unidad Básica que estaba a varias cuadras del lugar del acto. Entraron nerviosas, pero se calmaron un poco cuando, apenas atravesada la puerta, las recibió uno de sus compañeros de la UES que estaba esperándolas para entregarles una considerable cantidad de panfletos. Franca se ruborizó al darse cuenta de que no había llevado cartera; ese detalle no se lo habían indicado y a ella no se le había ocurrido preguntarse dónde iba a llevar los papeles. Diana salvó el mal momento desplegando su mejor sonrisa y sugiriendo al compañero que las ayudara a buscar en el local un par de bolsas de plástico, que finalmente encontraron en la cocina.

Al salir de la Unidad Básica, mientras caminaban, las amigas intentaban no mostrar nerviosismo y resistir la tentación de mirar hacia atrás para detectar si las seguían policías de uniforme o de civil. Iban en contra del tráfico de la avenida, lo que les permitía ver si se acercaban patrulleros o, peor aún, los temibles Falcon verdes.

Al llegar al cruce de calles indicado, caminaron despacio buscando al compañero que daría la orden de iniciar la volanteada. Lo vieron y cruzaron

miradas con él, pero nadie hizo gesto alguno de reconocerse. En la esquina fijada simulaban ser dos jovencitas mirando vidrieras, mientras esperaban escuchar la consigna para ir cada una a ocupar el puesto que les había sido asignado: Diana debía repartir volantes a los transeúntes y Franca debía cortar el tránsito de la avenida Rivadavia y hacer lo mismo con los automovilistas.

—¡Viva Perón carajo! —se escuchó en el cruce. Automáticamente Diana sacó los volantes de su generosa cartera y comenzó a repartirlos diciendo a cada persona: “Estamos luchando contra la política represiva del gobierno”. Sin embargo, al ver cómo su amiga se lanzaba con arrojo casi suicida al medio de la avenida entre los autos que circulaban quedó paralizada. Tuvo que contenerse para no gritar su nombre, porque ese impulso hubiera denunciado a Franca ante los posibles policías de civil o los “servicios” que tal vez estuvieran infiltrados.

La temeraria actitud de su amiga posibilitó que el resto de los activistas cortaran el tránsito en unos segundos y, mientras un militante arengaba al público con un altavoz en el cruce de las dos avenidas, en las cuatro esquinas y en la vereda los demás repartían panfletos a los automovilistas y peatones.

Todo iba bien para Diana hasta que vio venir a un hombre corpulento, con bigotes como cepillo, pelo corto y campera negra de cuero, que la miraba fijamente. Un escalofrío la recorrió pensando que podía ser un policía de civil o algún sindicalista de “la pesada”, lo que hubiera sido aún más grave. El personaje avanzaba recto en su dirección, mientras ella continuaba con su tarea intentando adivinar la presencia oculta de un arma a la altura de la axila. Empezó a transpirar, y cuando le ofreció el volante intentó recomponerse redoblando su sonrisa para disimular su miedo, aunque no consiguió articular palabra. El hombre tomó el papel y continuó su camino sin decir nada. Diana respiró aliviada.

—¡Patria SÍ, colonia NO! —se escuchó por el altoparlante. Ésta fue la señal para que todos los jóvenes arrojaran al aire los panfletos que les quedaban y comenzaran a dispersarse. Algunos al hacerlo gritaron “Viva Perón”. En total la acción no había durado más de cinco minutos.

Diana buscó a Franca con la mirada y la vio aproximarse. Salieron caminando rápido pero sin correr, porque las directivas lo prohibían a menos que fueran perseguidas. Ambas iban repasando mentalmente a toda la velocidad y en silencio lo que debían hacer si las paraba la policía.

A lo lejos se escucharon las primeras sirenas que se acercaban. “¿Te acordás

bien de tu minuto?”, preguntó Diana en voz baja, utilizando el léxico militante para referirse a las coartadas. “¡Claro que sí! ¿O acaso te pensás que porque hace poco que estoy en la UES me voy a olvidar las cosas?”, susurró Franca ofendida. Pero no fue necesario apelar a ninguna estrategia ya que nadie las detuvo. Una vez que se alejaron un par de cuadras de la zona del operativo, las dos adolescentes tomaron un colectivo. A los diez minutos descendieron y tomaron otro. Cuando se cumplió una hora exacta del fin del acto, pasaron por el control, que era el procedimiento que las organizaciones políticas utilizaban para verificar que todos los participantes hubieran salido de las acciones sanos y salvos.

Los controles eran mecanismos de seguridad que en general estaban a cargo de los militantes de mayor experiencia. En cada caso, el encargado de llevarlo a cabo se ubicaba en un bar no demasiado cercano al lugar donde se había desarrollado la acción y, sentado a una mesa pegada a la ventana, esperaba que pasaran los miembros del grupo que tenía asignado. El “control” tenía un papelito por cada uno de los participantes del operativo, que por fuera tenía escrito su apodo y en el interior su verdadero nombre y apellido, número de teléfono, nombre y parentesco del familiar al que había que avisar en caso de que hubiera habido problemas.

Cada uno de los activistas pasaba frente a la ventana del café o entraba al baño y le hacía una seña al encargado del control, quien hacía un gesto disimulado de reconocimiento. Luego rompía el papel donde estaba el apodo y los datos de esa persona, con lo que no se enteraba de su verdadera filiación. Si el militante no llegaba a pasar por el lugar establecido antes de la hora límite fijada, la esquila se abría y se comunicaba a los familiares y al abogado de la agrupación, que en general estaba preparado para comenzar a buscarlo y tramitar la liberación.

Hasta mediados de 1975 no solía haber demasiados problemas. Se producían asesinatos y atentados, pero si alguien caía preso casi siempre se lo podía sacar sin mayores demoras.

Sin embargo, este estado de cosas estaba cambiando mucho más rápido de lo que los propios activistas podían percibir.



XII

—Y, Franquita, ¿se muere o no se muere Franco? —le preguntó su padre mientras miraban en la televisión un noticiero que hablaba de la interminable agonía del caudillo español.

—¡Y qué se yo papá cuándo se va a morir ese hijo de puta! —contestó Franca irritada.

A Giorgio le molestó el tono de la respuesta; no porque sintiera simpatía alguna por Franco, a quien consideraba de la misma calaña que Mussolini, sino por la actitud de su hija que, de la noche a la mañana, parecía estar siempre enojada con él.

—¿Qué te pasa Franca?, ¿por qué estás tan alterada?, ¿te molesta que te pregunte tu opinión? —inquirió Giorgio, buscando aproximarse.

—¡No me pasa nada, viejo! No sé por qué decís que estoy alterada. Estoy igual que siempre, simplemente que a veces tus preguntas me hinchan —respondió Franca mientras se levantaba para ir hasta su cuarto y dar un portazo.

Giorgio y Vera se miraron en silencio durante un momento.

—Vera, esta chica me tiene un poco preocupado.

—No te aflijas, querido, ya sabés como son los adolescentes. Dejá que apruebe los exámenes y que se vaya de vacaciones. El año que viene va a empezar a estudiar en la Facultad, va a estar más ocupada y va a andar más tranquila —razonó Vera.

—Creo que tenés razón, pero a mí igual me preocupa —insistió Giorgio.



Una tarde de primavera de 1975, Diana y Franca se encontraron en un café en los alrededores de Plaza Francia para conversar acerca de la próxima acción que iban a llevar a cabo con la UES y la Juventud Peronista. El objetivo principal era, nuevamente, cortar el tránsito durante algunos minutos en una intersección de avenidas conocida como “las diez esquinas”, tirar unos panfletos y salir corriendo. Era la segunda vez que lo hacían y ya se sentían seguras, hasta que en un momento Diana le contó a Franca que se había enterado de que Beto, uno de los compañeros de la dirección de la agrupación, iba a llevar un arma.

—¿Para qué? —se asustó Franca atragantándose con el humo de su cigarrillo.

—Mirá, yo no te lo dije ni vos escuchaste nada; dicen que es por las dudas

–aclaró Diana, que sabía que su indiscreción podía causarle problemas.

–Si piensan así deben tener sus razones –afirmó Franca.

Diana volvió a asombrarse al ver a su amiga con una actitud tan sumisa, reaccionando de un modo tan distinto del que era característico en ella.

Mientras repasaban los detalles del operativo conversaron de mil temas, y luego fueron en el colectivo 92 hasta el lugar para planificar la ruta de escape.

Ninguna de las dos chicas conocía bien la zona, ya que normalmente sus actividades las llevaban por Barrio Norte, Belgrano y por los alrededores de Plaza de Mayo, donde estaba el Colegio. Esta vez tuvieron que hacer con mucha atención todo el recorrido desde la parada del colectivo hasta el lugar del operativo.

En el momento de despedirse, Franca le contó a Diana que no iba a militar más en la UES.

–¿Te borras justo ahora? –preguntó Diana espantada.

–No, no me borro. Lo que pasa es que como no soy más alumna secundaria me dieron el pase a la JTP.

Para ambas adolescentes pasar a la Juventud Trabajadora Peronista era un cambio muy importante; allí había “gente grande”, obreros... significaba estar más cerca del corazón del movimiento. Además, en la JTP no conocían a nadie, y era la primera vez que iban a hacer algo en política sin estar juntas. Se despidieron con una sensación de opresión en la garganta. Algo terminaba.

Cuando llegó el día de la acción, ambas estaban nerviosas y se repetían para sí que nada malo podía pasar por producir un embotellamiento y tirar unos cuantos volantes.

La movilización comenzó normalmente, pero apenas el tránsito estuvo cortado vieron estupefactas cómo Beto se acercaba a un auto y amenazaba al conductor con un arma. El hombre, con cara de terror, abandonó su vehículo a toda velocidad. En una operación que evidentemente estaba coordinada, se acercó corriendo otro militante y arrojó algo dentro del coche, que a los pocos segundos estaba envuelto en llamas. En instantes llegó la policía, y varios compañeros que no tuvieron tiempo de escapar fueron detenidos. Por pura casualidad los primeros patrulleros llegaron por una calle opuesta al lugar en donde estaban Franca y Diana, que se lanzaron a correr hasta que recordaron que era más seguro caminar.

Estaban tan sobresaltadas que dieron vueltas sin rumbo durante más de media

hora, hasta que de pronto se encontraron otra vez en el lugar de la acción, donde los coches ya circulaban normalmente.

Apenas vieron que no había policías ni militares se relajaron, y Diana estalló en una carcajada: “¡Esto nos pasa por ser tan paquetas!, seguro que si había que volantear en la Recoleta no nos perdíamos”.

Franca se rió sin ganas: no le gustaba sentirse una burguesa que desconocía la ciudad fuera de los barrios elegantes por los que solía moverse; quería ser parte del pueblo trabajador; creía que era necesario para legitimar su militancia, pero debía admitir que por esas calles no había pasado nunca.

Esta vez Franca fue fiel a su personalidad y en la siguiente reunión de la UES encaró al responsable por el incendio del auto durante el operativo. Indignada, le planteó que no veía la ventaja política de destruir el vehículo de un desconocido, de alguien que incluso podía ser un compañero del movimiento.

En su enojo no pudo evitar decir: “Yo sabía que Beto iba a ir armado, pero pensé que era para autodefensa”. Ante el comentario, su jefe político replicó de inmediato: “¿Y vos cómo sabías que iba a llevar un fierro?”.

La infidencia le costó a Diana una sanción. No solamente perdió la responsabilidad que tenía sobre un grupo de militantes, sino que le tocó leer una buena pila de libros y documentos del movimiento, como un chico que tiene que quedarse después de hora para escribir cien veces en el pizarrón que no volverá a tirar tizas.

Esto era usual entre los militantes: el castigo era decidido por el superior, sin lugar a réplica, descargo o apelación. La estructura militante era completamente vertical, y el sancionado no tenía derecho siquiera a preguntar cómo o quiénes habían decidido su pena.

Así como los que no militaban se convertían en “los de afuera” o “los boludos” y los activistas eran “los de adentro”, en cada organización estaban los “perejiles”, que eran los militantes de base que obedecían directivas, y los “capos”, que ya habían ascendido en la estructura. En la práctica capos y perejiles compartían la mayoría de las actividades, y muchas veces estos apelativos eran usados con algo de sorna.

Más adelante, cuando se desató la represión más feroz, las fuerzas de seguridad y sus aliados se apropiaron de esta terminología. Palabras inocentes dichas al descuido terminaron por costarle la vida a más de uno.

Lo cierto es que por aquellos años, en la gran mayoría de los jóvenes había

una fuerte necesidad de cambiar la injusta sociedad en la que vivían y en la cual se había generado una verdadera cultura de la militancia, lo que hacía que muchas veces fuera para ellos más fácil integrar una agrupación política que quedarse fuera. Eran adolescentes llenos de romanticismo, en plena rebeldía; chicos que querían ayudar a construir un mundo mejor para sí mismos y para sus semejantes, y que en algunos casos encontraban en la militancia una manera de desafiar las estructuras familiares y rebelarse contra la autoridad paterna.

La violencia que parecía brotar de palabras y consignas como “la puta oligarquía” o “burgueses de mierda”, era casi siempre fruto de la efervescencia y muy pocas veces manifestaba una intención de hacer daño. Por otro lado, la represión ilegal y despiadada que llevaban a cabo el gobierno y las Fuerzas Armadas iba confiriendo a los militantes, aún a los más extremistas, un manto de legitimidad cada vez mayor.

Como en toda actividad humana, muchos encontraban en el activismo un terreno fértil para resolver sus conflictos personales o satisfacer sus necesidades: el que no tenía muchos amigos podía hacerlos entre sus compañeros; la que era tímida podía conocer chicos y encontrar un novio; siempre se podían juntar suficientes interesados para armar un buen partido de fútbol y el que poseía tendencias agresivas hallaba un ámbito ideal para descargar su neurosis, su violencia.

El verticalismo de las organizaciones ayudaba a que se generaran pujas internas por el poder. En ocasiones entre “capos” y “perejiles” podía abrirse un abismo de similares proporciones al que existía entre los de “adentro” y los “boludos”. Más de una chica con ambiciones de poder se esmeró para seducir al jefe de su grupo, lo que le permitió ascender muy rápidamente. Más de un dirigente supo aprovechar su prestigio para acostarse con cuanta militante podía.

Los dirigentes justificaban ese autoritarismo por el gran incremento de la represión y la impunidad de los grupos de ultraderecha. Los contactos dentro de las organizaciones de izquierda se fueron volviendo cada día más difíciles, las reuniones eran cada vez menos frecuentes y conseguir un lugar seguro era casi imposible; ya nadie sabía el nombre verdadero de sus compañeros, dónde vivían ni dónde trabajaban, lo que acentuaba la sensación de aislamiento. Muchos de los controles comenzaron a hacerse por teléfono y con alguien desconocido.

La cantidad de militantes presos era cada vez mayor, y los que estaban más comprometidos debían reportarse con sus superiores diariamente, en lugar de hacerlo como antes, cuando bastaba entrar en contacto luego de cada acción.

Para conseguir aplicar estas directivas draconianas, la conducción de Montoneiros decidió militarizar la organización, convirtiendo en soldados a todos aquellos que lo aceptaran y reagrupándolos con otros militantes que no se conocían entre sí.

Con los nuevos activistas que se incorporaban se mantenía una primera reunión introductoria en la que se hablaba de política, y en la segunda se pasaba directamente a la instrucción militar. Fueron muchos los adolescentes que se encontraron de repente en un cuarto repleto de armas que debían aprender a usar sin pérdida de tiempo.

Uno de los síntomas más claros de las patologías existentes en la agrupación era el “apriete”: Cuando alguien con algún grado de compromiso quería dejar la militancia, se lo presionaba psicológicamente para que no lo hiciera. Si ofrecía resistencia, comenzaban los insultos y, a veces, las amenazas.

Así le sucedió a uno de los responsables de la UES de Capital, quien a los pocos días de ingresar al ejército montonero se dio cuenta del disparate que había cometido cuando le ordenaron, a manera de rito introductorio, ir a robar un auto en una de las avenidas más transitadas de Lomas de Zamora, un suburbio al sur de Buenos Aires. El pobre muchacho sufrió toda la noche anterior tratando de entender cómo iban a conseguir pasar inadvertidos cuatro tipos caminando en la madrugada con un bolso lleno de armas.

Convencido de que iba a ser imposible salir con vida de semejante misión, llamó a su hermana menor y se despidió para siempre, pero cuando estaba listo para partir sonó el teléfono anunciando que el operativo se había cancelado por falta de “sanidad”, o sea que no había sido posible tener preparado un consultorio médico en las cercanías por si alguien resultaba herido.

Al día siguiente le anunció a su superior que había decidido abandonar la militancia. Como toda respuesta recibió la orden de estar en Plaza Italia a una hora determinada. Cuando llegó a la cita, le hicieron señas desde un auto (que a imagen y semejanza de los que utilizaban los asesinos estatales era un Falcon) con cuatro pasajeros a bordo. Subió y se ubicó en el asiento trasero junto al Lobo, uno de los capos.

Le pidieron que reconsiderara su postura, discutieron, y cuando fue obvio que no iba a modificar su actitud llovió sobre él todo tipo de insultos y amenazas. Aun así él siguió sin cambiar de opinión. Entonces su superior, mientras lo insultaba por ser burgués, cobarde y traidor, le quitó el reloj y le ordenó bajarse del coche.

A los pocos días, al enterarse del asesinato de un amigo decidió irse del país. Algunas semanas más tarde, a salvo en Israel, el joven arrepentido se llevó la sorpresa más grande de su vida: caminando sonriente por Tel Aviv vio al Lobo, su ex-superior, el mismo que lo había acusado de ser un traidor. En la muñeca llevaba el reloj que le había quitado en la Argentina.

La misma denominación –apriete– era usada cuando era necesario hacer algo en la calle para cumplir un objetivo; por ejemplo, para conseguir un auto para un operativo, un activista encañonaba a un sujeto desprevenido y lo “invitaba” a donar su vehículo para la causa. Éste era uno de los momentos más temidos por muchos militantes, ya que casi nunca estaban preparados para la dureza de espíritu que esas acciones exigían. Varios confesaron haber tenido pesadillas luego de haberse visto obligados a encañonar con un arma a un desconocido que los había mirado con cara de pánico.

El “pase” era otra de las ceremonias más absurdas de la militancia, que además tenía un carácter tenebroso y autoritario. Cuando Franca le planteó al responsable de zona que no iba a volver más al Colegio y que había empezado a trabajar, su superior le dijo que iba a pedir su pase.

–¿En qué trabajás? –le preguntó.

–En una fábrica que imprime cajas para remedios –respondió la muchacha.

–Una imprenta, entonces te voy a buscar un contacto en gráficos, con la JTP.

A los pocos días Franca recibió los detalles de su cita con el contacto, al que sólo conocería por el apodo.

–Lo vas a ver en la parada del colectivo 102 de Canning y Las Heras, a las tres en punto de la tarde, con el diario *Clarín* doblado debajo del brazo izquierdo. Te acercás y le preguntás: “¿Tendría hora, señor?”. Escuchame bien, no “tiene hora”, sino “¿tendría hora?”, a lo que él te tiene que contestar: “Tres y tres”. Si no está, lo esperarás cinco minutos, y si no llega te vas y volvés a hablar conmigo para hacer una nueva cita –le indicó su responsable.

El contacto estaba en el lugar y a la hora indicados, y todo funcionó bien. Laura, “nombre de guerra” de Franca ahora que era una militante de la JTP, recibió la orden de continuar por un tiempo también vinculada a la UES, aunque en su nuevo rol ninguno de sus compañeros podía saber su verdadero nombre.



Si bien la Argentina estaba gobernada por autoridades que habían sido elegidas democráticamente, su poder frente a la corporación militar que avanzaba sin pausa sobre las instituciones era cada vez menor. Gran parte de la responsabilidad la tenía el propio gobierno peronista, que seguía impidiendo que se trataran en el Congreso iniciativas para declarar la incapacidad de la presidente. También la oposición padecía una suerte de abulia y se mostraba mansamente dispuesta a aceptar el creciente número de asesinatos perpetrados por las Fuerzas Armadas y de seguridad, porque en verdad muchos de sus integrantes no veían con malos ojos el retorno de los militares a la Casa Rosada.

Cuando en 1973 había terminado la dictadura militar comandada por Alejandro A. Lanusse, la Plaza de Mayo en pleno había gritado como despedida al dictador: "Se van, se van, y nunca volverán". Sin embargo, menos de treinta meses después ya estaban volviendo.

El viernes 18 de diciembre de 1975 el brigadier Orlando J. Capellini, en protesta por la renuncia forzada de su jefe, se acuarteló en la base aérea de Morón, la misma en la que Perón había aterrizado cuando la masacre de Ezeiza. El jefe del Ejército, Jorge Rafael Videla, se alarmó ante la acción ya que estropeaba su propia estrategia para el asalto al poder planeado para el fin del verano. Volvió apresuradamente de Caracas donde estaba de visita, y ordenó el acuartelamiento del Ejército para "defender la democracia". Una vez más, los diez millones de habitantes de Buenos Aires se transformaron en espectadores de la intrincada coreografía de los enfrentamientos entre militares locales. En su lugar de resistencia Capellini recibía ilustres visitantes que le acercaban su solidaridad, como el ex-dictador Onganía, y en las afueras de la base grupúsculos de civiles alentaban al líder de la rebelión. Mientras tanto, el gobierno era un espectador más de la crisis: al mismo tiempo que amenazaba a los militares con bombardear la guarnición en la que estaban atrincherados, accedía a su principal demanda despidiendo al recién nombrado comandante en jefe de la Fuerza Aérea y designando en su lugar a un reemplazante que era del agrado de los sublevados.

El sábado 19, día en que Franca cumplía dieciocho años, en Buenos Aires se vivía un clima de tensión. Por la tarde, el termómetro trepó hasta los treinta y ocho grados, acentuando la sensación de infierno. Los aviadores rebeldes afirmaban que era imprescindible una "refundación de la República", y hacían vuelos rasantes sobre la Capital. Jamás explicaron qué significaba esta expresión, y

nunca podrían hacerlo ya que los militares argentinos se caracterizaron siempre por no comprender cabalmente el significado de esa extraña palabra de raíz grecolatina. El domingo aviones “leales” –no se sabía muy bien a quién o a qué, pero así se los llamaba–, tiraron algunas bombas en las pistas de la base aérea de Morón lo suficientemente lejos de los edificios como para no lastimar a ninguno de los amotinados, que correspondieron la deferencia rindiéndose al día siguiente. Al terminar el alzamiento, Isabelita declaró: “No voy a permitir que nadie usurpe el poder que pertenece al pueblo”, lo que en más de una tertulia militar debe haber sido celebrado como el chiste del año.



XIII

Además de las habituales reuniones de la UES donde veía a algunos de sus compañeros y amigos por lo menos una vez a la semana, Franca iba a la puerta del Colegio, a la salida de clases, donde armaban un grupo para ir a almorzar a algún bar de la zona y conversar acerca de política y la situación del estudiantado.

Cuando una de las ya constantes crisis de gabinete provocó otra ola de relevos en el área de educación, fue nombrado como rector del Buenos Aires un tal Eduardo Maniglia. La mayoría de los alumnos estaba en una frontal oposición al gobierno y aún sin conocerlo no confiaba en el recién llegado, pues por las experiencias anteriores sólo esperaban menos participación y más represión. Sin embargo, sorpresivamente, lo primero que hizo Maniglia al asumir fue convocar a una asamblea en el Salón de Actos. Los estudiantes concurren con gran expectativa a escuchar a este sujeto del que nada se sabía y que nunca antes había estado vinculado al Colegio.

Bajito, con los cabellos pegoteados al cráneo y una boca que parecía estar constantemente tironeada en una mueca, Maniglia comenzó su discurso de presentación con tono dubitativo. A poco de iniciada su alocución, los alumnos no podían creer lo que escuchaban: el rector del Colegio Nacional de Buenos Aires apenas conseguía leer correctamente, se comía las eses y balbuceaba ante cada palabra un poco complicada. Para colmo, el eje de su lamentable exposición era una cursi evocación de la idílica relación que había tenido con su madre. Esto era lo último que unos adolescentes en plena rebeldía podían tomarse en serio, sobre todo viniendo de un desconocido que apenas sabía hablar. Lo cierto es que en cuestión de minutos empezaron a escucharse algunos silbidos, que pronto se convirtieron en gritos y burlas al orador. Incluso comenzó a sonar un silbato, como si se invitase al baile en una comparsa de carnaval. Pese a ello, tal vez acostumbrado a semejante tipo de recepción, el sudoroso rector terminó sus palabras sin dar ninguna muestra de contrariedad.

Más tarde, en el bar, reunidos alrededor de una gran mesa, los estudiantes hacían comentarios que hubieran hecho sonrojar a un veterano marino:

— ¡Quién nos mandó a este animal! —exclamaba un chico de segundo año que había comenzado el secundario bajo la estricta batuta de Sanz.

–Lo deben haber sacado de una cueva –agregó otro, y recordó, como quien piensa en el paraíso perdido, las épocas de Aragón, cuando habían ido al Colegio los sábados para participar en mesas de trabajo mediante las cuales profesores y alumnos intentaban encontrar soluciones a los problemas comunes.

–Chicos –los interrumpió Franca–, este tipo nos va a recagar a todos. Acuérdense de lo que les digo: ahora se hace el inocente, pero ya van a ver cuando entre en confianza.

Los alumnos menos experimentados la miraron sorprendidos, mientras que algunos veteranos cabeceaban afirmativamente.

–¿Este pelotudo que habla de la mamita? ¡Vos estás loca! –le espetó uno, con la misma sorna con la que antes se había burlado del rector–. Un infeliz que se come las eses nunca va a poder manejar el Colegio.

–Miren –insistió Franca con una sonrisa que intentaba apaciguar los ánimos–, no les voy a negar que este tipo es un imbécil, un arribista que en cualquier país normal ni siquiera podría aspirar a ser ordenanza, pero –continuó con tono de estar hablándoles a sus hermanos menores– es bueno que sepan que viene de una escuela donde se ganó una fama terrible y, además, aunque quizás no tenga nada que ver, hace muy poco se le suicidó un hijo.

La sorpresa se reflejó en los rostros de los chicos, mucho más impresionados por esta noticia que por la reputación represora del rector. Asustados, no podían dejar de pensar en lo terrible que resultaba haber escuchado al padre de un suicida hablando incansablemente de la maravillosa relación que había tenido con su madre.

Con los días, todos los pronósticos de Franca se cumplieron: Maniglia fue tomando el control del Colegio, que quedó sumergido bajo un manto de terror. Al finalizar el ciclo lectivo de 1975 la atmósfera en el Buenos Aires ya era tan irrespirable que fueron muchos los alumnos de quinto año –Diana entre ellos– que siguieron el camino de Franca y prefirieron dar materias libres en otros colegios aunque eso implicara tener que dar luego examen de ingreso a la universidad.

Como Adanes y Evas expulsados del paraíso, los ex-alumnos del Buenos Aires se presentaban en grupo ante las mesas examinadoras de los colegios de barrio, sorprendiendo a los docentes que estaban acostumbrados a encontrarse con los discípulos del propio establecimiento que iban a examen para compensar su bajo rendimiento durante el año escolar.

Para muchos de estos chicos, acostumbrados al ámbito aristocráticamente intelectual del Colegio, tener que demostrar sus conocimientos con esta modalidad y en lugares que les resultaban extraños era, por lo menos, una instancia difícil. Después de dar cada materia solían hablar entre ellos para comparar resultados y, como el nivel de exigencia del Buenos Aires había sido siempre mucho mayor que el de otras escuelas, la mayoría aprobaba sin dificultad aunque con la nota mínima. Sin embargo, éste no era el caso de Franca, que no sólo rindió con éxito diez materias en diciembre dejando para marzo únicamente Lógica, sino que además había sacado notas altas en casi todos los exámenes. De todos modos, ella no se conformaba: “Parece mentira”, se decía a sí misma, “siete, nueve cincuenta, seis, ocho, nueve, seis, ocho, siete... así nunca hubiera sido abanderada en ningún lado”, se lamentaba.



El país entero esperaba la Navidad de 1975 como un beduino sediento espera encontrar un oasis. El año había sido un desastre y la inflación golpeaba a todos. A medida que se acercaban las fiestas, los medios producían una andanada de notas sobre lo difícil de la situación económica y la falta de dinero para la compra de alimentos y regalos. La población en general estaba harta de la violencia cotidiana, de la burocracia y de los tremendos aumentos diarios que obligaban a perder jornadas enteras corriendo de un lugar a otro para comparar precios y comprar antes de que se produjera una nueva suba. Cargar un poco de nafta en el auto requería también de cierta astucia y paciencia, ya que el combustible era uno de los primeros insumos que desaparecía ante el primer signo de inestabilidad. Había que tener dotes casi adivinatorias para anticiparse a los aumentos imprevistos de los precios o para saber dónde podía haber suficientes productos en venta, ya que el agio era una práctica normal. Los teléfonos —para quien tenía el privilegio de poseer uno— funcionaban cada vez peor, las huelgas se sucedían unas a otras todos los días, los diarios publicaban únicamente malas noticias y, para colmo, hacía un calor insoportable.

Pero más allá de la histeria colectiva, la mayoría de los castigados argentinos aún pensaba en reunirse con la familia y, los que podían, en escapar a alguna playa por unos días para olvidarse de la economía, de los milicos y del ardoroso clima.

Después del intento golpista de Capellini, el país no había vuelto a ser el mismo. A pesar de la proximidad de las fiestas, en el ambiente se respiraba una tensión inocultable. El gobierno actuaba como aquellos boxeadores que luego de sufrir un duro castigo siguen de pie en el centro del ring, desafiando a su rival.

Los militares estaban listos para su asalto al poder, y el trío conformado por Videla, Massera y Agosti ya integraba la plana mayor de las tres Fuerzas Armadas. La represión sesgaba vidas a destajo, secuestrando, torturando y matando ante cualquier denuncia o la más ligera sospecha. Los que habían elegido la vía de las armas para luchar contra la injusticia comenzaban a mostrar signos de desesperación, frustrados ante la evidente falta de apoyo popular y su inferioridad en el terreno militar.

Las crisis se sucedían con tal frecuencia que producían un efecto anestésico, y ya pocas cosas sorprendían a la atribulada sociedad. Franca y Enrique aprovecharon alguna noche fresca para ir caminando hasta el cine Mignon a ver *Permiso de amor hasta medianoche*, cuyo título original era *Cenicienta Libertad*. La traducción tan libre se debió tal vez al temor de que la segunda palabra pudiera ser mal interpretada por las autoridades o los grupos fascistas, lo que podía llegar a costar la destrucción de una sala.

En el Teatro Odeón bailaban coreografías de Oscar Araiz y el gordo Tincho Zabala provocaba carcajadas con un viejo esperpento español: *La venganza de Don Mendo*. La rima perfecta parecía llamar la atención sobre lo duradero del buen gusto y la posibilidad de disfrutar de las noches porteñas.

Sin embargo, el 23 de diciembre de 1975 la realidad superó cualquier intento de negarla, y la población fue forzada a darse cuenta de que algo muy grave y peligroso estaba sucediendo.

Los primeros en notarlo fueron quienes vivían en los suburbios, al sur de la Capital, ya que por las avenidas comenzaron a circular a toda velocidad gran cantidad de vehículos militares cargando tropas armadas hasta los dientes. Si bien por entonces los procedimientos antiterroristas se habían transformado en algo cotidiano y cualquier persona podía encontrarse de pronto rodeada de uniformes verde oliva y siendo apuntada por armas de grueso calibre, ese martes el movimiento era mucho mayor que el habitual. A las pocas horas comenzaron a correr rumores de un gigantesco ataque terrorista contra una base del ejército.

Desesperado porque la lucha en Tucumán estaba perdida y las acciones

urbanas que podía realizar eran cada vez menos, el ERP se había jugado el todo por el todo lanzando un demencial ataque contra una guarnición del ejército en Monte Chingolo, a pocos kilómetros de la Capital.

Para el operativo, los trotskistas habían superado el profundo desprecio que les tenían a los Montoneros y les habían pedido apoyo logístico. Luego de arduas tratativas entre los máximos dirigentes, se estableció que durante el ataque los militantes peronistas realizarían acciones de distracción para demorar la reacción militar.

De todos modos, la embestida estuvo plagada de problemas aún antes de comenzar, cuando en plena etapa de planificación hubo que cambiar la fecha de ejecución varias veces ante la sospecha de que el Ejército estaba al tanto del plan, cosa que resultó dolorosamente cierta.

Finalmente, a pesar de lo negativo de los pronósticos, cientos de jóvenes fueron enviados por sus alucinados dirigentes a cumplir una misión suicida contra un enemigo infinitamente más poderoso en número, armamento y logística, y sin contar siquiera con vías de escape seguras. Cuando luego de largas horas el violentísimo combate se fue diluyendo en tiroteos esporádicos, se pudo apreciar la magnitud del dislate: ochenta y cinco chicas y muchachos del ERP habían librado su última batalla; ochenta y cinco jóvenes argentinos pagaron con la vida el precio de haber creído en la lucha armada y con ese sacrificio colectivo demostraron cuán cerca estaban muchos de sus dirigentes de los fanáticos militares que tanto decían aborrecer.

El Ejército, por su parte, que tuvo seis bajas y más de treinta heridos, demostró que tomar prisioneros no era la metodología elegida para este combate, aniquilando a su enemigo con saña y ferocidad, hasta diezmarlo.



XIV

Diana se internaba por los pasillos de la villa miseria cargando los volantes que iban a repartir con el Ruso, un compañero de Bellas Artes. Cada tanto se escuchaba el estallido de un petardo, lanzado para crear un clima de agitación pero que también aumentaba el temor de los jóvenes militantes que no sabían distinguir entre un cohete de salva y los tiros de verdad.

De pronto, cuatro o cinco chicos de no más de 10 años rodearon a Diana y comenzaron a gritar con alegría:

—¡Ahí viene el mono, ahí viene el mono!

A medida que se iban internando por los estrechos corredores que separaban las hileras de miserables casillas, más chicos desarrapados se iban sumando a los gritos y los saludos.

—¡Hola, mono! ¿No vas a ponerte el disfraz?

Ella no sabía si hacerse la desentendida o contestar. Finalmente su buen humor pudo más que el miedo y las reglas de la militancia, y poniendo una voz graciosa y haciendo una pirueta, dijo:

—¡Hola chicos! ¿Cómo están? ¿Por qué mejor no se van a casa con papá y mamá?

Su compañero no podía creer lo que estaba ocurriendo.

—¡Dale mono, ponete el disfraz! —insistían los mocosos.

—No, chicos, hoy no —afirmó Diana poniéndose seria.

—Monito, ¿hoy te van a matar como el otro día? —inquirió con inocencia una morochita de largas trenzas.

La pregunta paralizó a Diana junto a una casilla de madera y chapas.

—¡Chicos, rajen de acá! —dijo con un tono que provocó la estampida de la banda.

—Ruso, yo me las pico —le dijo a su compañero.

—¿Qué pasa? ¿Qué es toda esta historia del mono?, ¿de dónde te conocen? —pedía explicaciones el Ruso.

—Después te cuento —replicó Diana que temblaba de miedo—. ¡Ahora rajemos!

—Pero... —dudó el muchacho—, tenemos que volantar este pasillo, si no nos van a castigar. ¡Además no me voy a ir hasta que me digas qué carajo está pasando!

—¡Me cago en las sanciones, yo me voy de acá ya mismo! —respondió Diana.

Y con la resolución que da el pánico tiró todos los panfletos y se alejó caminando lo más rápido que le daban las piernas.

El Ruso vaciló un instante y apuró el paso hasta alcanzarla.

—¡Vos no te vas hasta explicarme! —dijo tomándola del brazo.

—¡Ruso! Me conocen, saben quién soy, pueden botonearme, ¡y a vos también! ¡Te juro que mientras nos vamos te cuento todo!

Él tampoco estaba libre de temor y dudas, y no necesitó más para justificar sus propias ganas de escapar: arrojó sus papeles y comenzó a caminar buscando la salida del laberinto de casillas.

En un pasillo cercano, Franca y Corina, en cambio, seguían al pie de la letra las órdenes que habían recibido de sus superiores e iban puerta por puerta entregando volantes de la Juventud Peronista.

Era la primera vez que participaban de una acción tan grande, pero por la decisión con que Franca avanzaba parecía una militante veterana. En el largo tramo que les habían asignado no dejó una puerta sin golpear, aunque cuando terminó ya se escuchaba el aullido de las sirenas policiales.

Había sido un operativo importante y bien organizado, pese a que la represión era cada vez más intensa. Todos los militantes que tuvieran un arma tenían orden de llevarla y, como medida de precaución por si alguien llegaba a resultar herido, habían tenido que ir el día anterior al hospital Rivadavia a hacerse un análisis para determinar qué grupo sanguíneo tenían.

Diana y Franca fueron juntas y espantaron su temor cantando las viejas canciones españolas que habían entonado a dúo por primera vez en las sierras de Córdoba, más de cuatro años atrás.

Pero ya en la acción, mientras Franca cumplía estrictamente las directivas que había recibido, Diana se alejaba con el Ruso caminando a toda velocidad.

—¡Pará, no hace falta que corras! —le suplicaba éste con la respiración agitada—. ¿Me podés aclarar lo que pasó?

—Hace unos días estuve en esta misma villa con un grupo de teatro, representando una obra basada en un cuento de Horacio Quiroga; yo hacía de un monito que los cazadores mataban ¡Y ahora los pibitos me reconocieron pese a que antes tenía vestuario y maquillaje! —aclaró Diana sin aflojar el paso—. ¡Para colmo esa nena que me pregunta si hoy también me van a liquidar! —dijo abriendo bien grandes sus ojos azules.

–La verdad es que me alegro de que nos hayamos ido –confesó el Ruso–. Yo también estaba muerto de miedo, y cargar el revólver de mi viejo no me tranquiliza nada.

–¿No te sentís más seguro?

–Andar calzado me asusta más todavía –dijo el Ruso con sinceridad–. Yo soy incapaz de tirar contra nadie, y si mi papá se entera de que me llevé el chumbo el que me mata es él; es una especie de reliquia familiar, ¡y ni siquiera sé si funciona! En cuanto vuelva a casa te juro que lo pongo de vuelta en el cajón y nunca más en mi vida lo toco.

–Hacés bien, Ruso –dijo Diana comprensiva, y comenzó a caminar más despacio–. Yo misma tengo mis grandes dudas acerca de si vale la pena seguir en esto. Los milicos nos van a reventar a todos como sapos, y me parece que la conducción no se da cuenta.

–O no quiere darse cuenta –corrigió el Ruso.

Recién al día siguiente, cuando leyeron en los diarios la noticia del ataque a la guarnición de Monte Chingolo, Franca, Diana y Corina pudieron percibir que todo el operativo en el que habían participado había sido sólo una maniobra para darle apoyo al ERP intentando confundir a la policía y el Ejército.

Peones de un juego de ajedrez, las tres chicas habían tenido la suerte de poder regresar sin inconvenientes a sus casas, pero varios compañeros habían sido detenidos y golpeados, y pasaron un largo período en la cárcel.



Pablo había comenzado a trabajar por las tardes en la misma compañía de seguros que su padre. No era el mejor empleo del mundo ni el más divertido, pero le permitía tener una modesta independencia económica. Para él, poco acostumbrado a los lujos, era suficiente.

Una tarde de verano Franca pasó a visitarlo.

–¡Qué sorpresa! –exclamó Pablo mientras la abrazaba. Desde que habían cortado su relación se habían visto cada vez menos, y el muchacho estaba feliz por la inesperada visita. Pasaron por la oficina de su padre a saludarlo y Pablo le pidió permiso para salir unos minutos antes e ir al Tortoni a tomar algo.

Caminaron hasta el viejo y hermoso café que parece arrancado de un rincón

de Madrid, y una vez sentados, Pablo la miró y volvió a sentir que la presencia de Franca le entibiaba el corazón como en aquella época en la que se veían todos los días. El pelo brillante y bien peinado seguía siendo el mismo, el gesto alegre también y la sonrisa tímida que florecía detrás de los labios pulposos le traía torrentes de buenos recuerdos. Pero cuando entraron de lleno en la conversación y surgió el inevitable tema de la militancia, él sintió que el fuego de Franca, siempre chispeante y jubiloso, parecía haber sido reemplazado por un calor diferente, unidireccional y preciso. Tenía la sensación de estar sentado frente a una fanática conversa.

—¿Quién era ese tipo que salía de la oficina de tu papá? —le preguntó Franca de repente.

—¿Cuál? —dijo Pablo totalmente sorprendido.

—Ése de traje gris, canoso, peinado a la gomina, de ojos oscuros y anillo de oro —describió Franca con precisión.

—¿El que lo saludó y se fue cuando vos llegaste? No sé, anda a veces por ahí. Debe tener algún asunto con mi viejo.

—¿Pero quién es, qué asuntos?

—¡Qué sé yo! Serán cosas de seguros. Al fin y al cabo es una compañía de seguros ¿no? Creo que es un comisario que además hace algunos negocios extra, nada más.

—¡Ya le veía cara de hijo de puta! —explotó Franca.

—Tranquila, Franquita, ¿qué te pasa? —intentó calmarla Pablo mientras le tomaba el brazo con dulzura.

—¡Cómo qué me pasa! —replicó Franca levantando la voz—. ¡El pueblo sufriendo la represión y vos, mi amigo, mi mejor amigo, culo y calzón con un comisario!

—Pero Franca, por favor, no hables así. Si no lo conocés; no todos los canas son hijos de puta, y además éste nunca cruzó ni diez palabras conmigo.

—¡Eso te crees vos! ¿Cómo se llama este tipo, dónde vive?

—Mirá Franca, ni estoy seguro de cómo se llama y no tengo ni idea dónde vive. Me parece haber escuchado que estuvo un tiempo en Tucumán.

—¡En Tucumán, nada menos! Es uno de los lugares donde más torturas y muertes hay, porque allí el pueblo apoya la lucha armada. ¡Me tenés que averiguar más datos de ese asesino!

—Franca, Franquita, por favor, tranquila. Lo de Tucumán es una locura que

no va a llevar a nada; no hay manera de que los guerrilleros ganen. La humanidad va a ir mejorando de a poco, no a los tiros. De todos modos, como vos y yo no vamos a arreglar el mundo en un café, sugiero que te tranquilices y no te preocupes por la gente que pueda estar o no estar en la oficina de mi viejo. Mejor contame de tu vida, de Enrique, de tu trabajo.

–Pablo, vos sabés muy bien cuánto te quiero, pero me parece que el problema es que perdiste tu amor por los ideales. Si yo me pongo un poco nerviosa es porque pienso que hay que defender las ideas con fuerza, porque si no la sociedad va a seguir siendo tan injusta como hasta ahora, o peor todavía. ¿O a vos te parece que este país, que este mundo, andan bien?

–Bien como el culo, Franca, en eso estamos todos de acuerdo.

–Bueno, por lo menos eso –dijo ella sonriendo, mucho más calma–. ¿Por qué no te venís ahora a casa a comer, así de paso ves a mis viejos?

–Me parece una idea buenísima –dijo él, feliz de haber conseguido cambiar de tema y de poder volver a compartir una mesa no sólo con Franca, sino también con Giorgio y Vera.

La cena fue como volver el tiempo atrás: comida sencilla preparada por Dina, conversación sumamente interesante y la calidez de los padres de Franca.

Hablaron un poco de cine y otro poco de la situación nacional, y todos coincidieron en que se avecinaba el fin del gobierno de Isabel y que el golpe de Estado era inevitable. Pablo percibió que Franca se puso tensa cuando comenzaron a discutir qué actitud tomar ante un gobierno de facto.

Para Pablo era obvio que a su ex novia le chocaba la posición de su padre, que sostenía que no se podía hacer nada, y recordó lo que le había pasado cuando era joven, aquella vez que había ido a parar a la cárcel.

–Me pasé tres días preso y no sirvió para nada –dijo Giorgio–. Creo que la actitud que corresponde tomar hoy es defender cada uno lo suyo, a través del trabajo y del estudio; cuando haya más educación no se van a cometer errores tan grandes como fue la elección de Perón como presidente, y para colmo llevando como compañera de fórmula a la *stronza* ésta.

–Claro, papá, es mejor no hacer nada, así en unos años somos directamente esclavos de los yanquis –le respondió Franca con sorna–. ¡Mirá lo bien que le está yendo a Chile con Pinochet!

Pero Giorgio no se sumó a la polémica y derivó el tema con elegancia hacia el futuro de los chicos.

Después de la cena, Pablo se retiró con una sensación ambigua: por un lado añoraba la Franca chispeante y afectuosa que había reencontrado y el clima de la casa. Por otro, había visto algo en ella que desconocía, algo duro, agresivo, algo que apenas podía describir, pero que no le gustaba nada.

Desde que habían terminado su relación él había salido con otras chicas, había tenido otras novias; con ninguna se había sentido como con Franca y muchas veces la había extrañado. Sin embargo, la velada que acababa de pasar le demostraba que ella no era para él: esta nueva Franca estaba lejos, muy lejos suyo, en un lugar al que él no podía ni quería llegar.



XV

Enrique y Franca se veían bastante poco últimamente, y la relación ya no tenía la intensidad del principio. Incluso habían dejado sus planes de convivencia para mediados del año siguiente, cuando Franca estuviera ya en la Facultad. Ella tenía muchas dudas, y un día le confesó a Corina:

–Estoy demasiado ocupada para pensar siquiera en cortar con él; todavía lo quiero, y no sé si ésta no es sólo una etapa un poco más fría, más distante. Estoy segura de que cuando la situación política se tranquilice vamos a poder recuperar la pasión. Enrique sigue siendo la persona con la que me imagino viviendo y teniendo hijos.

Una noche, poco tiempo después de la visita de Pablo, Enrique fue a verla a la casa de sus padres, donde cenaron los cuatro. Como en casi todos los hogares de la Argentina en esos días, esa noche volvió a salir el tema de los militares y sus ambiciones de poder. Giorgio planteó otra vez su opinión, pero esta vez Franca no discutió, y charlaron un rato en armonía.

Luego los jóvenes fueron al dormitorio de ella, y allí Franca se despachó con vehemencia en contra de su padre, acusándolo por su inacción de burgués, conformista y cómplice de los “fachos”. Estaban sentados en la cama frente al mural con el alfabeto y Enrique trataba de calmarla, cuando de repente ella se paró, fue hasta la biblioteca y sacó una lata que estaba guardada detrás de los libros. En ese preciso instante entró su madre al cuarto, a preguntarles si querían tomar un café.

–¿Qué es esa lata, Franquita? –preguntó Vera.

–Nada, mamá, un producto para revelar fotos –fue la respuesta.

Cuando Vera salió del cuarto, la joven cerró la puerta con llave.

–Pero Franca –dijo Enrique–, vos no estás haciendo revelado, ¿para qué tenés eso?

–No, tontito –dijo abriendo el recipiente y mostrándole un polvo blancuzco–, es clorato de potasio.

–¿Y para qué sirve? –preguntó Enrique desconcertado.

–Para hacer “molos” –contestó Franca tratando de aparentar tranquilidad.

–¿Bombas molotov? –exclamó el joven poniéndose pálido.

–Sí, mi chiquito –dijo Franca con una carcajada y dándole un beso en la mejilla–. A veces me encanta que seas tan inocente. La acción es el único camino ante un golpe militar.

–Pero Franqui, me da un miedo enorme que andes con estas cosas –replicó él muy seriamente.

–Calmate, Enrique –atajó ella–. Primero: jamás tiré una bomba ni la pienso tirar, este potasio está aquí de paso, se lo tengo que llevar a unos compañeros que van a fabricar las molos para hacer un poco de ruido en un acto la semana que viene, no van a quemar a nadie, te lo aseguro. Segundo: no tengo, tuve, ni tendré jamás un arma en la mano; conozco muy bien cuáles son mis límites, no me asustan los riesgos, pero tampoco me voy a hacer la valiente. Podré tirar volantes o, a lo sumo, clavos miguelito que le pincharán las gomas a algún auto, pero no más que eso, así que no te asustes. Estoy convencida de que en estas circunstancias la lucha armada es una opción válida, aunque no es la que yo, personalmente, quiero seguir.

Enrique se tranquilizó. “Después de todo”, pensó, “es cierto que el gobierno encubre la represión ilegal y mata a mucha más gente que el ERP y los Montos juntos, así que es lógico que haya quien reaccione violentamente”.

–Me alegra que no andes en nada pesado –le dijo después de un breve silencio–. Te juro que si te pasa algo me vuelvo loco.

–Gracias, amor –dijo ella abrazándolo–, pero no tenés por qué preocuparte, me sé cuidar muy bien y pienso vivir cien años.

–Con noventa y cinco me conformo –contestó él.

–*Will you still need me, will you still feed me, when I'm sixty-four* –cantó Franca mientras se levantaba para buscar el disco de Los Beatles.

Después de escuchar un par de canciones, elogiar unos grabados que Franca había hecho y hacerse algunos mimos, Enrique se despidió:

–Me tengo que ir, amor, mañana entro muy temprano.

Enrique salió del edificio y caminó hacia Sucre. Al llegar a la esquina dobló a la derecha, esperó que pasara un tren y cruzó las vías rumbo a la avenida; cuando ya tenía un pie en el estribo del colectivo echó una mirada melancólica hacia el edificio en donde vivía su novia. “Por favor, que no le pase nada”, pensó deteniéndose un instante, pero tuvo que agarrarse con fuerza del pasamanos porque el ómnibus arrancó bruscamente.



–Señorita, documentos por favor –pidió el policía enérgicamente.

Era una noche tibia de verano y Franca, que caminaba distraída de regreso a

su casa, no lo había visto al doblar la esquina. Se sobresaltó, se detuvo en seco y un sudor frío le corrió por la espalda.

–Sí, sí, enseguida– respondió.

Mientras buscaba su billetera dentro de la bolsa peruana de red que llevaba colgada del hombro se vio a sí misma pocos minutos antes, haciendo una pintada. Súbitamente recordó que en el fondo de la cartera había guardado el aerosol rojo, y se preguntó si no tendría los dedos manciados. Se puso nerviosa y la acción comenzó a transcurrir como en una película en cámara lenta: las manos dejaron de responderle y la billetera donde llevaba sus documentos parecía haber desaparecido.

–¿Qué pasa, no los encuentra? –le preguntó el uniformado, y encendió una linterna con la que alumbró la cartera, llena de los más diversos objetos.

–Sí, ya va, un segundito por favor –le respondió Franca, mientras revolvió libros, hebillas, un cepillo para el pelo, intentando que no se viera el tubo de pintura en el fondo. En pocos segundos que a Franca le parecieron eternos, su búsqueda tuvo éxito: sacó su cédula de identidad y se la entregó al policía.

Suspiró aliviada cuando el haz luminoso se mudó del bolso hacia el documento.

–Dígame el número –ordenó el policía.

–Seis millones trescientos doce mil cuatrocientos cuarenta y siete –recitó ella.

–¿Dónde vive? –siguió inquiriendo el de la Federal.

–Aquí a la vuelta, en Montañeses y Sucre –respondió Franca obediente, intentando controlar el temblor de su voz.

–Bueno, siga nomás– dijo el policía devolviéndole la credencial de color rosa.

–Gracias –masculló Franca, mirándolo por primera vez a la cara y viendo su rostro redondo y sudoroso, la barriga desbordando por sobre el cinturón reglamentario. Tenía los típicos rasgos de los nativos del litoral argentino, lo que explicaba también un cierto zumbido cuando pronunciaba las eses.

“Menos mal que el correntino tenía más calor que ganas de joder”, pensó Franca mientras se alejaba tratando de no apurarse y de aparentar indiferencia. Sabía de muchos casos de chicas y muchachos que habían sido detenidos en la calle sin ningún motivo, interrogados a los gritos con un arma apuntándoles a la cabeza, y que ante la menor vacilación habían terminado en la comisaría de la zona.

Además era habitual que revisaran hasta el último rincón de bolsos, carteras y bolsillos, lo que esa noche a Franca le hubiera garantizado un viaje a alguna celda.

Cuando llegó a su casa encontró sólo a Dina, pues sus padres se habían ido

al Tigre. Estaba tan nerviosa que no pudo aguantar y le contó el incidente, obviando lo de la pintada y el aerosol.

Los ojos oscuros de la empleada se achicaron, como queriendo ver qué pasaba dentro de la cabeza de la muchacha.

–Yo lo único que te pido es que te cuides, Franquita –le dijo Dina en tono suplicante–, que no te metas en cosas raras.

–¿Qué me querés decir? –preguntó Franca, subitamente irritada.

–Vos sabés muy bien lo que te quiero decir, y por eso te lo digo de nuevo: cuidate y no andés en cosas raras.

La seguridad de Dina y la sensación de sentirse descubierta aumentaron aún más su tensión.

–Dina, vos no querés darte cuenta de que yo ya soy grande y me las arreglo muy bien solita –respondió Franca–. Mejor me voy a dormir a lo de Enrique –le dijo como quien arroja un guante a la cara, y se fue ofendida.



En Buenos Aires, la actividad parece detenerse durante los meses de enero y febrero. La ciudad queda semivacía pues mucha gente busca en las aguas del Atlántico un poco de alivio frente a los rigores veraniegos; y los que se quedan parecen vivir en un estado de siesta permanente. Hasta los políticos, siempre dispuestos a aprovechar cualquier espacio vacío, optan por emitir sus opiniones desde la playa, donde nunca faltan periodistas estivales desesperados por transformar cualquier trivialidad en noticia.

Pero 1976 era un año diferente. Un sábado, a comienzos de febrero, los dirigentes radicales, el principal partido de la débil oposición, advirtieron sobre el inminente golpe militar. Tres días después, al salir de una reunión con Isabel, el gobernador de la provincia de Buenos Aires declaró: “Los militares ya gobiernan”. La presidenta, nerviosa porque el Congreso parecía dispuesto a aprobar su destitución por incapacidad, canceló las sesiones extraordinarias que ella misma había convocado. Al día siguiente, luego de una reunión con la Junta de Comandantes en jefe de las tres Fuerzas Armadas, Isabel declaró por la cadena nacional de radio y televisión que no iba a renunciar. Sin embargo, con el pretexto de analizar la marcha de la lucha contra la subversión la Junta castrense se reunía cada vez más a menudo.

A medida que transcurrían las tórridas semanas, el clima de tensión aumentaba; todos sabían lo que iba a pasar, pero nadie sabía cuándo sucedería.

Simultáneamente arreciaban las matanzas y los secuestros. Las denuncias de que estas atrocidades eran apoyadas o dirigidas desde el gobierno y las fuerzas de seguridad eran atendidas clausurando los medios que las hacían públicas, como sucedió con el diario *La Opinión* a fines de febrero.

Marzo llegó con ímpetu, fiel a su reputación de ser el mes en que la Argentina despierta del letargo estival: en los dos primeros días, más de una docena de personas fueron secuestradas en la provincia de Córdoba; en el Colegio Nacional de Buenos Aires, Maniglia anunció que volvía a ser obligatorio el uso de uniforme para todos los alumnos; y la gente se quejaba cada vez más por la escasez de nafta, remedios, azúcar, huevos.

El lunes 22 de marzo, los diputados y senadores, sabiendo que en pocas horas más se convertirían en sospechosos de crímenes indefinibles, comenzaron a vaciar sus despachos. El martes por la noche, Oscar Alende, un veterano político de la izquierda que había apoyado al peronismo, declaró en un espacio televisivo de difusión obligatoria: "Cada vez que los militares toman el poder no solucionan ningún problema y agravan los existentes, sólo el pueblo debe juzgar lo que votó".

Pero era demasiado tarde, y todos lo sabían. Incluso un canal de Bahía Blanca violó la ley y no transmitió el discurso de Alende, como una manera de demostrar su solidaridad con las botas que ya venían marchando.

El 24 de marzo de 1976, poco después de la medianoche, un helicóptero militar se posó sobre el techo de la Casa Rosada y a los pocos minutos volvió a despegar llevándose detenida a la presidenta.

Los uniformados habían conseguido lo que la mayoría de los argentinos anhelaba desde hacía tiempo: sacar del gobierno a una de las personas más incapaces que jamás se hubiera sentado en el sillón de Rivadavia. Pero sólo los más lúcidos sospecharon que el precio a pagar haría luego añorar con nostalgia aquellos días de Isabel Perón.



XVI

El miércoles 24 de marzo de 1976, como todos los días, Enrique tomó el tren para ir a su trabajo en la empresa Fuji. Se había levantado tarde, así que esa mañana no había escuchado la radio ni mirado los titulares de los diarios en el kiosko de la estación. Minutos después seguía demasiado dormido como para prestar atención a los comentarios que se sucedían a su alrededor. Se dio cuenta de que algo no era normal cuando se encontró con un retén de soldados en la entrada de la fábrica. Los jóvenes conscriptos, armados con fusiles automáticos, le exigieron identificarse, buscaron su nombre en una lista, compararon la foto del documento con su adormilado aspecto y lo dejaron pasar.

—¿Qué pasa que hay soldados?—preguntó a un compañero.

—¿Dónde vivís, Enrique, no sabés que anoche fletaron a la Chabela?—respondió su colega.

—Ah... ya fue el golpe —fue la poco sorprendida respuesta del muchacho.

Entre el 23 y el 24 de marzo de 1976 se percibieron muy pocos cambios: las primeras planas de los diarios publicaron sus titulares en letras más grandes, los bancos no abrieron, en las calles se veían más vehículos y uniformes color verde oliva, pero con excepción de los funcionarios peronistas y algunos militantes de los partidos de izquierda o quienes estaban comprometidos de alguna manera con el gobierno depuesto, los argentinos fueron a trabajar normalmente. La muerte de la democracia había sido tan anunciada que no sorprendió a nadie.

A diferencia de lo que había sucedido en septiembre de 1955, cuando Juan Perón fue derrocado, esta vez nadie fue a la Plaza de Mayo ni a festejar ni a protestar, y la sensación general fue de alivio. La pesadilla se había prolongado demasiado, y muchos argentinos pensaron que despertaban a una realidad más tranquila, sin siquiera imaginar que se puede pasar de un mal sueño a otro peor. Hasta el clima, templado y sin lluvias, parecía acompañar el abúlico humor de los porteños.

El país pareció estabilizarse de repente y hasta la inflación comenzó a bajar, en parte gracias a un préstamo que pocas horas después del derrocamiento del gobierno constitucional el Fondo Monetario Internacional le dio a la Junta Militar encabezada por Jorge Rafael Videla.

Unos días después del golpe, Giorgio y Vera emprendieron un nuevo viaje a

Europa: Francia, Italia, Checoslovaquia y Hungría. Lo tenían planeado desde hacía tiempo y no pensaron que hubiera motivos para suspenderlo. Franca acababa de dar el último examen para recibirse de bachiller, y sus padres le propusieron que los acompañara, pero ella rechazó la invitación.

—Está bien, Giorgio —dijo Vera—, ya es grande, ¿qué va a hacer todo el día con nosotros?

—Ya sé —respondió su marido—, es una adolescente que quiere tener cada día más independencia, eso lo entiendo, pero no me gusta la idea de dejarla sola. A veces pienso si no sería mejor que se fuera a estudiar a Italia para alejarse un poco de este país enloquecido. Pero, bueno, si ella resolvió no venir, sus razones tendrá, y hay que respetárselas —razonó en voz alta.

El día anterior al viaje, Franca abrazó muy fuerte a su madre y le dijo casi con solemnidad:

—Mamushka, quiero decirte que te quiero, que sos mi mejor amiga, porque siempre tratás de comprenderme.

Las dos derramaron algunas lágrimas mientras seguían abrazadas con fuerza.

Franca se sintió aliviada cuando Giorgio y Vera partieron. Nunca la habían controlado demasiado, pero para una muchacha de dieciocho años con ganas de vivir su vida hasta la más mínima interferencia puede resultar excesiva, y ahora, sin sus padres en casa, no tendría que rendirle cuentas a nadie sobre qué hacía o a qué hora llegaba. Podría, por ejemplo, dormir más noches con Enrique. El sueño profundo de Dina facilitaba el sigiloso desplazamiento del muchacho, que esperaba hasta que la empleada se durmiera para pasarse de cama y volvía a ocuparla al amanecer, luego de una noche de silencioso amor.

En abril, Franca y Enrique aprovecharon el feriado de Semana Santa para escaparse tres días al Tigre. Fue como una luna de miel, en la que disfrutaron cada minuto. Las aguas pardas del arroyo Toro bajaban mansas, trazando prolijas estelas alrededor de los pilotes de madera del muelle; los árboles, de un verde exuberante por las lluvias recientes, ya mostraban las pinceladas amarillas del otoño.

Todo era perfecto, y Franca y Enrique pasaron esos días leyendo, escribiendo y sacándose fotos, felices y relajados. Durante ese período mágico no existieron problemas ni personales ni del país. No hubo nada que les recordara los sabores de la militancia que tanto tiempo les ocupaba a los dos; ni dictaduras,

represión y bajos salarios; ni dudas con respecto al futuro. Los aromas dulzones del Tigre se mezclaban con el sol tibio y la vida era infinitamente bella.

Pero el Delta queda a unos de treinta kilómetros de Barrancas de Belgrano, y la realidad esperaba con intensidad implacable la vuelta de Enrique y su joven novia.

Aprovechando la ausencia de sus padres, Franca organizó también un par de reuniones políticas en su departamento de la calle Montañeses. La presencia de desconocidos bastante mayores que Franca asustó a Dina, que ya no pudo callarse lo que venía sintiendo desde hacía un tiempo.

–Franca –dijo con tono severo–, no pienses que soy idiota y no me doy cuenta de lo que te pasa. Veo que andás nerviosa y dormís mal, y ahora encima me traés esta gente extraña a casa.

–¡Callate, Dina! –intervino Franca abruptamente–, no me gusta que me andes controlando. No sos ni mi papá ni mi mamá, ¡y aunque lo fueras...!

–Mirá, Franquita –le espetó Dina–, no soy tu mamá pero te conozco desde antes que nacieras, así que ahora te callás y me escuchás bien –dijo dando muestras de una dureza que Franca desconocía en ella–. ¿Por qué la semana pasada me anduviste persiguiendo para afiliarme al partido peronista? Vos sabés muy pero muy bien que yo no quiero meterme en política.

–Porque no te interesa terminar con la explotación –la interrumpió Franca.

–Vos sos muy inteligente y muy leída, pero hay muchas cosas que no sabés –continuó diciendo Dina–. Cerca de mi casa, en Quilmes, hay chicos que están desapareciendo; llegan camionetas a la noche, entran a las casas a las patadas y los sacan con capuchas en la cabeza. Mientras les pegan, los muchachos gritan sus nombres para que la gente sepa quiénes son, pero nunca más se sabe de ellos. ¡Entendés lo que te estoy diciendo Franca, se los llevan y no aparecen más, en ningún lado! ¡Me entendés, chiquita, desaparecen! –dijo Dina casi gritando y con los ojos llenos de lágrimas.

Franca se puso pálida y abrazó a la empleada; ya no tenía la convicción de unos segundos antes. Pese a ello, insistió:

–Dina, yo me sé cuidar bien, no me va a pasar nada.

–¡Claro, como aquella noche que llegaste temblando porque un policía te paró para pedirte documentos! –exclamó Dina–. Franquita, yo no tengo educación, pero tengo buena vista y buena memoria, y si vos volvés a tener reuniones en casa con esta gente, voy a tener que hablar con tu papá apenas llame o en cuanto llegue –dijo en tono amenazante.

—¡Hacé lo que quieras, che, si al final yo trato de ayudarte y vos me querés botonear en mi propia casa! —estalló Franca. Y se fue a su pieza, dio un portazo y se sentó sobre la cama con la cara entre las manos. Ahora fueron sus ojos los que se humedecieron; estaba acosada por emociones diversas e incontenibles. “¡No la entiendo a Dina, yo la quiero afiliar al peronismo auténtico porque es el mejor camino para que la gente como ella pueda levantar cabeza, y resulta que me lo echa en cara!”, pensaba mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. “Lo único que quiero es que haya un poco más de justicia en este mundo podrido, en este país de mierda, pero ni Dina me comprende... ¿Es tan complicado? ¿Qué tiene de malo reunirse en casa? No somos ladrones ni criminales, somos militantes interesados únicamente en que el pueblo pueda vivir mejor. ¡Así de simple! ¡Si Dina conociera a Lali, que es separada, tiene dos hijos, labura, y encima se hace tiempo para la militancia! ¡Ella sí que es admirable!”, pensó Franca con emoción.

Pero súbitamente se sintió invadida por un temor infantil, como si hubiera sido descubierta robando caramelos: “¿Se habrá dado cuenta Dina de que estoy sacando de casa ropa que nadie usa para regalar en las villas? ¿Le contará algo a mis viejos? Ellos seguro que no me entenderían, mi viejo se muere si llega a saber que estoy en el peronismo. ¿Por qué no será más fácil mi vida, digo yo? ¿Y eso de que la gente desaparece? Si es cierto, quiere decir que la mano viene todavía más jodida de lo que yo sé. ¿Por qué en los documentos que baja la conducción nunca se habla de esas cosas? Pero bueno, no me tengo que hacer el bocho, todo va a andar bien, no hay que ponerse histérica. Si la cosa se complica demasiado, me abro. Pero todo va a andar bien. Por ahora elegí un camino, y pasa por la militancia”.

Franca se fue relajando de a poco mientras pensaba: “Dina tiene razón, últimamente no estoy durmiendo bien”. Y sin darse cuenta se fue hundiendo en el sueño.

Al día siguiente, sábado, tuvo ganas de visitar a Pablo. Fue caminando por Sucre hasta Cabildo y entró en la agencia de apuestas que había frente al cine Mignon, donde Pablo trabajaba los fines de semana por las mañanas desde que había dejado la compañía de seguros para tener más tiempo para estudiar. Cuando la vio entrar, la cara del muchacho se iluminó. Pese al desencanto de su último encuentro, en su corazón persistía la ilusión de volver a estar juntos. Se saludaron afectuosamente y, como terminaba su horario, caminaron por Cabildo hasta que encontraron un bolichito en el que se sentaron a almorzar.

Dos horas más tarde, cuando Pablo volvió a su casa reflexionó largamente sobre

lo sucedido y cómo había visto a su ex novia. Por un lado se sintió feliz y aliviado al comprobar que ya no estaba enamorado de ella; pero por el otro volvió a perturbarlo esa sensación que ya había tenido en el encuentro anterior: Franca no era la misma.

Es cierto que el tiempo había pasado, y, por ejemplo, la ropa que Franca llevaba puesta era más de mujer y menos de adolescente, pero ese vestido verde le daba un aire mustio y serio. También en sus actitudes aparentaba cierto cansancio, como si la vida la hubiera desgastado llevándose la frescura que siempre la había hecho destacarse del resto de las personas. Pablo recordaba a la Franca de un par de años atrás, bajando rauda por las pistas de esquí del cerro Catedral, y al superponer esa imagen con la que acababa de ver se le oprimía el corazón.

Otra cosa que le había llamado mucho la atención fueron los destellos de rencor contra su padre. Muchos de sus amigos, y él mismo tantas veces, tenían sentimientos de ese tipo, pero Franca no. Ella era tan diferente, sus padres eran tan especiales; a él le costaba ver facetas negativas en la personalidad de Giorgio con quien había compartido muchas horas felices, e interpretó la bronca de Franca como una competencia entre dos personas muy parecidas.

Sin embargo, las quejas de Franca le trajeron a la memoria un incidente ocurrido en Bariloche en el que no había vuelto a pensar durante años: en unas cortas vacaciones que pasaron todos juntos, Giorgio descubrió a Pablo y a Franca acariciándose y besándose apasionadamente, por lo que se enfureció con el joven sintiendo que había abusado de su confianza y lo echó de la casa. Franca tardó casi una hora en calmar a su padre y, pese a que solucionaron el tema, la tensión duró todo ese día. Quizás Giorgio era más rígido de lo que él pensaba.

Durante el almuerzo habían hablado también de la militancia y Franca le había confesado que estaba teniendo muchas dudas respecto de la capacidad de los dirigentes frente a una situación que parecía ser cada día más complicada y peligrosa.

—Si tenés dudas pará y pensá bien qué hacer, tomá distancia. Después, con la cabeza fría, resolvés —le recomendó Pablo. Ella dijo que lo iba a pensar. Eso le dio cierta tranquilidad porque Franca siempre había mostrado respeto por sus opiniones.

Pero la última sensación de Pablo esa noche al apagar la luz fue nuevamente de alivio al descubrir que Franca ya no le gustaba como antes, que esa chica curtida y seria ya no conseguía conmover su corazón con sólo mirarlo a los ojos.



XVII

En el Nacional de Buenos Aires las clases comenzaron el lunes 5 de abril, algo más tarde de lo normal, en un ambiente transformado por el golpe militar. Los cambios no se limitaron a lo superficial, como el uso obligatorio del uniforme, sino que el rector Maniglia ordenó además disolver las divisiones y reordenar a los alumnos, separando a quienes habían sido compañeros durante los años anteriores. Su objetivo primordial era desarmar grupos para generar debilidad, y demostrar con total claridad quién mandaba y que todos iban a tener que obedecer sus normas, les gustara o no.

También los trece jóvenes que el día anterior habían sido acribillados en un baldío y aquellos otros dos cuyos cuerpos fueron dinamitados junto a una de las principales autopistas porteñas deben haber comprendido, un instante antes de morir, que las reglas del juego habían cambiado. La orgía sangrienta había estallado, y la Argentina se transformó en un gigantesco coto de caza.



Giorgio y Vera disfrutaron inmensamente del viaje a Europa, sobre todo de la visita a Hungría y a Checoslovaquia, donde la belleza de Praga los encandiló. Allí visitaron el ghetto y vieron una exposición de objetos que habían hecho los prisioneros del campo de concentración de Theresienstadt. Lo que más los impresionó fue la colección de dibujos infantiles y pequeños elementos que los padres prisioneros utilizaban para enseñar a sus hijos temas tradicionales de la cultura judía.

Pero Italia les reservaba una sorpresa poco agradable, ya que tuvieron que escuchar, una y otra vez, comentarios apocalípticos sobre la situación argentina que los dejaron profundamente preocupados.

Sus amigos, especialmente aquellos que trabajaban en medios de comunicación, les hablaron sobre una campaña de exterminio lanzada por la Junta Militar.

—¿Pero vos me estás diciendo que se llevan a la gente y que no les avisan ni a los familiares? —preguntó incrédulo Giorgio a su viejo amigo Arrigo Levi.

—¡Sí, caro! Es muy difícil averiguar porque los militares hacen todo en secreto, pero los organismos de derechos humanos están alarmados. Hay informes que dicen que grupos armados que responden al gobierno entran a las casas, secuestran a las personas, y es como si se las hubiera tragado la tierra. Se dice, además, que en

las cárceles están torturando más que nunca –seguía explicando el periodista.

Los terribles rumores se levantaban como una niebla espesa y eran cada vez más numerosos.

–Arrigo, esas cosas que decís me parecen espantosas –intentaba entender Giorgio–. Si llegan a ser ciertas, ¡es cómo si los nazis hubieran resucitado!

–Sí, Giorgio, como los nazis... Parece mentira, treinta años después y en la Argentina –respondió su amigo con seriedad–. ¿No te gustaría que Franca venga por un tiempo a Italia a estudiar hasta que la situación se tranquilice?

–Mirá –confesó Giorgio–, ya lo estuve pensando y llegué incluso a comentarlo con ella, pero me dijo que no quería irse de la Argentina. Está muy metida con su novio, terminó de dar los exámenes y quiere entrar en la universidad... Vos sabés que es una chica buena y responsable, que no va a andar en nada que sea peligroso –explicó.

–¿Peligroso? ¡Si estas informaciones llegan a ser ciertas, Giorgio, y todo indica que lo son, el solo hecho de vivir en la Argentina puede ser peligroso –reaccionó Arrigo enérgicamente–. Desde aquí se ve muy claro que la represión es fuerte e indiscriminada y que no hay ningún tipo de garantías para los presos. ¿O vos te pensás acaso que sólo se van a llevar guerrilleros? La guerrilla está casi vencida y ya no tiene poder de reacción; los militares la van a usar como excusa para hacer lo que se les dé la gana. Y, Giorgio, estos tipos son como sus colegas chilenos: fanáticos enceguecidos que justifican matar a cien inocentes con tal de que no se les escape uno de los que ellos consideran culpables.

Giorgio se quedó frío ante lo asustado que parecía su amigo. Si bien algunas cosas se comentaban en la Argentina respecto del accionar de la Triple A que asesinaba a mansalva, no se tenía noción de que hubiera problemas tan serios como los que Arrigo mencionaba, ni de que el gobierno fuera directamente responsable de una campaña de exterminio. En los diarios italianos ya habían aparecido varios artículos sobre la represión en el país, pero Giorgio no recordaba haber leído nada parecido en Buenos Aires. “¿Será posible que nos estén engañando a todos? Vamos a ver cómo está la situación a la vuelta”.



Franca era demasiado inquieta para quedarse en un trabajo que no le significara algún desafío y en Fuji se aburría, así que renunció y al poco tiempo encontró empleo en un pequeño taller de fotocomposición frente a la plaza de Coronel Díaz

y Las Heras. Al menos aquí aprendía un oficio que en el futuro podría serle útil. Por otro lado, los documentos que bajaban desde la conducción política indicaban cada vez con más claridad que era necesario que los militantes se proletarizaran para movilizar al pueblo. Franca no acordaba del todo con esta idea, pero en la actual coyuntura política tampoco le parecía algo totalmente descabellado, y como integrante de la Juventud Trabajadora Peronista de los gráficos, pensó que era bueno aprender un tipo de tarea que más adelante le permitiría ingresar en un taller mayor.

También era su primera experiencia trabajando con una computadora, lo que era toda una novedad. Los dueños de la pequeña empresa, una pareja, se preocupaban por enseñarle y Franca entendía que era una herramienta con mucho porvenir.

Cuando a mediados de mayo llegó el día del regreso de Giorgio y Vera, Franca fue a buscarlos al aeropuerto con Pía, la hermana menor de su padre. Ya camino a Ezeiza su tía notó que la muchacha estaba tensa, y recordó que pocos días antes la abuela materna le había dicho que la encontraba rara.

–No se preocupe, Nonna –le había contestado Pía–, son cosas que les pasan a los jóvenes.

Pero mientras manejaba camino al aeropuerto, Pía vinculó ese dato con el hecho de que durante el viaje de sus padres –que había durado más de un mes– Franca no la había llamado por teléfono ni había ido a su casa a comer tan a menudo como ella hubiera esperado. De todos modos resolvió no tocar el tema y conversaron sobre asuntos de poca importancia.

Antes de llegar al aeropuerto tuvieron que pasar dos controles militares, en los que soldados con ropa de combate y fusiles colgados de los hombros revisaron el auto, inclusive el baúl, y les preguntaron adónde iban, a quién iban a buscar, cuántas personas llegaban y en qué vuelo, qué relación tenían con los viajeros, y unos cuantos datos más. Finalmente las dejaron pasar, zigzagueando despacio entre dos vallas y cuidando de no superar los 25 kilómetros por hora que indicaban los carteles, para no perturbar a los uniformados que las apuntaban desde una casamata con ametralladoras.

Ya en la terminal aérea se acercaron al mostrador de la línea en la que viajaban Giorgio y Vera, donde les informaron que el vuelo estaba retrasado. Las dos mujeres resolvieron entonces sentarse a esperar en la confitería, mientras tomaban café y hacían crucigramas, que Franca conseguía completar a una velocidad asombrosa sin dejar por eso de conversar con su tía. De repente,

hablando del viaje de sus padres, la muchacha dijo:

–Mis viejos son unos burgueses, especialmente mi papá.

–¿Por qué decís eso? –preguntó Pia, que nunca había escuchado de la boca de su sobrina un ataque tan frontal contra su hermano, a pesar de que sabía que habían tenido más de un enfrentamiento, que ella había adjudicado a la rigidez de Giorgio y al carácter fuerte de Franca.

–Porque se dedican a la buena vida: muchos viajes, mucho arte, mucha cultura. Y eso es frivolidad pura, que hace que se olviden de los problemas importantes del mundo.

–Pero Franca, tus padres todo lo que tienen se lo ganaron trabajando. No nacieron en cuna de oro, y vos sabés bien que vinimos de Italia con una mano atrás y otra adelante; y no fue porque lo hubiéramos elegido sino porque si nos quedábamos nos mataban a todos, y hoy no habría vida, ni buena ni mala –intentó hacerla razonar Pia.

–Claro, pero mirá a mi viejo, entretenido con sus cuadritos, colgando adornos hasta en el baño, manejando esos coches yanquis enormes, mientras hay gente que no tiene ni para comer.

Pia se dio cuenta de que la conversación no iba a ningún lado y, después de escuchar un largo monólogo de Franca acerca de la injusticia del mundo y la necesidad de arreglarlo, prefirió cambiar de tema.

No era obtusa y sabía que algunas características de Giorgio podían ser tomadas como negativas por una adolescente inquieta y rebelde. Ella misma se había sentido muchas veces incómoda porque su hermano parecía saberlo todo y tener planes para todos, incluso para la vida de los demás, y en ocasiones esas convicciones podían llevarlo a posiciones obcecadas o hasta injustas. Pero también sabía que era un hombre de gran corazón, con una natural austeridad, que disfrutaba de los placeres sencillos de la vida y que nada había más ajeno a él que el egoísmo o la injusticia.

Pese a todo, cuando Franca vio a sus padres bajando por la escalerilla del avión pareció olvidarse de cualquier rabia que pudiera sentir y se transformó en una hija dichosa de poder abrazar a mamá y papá. Y todavía más contenta se puso cuando, de vuelta en casa, Vera abrió las valijas y le dio una falda escocesa que le habían comprado en Europa. Rebosante de alegría, Franca se la probó inmediatamente y, satisfecha porque le quedaba perfecta, ensayó uno de los pasos de baile que solía improvisar cuando se sentía extremadamente feliz. No fue el único regalo que recibió, pero la pollera no se la quitó en varios días.



XVIII

—Se los chuparon a Gabriel y a Mirta —fue lo primero que escuchó Franca cuando atendió el teléfono. Las piernas se le aflojaron. Del otro lado de la línea el ruido de la calle apenas dejaba escuchar la voz de pánico de Diana. Llamar desde teléfonos públicos se había convertido en una costumbre, ya que la cantidad de líneas “pinchadas” por los servicios de inteligencia era cada vez mayor.

—¿Gabriel y Mirta? —preguntó Franca apenas pudo recuperar el aliento.

—Sí, a Pato y a Clara —contestó Diana al darse cuenta de que al mencionarlos por sus nombres verdaderos había violado una regla básica de seguridad, y sin notar que al intentar enmendar el error empeoraba la situación, pues también revelaba sus alias de militancia a un posible escucha.

—Voy para allá —dijo Diana abruptamente, y colgó. Su miedo no era infundado ya que la pareja militaba con ella en la UES, lo que le hizo tomar conciencia de que ella podría ser la próxima en desaparecer. Las noticias sobre secuestros sonaban cada día con más insistencia, pero era la primera vez que dos de sus compañeros —del Colegio y de la UES— caían víctimas de la represión. Todos los adolescentes tienen la sensación de que la vida es eterna y que a ellos nunca puede pasarles nada, pero esta noticia la hizo enfrentarse abruptamente con la realidad.

Apenas le avisaron del secuestro, Diana armó un bolsito con ropa y salió inmediatamente de su casa; luego de la llamada tomó el colectivo a Barrancas de Belgrano.

—¿Dónde los chuparon, cómo te enteraste? —preguntó Franca apenas le abrió la puerta.

—Me llamó un compañero, parece que fue en la plaza Vicente López, a la tarde, los subieron a un Falcon y no se supo nada más. No aparecen por ningún lado —balbuceaba Diana, que tenía el rostro blanco como un papel—. Los padres ya llamaron a todos los hospitales y comisarías, pero en ningún lado saben nada. Es como si se los hubiera tragado la tierra.

—¿Cómo tenés tantos detalles? —Franca estaba sorprendida.

—Dicen que Cholo justo pasaba por ahí y vio todo.

—¿Justo ése... no es demasiada casualidad? —pensó Franca en voz alta. Más de uno sospechaba que ese compañero del Colegio era informante del Ejército, aunque nadie había conseguido probarlo.

La represión era tan intensa y el miedo tan grande, que cada vez se podía confiar en menos gente. Las conversaciones se iban volviendo más crípticas: se utilizaban códigos, claves, sobreentendidos; las frases eran un revoltijo de eufemismos y medias palabras, aglutinadas por la jerga que había ido surgiendo junto a la violencia, en un pueril intento de burlar a un enemigo omnipresente.

Mirta, un par de años más joven que Gabriel, había comenzado su militancia pocos meses atrás, junto con Franca. El muchacho, cuyo padre también había sido alumno del Colegio, era un jovencito sencillo y simpático, que por su andar chaplinesco se había ganado el apodo de Pato. Al igual que Franca, su familia tenía una casa de fin de semana en el Tigre y ambos compartían el gusto por el Delta. Más de una vez habían charlado sobre ríos, sudestadas y la magia del agua color café con leche.

—¡Qué horror! —exclamó Franca recordando su última conversación con Gabriel—. ¡Estaba tan contento desde que salía con Mirta!

—Franquita, además de darte estas malas noticias tengo que pedirte un favor —dijo Diana después de un rato—. Gabriel andaba con papeles acerca de un acto que íbamos a hacer pasado mañana, y no sé si no tenía anotado mi nombre o mi teléfono. Quería preguntarte si puedo mudarme aquí unos días.

Hasta muy pocos meses atrás la pregunta de Diana hubiera estado de más, ya que las dos solían quedarse a dormir constantemente en casa de la otra. Inclusive, cuando iba a pasar la noche con Enrique, Franca decía en su casa que iba a lo de Diana y Diana decía que se quedaba en lo de su amiga para poder dormir con el que desde hacía tiempo era su novio: Leo. Pero los tiempos habían cambiado y los términos de la amistad y la camaradería habían tenido que reformularse para privilegiar la seguridad.

—Diani, no. Vos y yo estuvimos juntas en todo, y es mucho riesgo para las dos que justo ahora te quedes acá. Es mejor que busques gente que no tenga nada que ver. Vos, Enrique, Leo, yo y todos los alumnos y ex-alumnos del Colegio debemos estar re-fichados.

—No te preocupes —contestó Diana pese al malestar que comenzaba a sentir en el estómago y sabiendo que Franca tenía razón—. Ya me las voy a arreglar.

Ambas amigas salieron a la calle a encontrarse con Corina, que estaba en la misma situación que Diana. En un bar hicieron una lista de gente a la que le pedirían refugio.

La primera compañera del Colegio a la que fueron a solicitarle albergue no estaba involucrada en política, y les dijo de buen modo que no podían quedarse en su casa, es decir, en la de sus padres, porque era mucho riesgo. Le daba mucho miedo, y por otro lado no se le ocurría la manera de explicarles a sus viejos la situación.

Ésta era una complicación usual porque en la mayoría de los casos, los padres de las casas donde pretendían dormir no podían enterarse del motivo por el cual las chicas pedían alojamiento, y había que inventar historias que no los hicieran llamar a sus familias para alertarlas acerca de lo inusual de las circunstancias.

Diana tenía la ventaja de que sus padres sabían de su situación y siempre habían apoyado su militancia, lo que le permitió finalmente hospedarse en lo de una amiga de su madre, que la conocía desde que había nacido.

Corina, pretextando una pelea con sus padres, terminó durmiendo en la casa de su abuela, a la que convenció de que no llamara a su casa para no complicar la situación.

Durante varias semanas, entre fines de mayo y comienzos de junio, Diana y un número cada vez mayor de jóvenes argentinos comenzaron a pasar las noches donde les brindarían amparo.

Los secuestros se multiplicaban a cualquier hora del día o de la noche, y cada vez era más difícil para las fuerzas represoras esconderlos. Pese a la incredulidad inicial de la gran mayoría, en junio de 1976 ya demasiada gente había visto a civiles armados cortando el tránsito en una calle, entrando en una casa rompiendo puertas y llevándose a patadas y golpes a una o varias personas encapuchadas. Si algún vecino llamaba a la policía para denunciar lo que creía era un asalto de delincuentes comunes, la respuesta, cuando no era el silencio, se limitaba a un terminante "no podemos hacer nada". Los "Grupos de Tareas", como se llamaban a sí mismas las pandillas de secuestradores, ya habían avisado a la comisaría de la zona para que no interfiriera. Esto se denominaba pedir "zona liberada".

Si alguien no había visto directamente a los criminales estatales en acción, o se los había cruzado en sus lúgubres caravanas de Falcon y pick-ups, bastaba aguzar el oído en las horas más calmas de la madrugada para escuchar a la distancia sirenas, disparos y explosiones, que eran la banda sonora de un drama a la vez íntimo y nacional. Y en cualquier caso, alcanzaba con prestar

atención a las conversaciones: todos sabían de un vecino, el sobrino de un amigo, la hija de un cliente o el compañero de facultad de un primo más joven que había desaparecido.

Pero pese a las contundentes evidencias de que algo fuera de lo normal estaba ocurriendo, muchísimos hombres y mujeres, pobres y ricos, cultos e ignorantes, jóvenes y viejos, escondían la cabeza como avestruces. No se enteraban de las protestas que comenzaban a llegar del exterior, preferían creer que semejante locura era imposible en un país que siempre se pensó a sí mismo como muy civilizado. Acentuando el manto de silencio cómplice, poquísimos medios periodísticos intentaban informar sobre estos hechos.

La frase que habitualmente la gente común utilizaba para no sentirse parte de una sociedad asesina era tan desesperada como el ansia criminal de la dictadura militar: "Algo habrán hecho", respondían cuando alguien les comentaba sobre casos concretos de personas que habían desaparecido, como si ese "algo" fuera un gran pecado capital que justificara la subversión total del estado de Derecho y los más inhumanos castigos.

El secuestro de Gabriel y Mirta fue como un campanazo brutal que despertó el terror en muchos de los compañeros de militancia de Franca y Diana.

La militarización de los miembros de las organizaciones de base había seguido avanzando, y cada vez era más difícil para los jóvenes activistas, Franca entre ellos, resistirse a la presión de la dirección. Desesperada porque la derrota era irreversible, la conducción impartía órdenes que resultaban inaceptables para gran parte de los militantes y simpatizantes. La directiva era incorporarse al ejército Montonero, que desde Tucumán y junto al ERP lucharía hasta liberar la patria. Los militantes peronistas debían primero formar unidades básicas combatientes y luego podían constituirse en cuadros, organizados a su vez por rangos: adherentes, aspirantes, oficial, oficial primero, etc.

Lo que hasta ese momento no había sido más que una parte del adoctrinamiento o la opción de los militantes más radicalizados, comenzó a imponerse como regla general.

Muchos se resistían, pero nunca les faltaron a los Montoneros activistas dispuestos a todo. El viernes 18 de junio una adolescente que estaba invitada a dormir en casa de una amiga, colocó una bomba debajo de la cama en la que

dormían los padres de ésta. El jefe de la Policía Federal se acostó tranquilo esa noche, hasta que la explosión lo hizo volar por los aires y demolió varios pisos del edificio, a pocas cuadras de la casa de Franca.

El gobierno no perdió tiempo en demostrar que, si de ser salvajes se trataba, no iba a quedarse atrás, y el martes las fuerzas paramilitares dinamitaron la casa de la madre de la jovencita.

Franca nunca participó de ninguna reunión de tipo militar. Ya bastantes dudas tenía como para comprometerse en acciones con las que no estaba de acuerdo.

Un compañero le había contado que una de las directivas más recientes ordenaba a los militantes de Montoneros matar a cuanto policía fuera posible. Esto le había parecido repugnante; por más odio que le tuviera a la dictadura y a la policía consideraba que matar a sangre fría era inaceptable.

Era muy consciente de que la situación era cada vez más peligrosa y que debía cuidarse, por lo que aumentó las precauciones: verificaba que no la siguieran, no usaba el teléfono de su casa y trataba de dormir pocas noches en su domicilio. El miércoles fue a dormir a lo de su tía Pía, junto a sus primos.

El jueves, como todos los 24 de junio, los diarios hablaban del aniversario de la muerte de Gardel. Pese a los cuarenta y un años transcurridos, se veneraba al cantor con devoción.

Los matutinos también mencionaban un enfrentamiento armado en La Plata en el que cinco terroristas, entre ellos una mujer, habían sido muertos mientras intentaban huir, y que en Bahía Blanca habían sido acribillados otras dos mujeres y tres hombres cuando intentaron resistirse a balazos.

“Claro”, pensó Franca con sarcasmo y tristeza, “hay tiroteos en los que mueren diez personas y no hay ni siquiera un milico herido. Estos hijos de puta fusilan gente a lo loco y se creen que todos se van a tragar el cuento del ‘enfrentamiento armado’ y ‘muertos mientras huían’ ”.

Pero la ironía se transformó en ira cuando leyó que el nuncio apostólico Pío Laghi, de visita en Tucumán, decía que los soldados defendían a Dios, la patria y el hogar. “¿El hogar de quién?”, le preguntó al diario, como si pudiera escucharla. “¿Qué pasa con todos los hogares de la gente que está desapareciendo?, ¿qué hiciste vos en Italia durante la época de Mussolini?”, le espetó al nuncio antes tirar el diario.

Pese a su enojo, pocos minutos le bastaron para recuperar el buen humor y ser amable con sus anfitriones. Antes de salir, tomó una lapicera y dejó una notita corta y cariñosa junto al teléfono. Al firmar, rodeó su nombre de flores y corazones, y sonrió al sentirse como una nena juguetona.

“Al final soy igual que Florencia”, pensó recordando a la hijita de su prima, que con apenas un año de edad le regalaba a Franca maravillosas sonrisas cada vez que la llevaba a las Barrancas de Belgrano. “Nada me gusta más que salir de paseo y estar con los que quiero y me quieren; lástima que a los 18 años las cosas no sean tan sencillas como cuando se es bebé”, se dijo mientras abría la puerta de calle y se iba a trabajar.

En el camino recordó una canción de Serrat y se fue entonando: *“¿Qué va a ser de ti, lejos de casa, nena, qué va a ser de ti?”*



XIX

El viernes 25 de junio amaneció frío. Era uno de esos típicos días de invierno porteños, en los que el sol brilla con fuerza y el cielo, muy azul, invita a dar un paseo, mientras que la temperatura parece llegada directamente desde la Antártida.

Franca se había quedado a dormir en la casa de Enrique. Se levantó bien temprano y cuando se estaba lavando los dientes, el frío la hizo tiritar. Volvió al cuarto y desde la puerta miró a su novio, que continuaba en el mundo de los sueños; terminó de vestirse y antes de salir para el trabajo le dio un beso suave en la frente y le dijo:

–Chau, cuidate.

–Vos también –farfulló Enrique abriendo apenas los ojos y dándose vuelta para dormir un ratito más.

Salió a la calle y sintió que estaba todavía más fresco de lo que había pensado. Se cerró el tapado y apuró el paso hasta la parada del colectivo, lamentando no haberse puesto un pulóver más abrigado. “Ya estoy repodrida de dormir cada noche en un lugar distinto”, pensó; “no sé cómo, pero esto tiene que cambiar”.

Ese día Franca había ido a trabajar más temprano ya que debía salir antes de la hora habitual para ir a una reunión más allá de Puente Saavedra, y enseguida tenía que volver al centro para estar a las siete menos cuarto en una cita que le habían marcado en la esquina de Córdoba y Carlos Pellegrini.

“Trabajo mucho y milito mucho”, se lamentó Franca a bordo del ómnibus repleto, que se sacudía al rebotar en los baches y avanzaba como un meteoro zigzagueando entre el tránsito. Abstraída en sus pensamientos, casi no escuchó las protestas de los otros pasajeros que comparaban al chofer con diversos cuadrúpedos.

Cuando llegó a Las Heras y Coronel Díaz tuvo que abrirse paso entre una compacta masa de cuerpos para llegar hasta la puerta; ni bien bajó, un golpe de viento helado le recordó que no tenía ni pizca de ganas de ir a trabajar.

La mañana y la primera parte de la tarde transcurrieron lentas y rutinarias, y Franca respiró aliviada cuando por fin pudo salir y tomar el colectivo rumbo a la provincia. Al pasar por Barrancas de Belgrano, estuvo a punto de no resistir la tentación de bajarse e ir hasta su casa a dormir una siesta, pero no podía faltar a la reunión así que siguió en el ómnibus por la avenida Cabildo. Una vez más, sintió que tenía demasiadas cosas en su vida: el trabajo, la actividad política, ser una

buena novia, estudiar flauta e inglés, tener tiempo para sus amigos era demasiado para una sola persona. “Pensar que mis viejos, en este mismo momento, deben estar en la lancha subiendo contra la corriente por el Sarmiento”, se dijo con tristeza. “El fin de semana que viene, aunque hagan diez grados bajo cero, me voy con Enrique a la isla”, se dijo esperanzada.

Cuando la breve reunión terminó, el sol casi se arrastraba sobre el horizonte, y continuaba soplando un viento gélido y persistente.

Otra vez tuvo ganas de irse directamente a su casa a escuchar discos o leer un libro o, mejor todavía, buscarlo a Enrique en el trabajo, meterse en la cama temprano y, aprovechando que sus padres seguirían en el Tigre, quedarse juntos todo el sábado.

“Lástima esta maldita cita”, masculló, pero sabía que no podía faltar ni llegar tarde. El encuentro estaba marcado en una esquina transitada, porque hasta los bares se habían vuelto peligrosos. Allí, a las siete menos cuarto en punto la esperaba una compañera que iba a entregarle algunos documentos. Si cualquiera de las dos faltaba a la cita, la otra tenía que dar la alarma inmediatamente.

El colectivo iba medio vacío, y Franca, sentada en un asiento individual, se adormeció con el traqueteo. De repente se despertó sobresaltada al recordar que todavía no había tenido su periodo, pero el ronroneo del tránsito que llegaba a través de las ventanillas cerradas pudo más que la preocupación. Volvió a adormecerse mientras se calmaba: “Ya me va a venir, como pasó otras veces”, y ese pensamiento dio paso otra vez a sus ganas de ir al Tigre. “Evidentemente hoy no es mi día para andar arreglando los problemas de la humanidad”.

Pocas cuadras antes de llegar se fijó en la hora: tenía tiempo. Al mirar el pequeño reloj de su madre pensó en ella; le gustaba de vez en cuando usar sus cosas: el reloj, las carteras, algún par de zapatos.

Sumida en una cierta nostalgia, se bajó antes de la parada que correspondía al lugar de la cita. No podía llegar tarde, pero tampoco mucho antes porque era peligroso quedarse en una esquina o andar dando vueltas por la zona.

“Voy a llamarlo a Enrique que ya debe haber vuelto del trabajo”, se dijo, y metió la mano en la cartera para buscar una ficha telefónica. Cuando palpó el interior del bolso un escalofrío le sacudió el cuerpo. “No, no, no... no puede ser”, se repetía mientras revolvía frenéticamente la cartera. “¡No puede ser! ¡Justo ahora! ¿Dónde los habré metido?”. Pero por más que revisó cada centímetro y

cada rincón de su bolso minuciosamente sus documentos no aparecieron.

“¡Qué mala suerte! ¿Se me habrán caído en el colectivo cuando saqué la hebilla para el pelo?”. Después de mucho buscar encontró una ficha telefónica atrapada entre la pelusa del fondo del bolso.

–Hola, Enrique, ¿qué tal? Perdí los documentos; voy a ir hasta la terminal, a ver si se me cayeron en el colectivo y después voy para tu casa –le disparó apenas escuchó en el aparato la voz de su novio.

–¡Qué lío! –respondió de inmediato Enrique–. Si no los encontrás, vuelve pronto, no te quedes dando vueltas por ahí –le recomendó.

–Sí, sí, ni bien termine en el centro me voy derecho para tu casa– asintió Franca, consciente del riesgo que implicaba andar sin identificación–, pero seguro que los tienen en la terminal –intentó convencerse a sí misma–. Después nos encontramos.

–Bueno, mi amor, te mando un beso, nos vemos.

Franca empezó a regresar a la parada donde se había bajado pocos minutos antes, dispuesta a ir hasta el final del recorrido de la línea de colectivos, que no quedaba demasiado lejos. Caminó unos metros y vio un ómnibus que se iba. Miró nuevamente el reloj y se dio cuenta de que no le alcanzaba el tiempo para esperar otro, viajar, preguntar si tenían sus documentos, y regresar para estar puntual en su cita.

Volvió sobre sus pasos rumbo a la esquina indicada, sin conseguir dejar de pensar cómo había podido perder su identificación. “Se ve que con tantas cosas en la cabeza ando distraída, cansada, y encima con este frío”.

De pronto tuvo la sensación de ir a contramano de la realidad. No sólo el tránsito iba por Córdoba en sentido contrario sino también los peatones, alejándose del centro, parecían ir todos enfrentados a ella, que caminaba despacio hacia la avenida 9 de Julio con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo.

Cuando llegó a la esquina de Cerrito, miró a la derecha y vio el Obelisco bañado en una luz muy blanca que lo hacía parecer más alto; un poco más cerca el Teatro Colón flotaba en una isla luminosa que acentuaba su belleza.

“En esta ciudad las avenidas parecen ríos”, reflexionó mientras esperaba que cambiara la indicación del semáforo para poder cruzar. La inmensa 9 de Julio, con sus corrientes opuestas de automóviles, se deslizaba entre islas de rascacielos intrascendentes, cuya pretendida modernidad sólo hacía añorar los elegantes estilos de principios de siglo.

En cuanto el malón de automóviles se detuvo obedeciendo el rojo del semáforo, Franca atravesó el primer tramo de la gran vía. “Debe ser la única avenida del mundo que tiene tres nombres”, se dijo mientras cruzaba Cerrito.

Paralela a esta calle, separada por una angosta plazoleta, corre la 9 de Julio propiamente dicha, imaginada por los porteños como la avenida más ancha del mundo. Sus cinco carriles hacia el sur y cinco hacia el norte hacen que atravesarla sea casi una aventura. Más allá de este mar de asfalto la calle Carlos Pellegrini marca el inicio del microcentro, caótica cocina donde se cuecen la mayor parte de las habas consumidas por los argentinos.

Franca llegó con luz verde hasta la otra acera, pero tuvo que esperar un nuevo cambio de color antes de cruzarla. Del otro lado, en la esquina, podía ver ya el *Exedra*, el bar frente al cual tenía marcado su encuentro.

“Seguro que cuando le cuente que ando sin cédula ni DNI, esta mina me va a decir que estoy loca ¡Como si yo hubiera elegido perderlos!” pensó. Mientras cruzaba miró otra vez el reloj: todavía faltaban diez minutos para la hora fijada. Al no ver a su compañera en la esquina, siguió de largo por Córdoba e hizo tiempo mirando los automóviles que se exhibían en la vidriera de una agencia.

Al detenerse se dio cuenta de que tenía frío y ganas de hacer pis. Volvió a mirar la hora, dio media vuelta retornando sobre sus pasos y entró en la confitería enfilando directamente hacia el baño. Pasó junto a varias mesas donde hombres trajeados consumían lentamente sus cafés. Más de uno se dio vuelta para mirarla con ojos codiciosos, pese a que algunos estaban acompañados. *Exedra* era, además de un lugar para tomar algo, una gran vidriera que daba a una de las esquinas con más movimiento de Buenos Aires. Siempre muy atildados, los habitués pasaban horas mirando y siendo mirados. La decoración fría y falsamente fina se caracterizaba por su moderno mal gusto y también por su impostada austeridad.

Pero nada de eso le importaba a Franca, cuya única pretensión era ir al baño, cumplir con su cita, y volar a la casa de Enrique. Algunos meses antes hubiera podido sentarse a tomar un café mientras esperaba que su compañera se reuniera con ella en la misma mesa, pero los tiempos habían cambiado, ni siquiera entrar estaba recomendado. “Ya sé que los bares son jodidos”, pensó mientras ponía sobre el asiento el papel higiénico que siempre llevaba en su cartera, “pero mucho peor es hacerse pis encima”, se dijo aliviada.

Como vio que todavía faltaban tres minutos para las menos cuarto, se paró frente al espejo y se peinó esmeradamente con un cepillo, hasta que su cabello quedó suave como la seda. Le gustó la imagen que le devolvió el espejo e hizo un mohín coqueto. “Vamos Franquita”, se dijo dándose ánimos, “dentro de una hora vas a estar con Enrique, y mañana es sábado”. Guardó el cepillo en la cartera y salió del baño sonriente.

Ni bien abrió la puerta del baño para volver al salón, y antes de que pudiera poner un pie sobre el piso reluciente, sintió que todo su cuerpo se paralizaba como alcanzado por un rayo, mientras un sudor frío y extrañamente denso comenzaba a cubrirle todo el cuerpo: en la confitería, distribuidos entre las mesas, media docena de hombres pedían documentos a todos los parroquianos.

Clavada en el lugar, Franca pensó en hacerse la tonta y salir directamente a la calle, pero cuando miró en esa dirección vio que cada puerta estaba controlada por otros hombres vestidos de civil y rostros de expresión hosca, que empuñaban ametralladoras.

La sonrisa que tenía cuando salió del baño se le quedó congelada, no conseguía reaccionar ni moverse. Volvió a mirar hacia la calle para convencerse de que no estaba soñando, quería comprobar que la ciudad seguía allí, pero lo que vio le confirmó que la pesadilla era, desgraciadamente, una escena de la vida real.



XX

Varias pick-ups atravesaban la avenida Córdoba formando un embudo por el que tenían que pasar todos los vehículos para que soldados armados detuvieran a aquéllos que, según el inescrutable criterio de sus superiores, merecían ser revisados a fondo.

Las balizas giratorias de las camionetas daban a la escena un palpitante color rojo sangre. A través del ventanal, Franca alcanzó a ver cómo cuatro muchachos eran obligados a bajarse de un automóvil y a colocar las manos sobre el techo del coche, mientras los soldados los apuntaban a la cabeza con sus fusiles; un segundo más tarde uno de los agentes de civil pateó brutalmente las piernas de uno de los jóvenes para que las separara aún más. El terror que ya la embargaba se acentuó ante la escena, y llegó a su pico máximo de tensión cuando una voz muy cerca de su oído le dijo en tono seco:

–Nena: documentos.

–¿Cómo? –preguntó ella con la sonrisa evaporada y como si no hubiera entendido el pedido.

–Documentos –repitió el tipo levantando la voz y acentuando la “e” como si fuera un puñal.

–¡Ah! ¡Sí, sí! –respondió Franca intentando aparentar una mezcla de simpatía, estupidez y nerviosismo–. Ya se los doy –dijo mientras revolvía dentro de su cartera. Al inclinar la cabeza para mirar el contenido del bolso vio que el hombre llevaba una pistola encajada entre el cinto y un turgente estómago. Pero sus papeles no estaban en la cartera, y ella lo sabía. Quiso aprovechar la pausa para tranquilizarse, pero el vozarrón volvió a golpearla.

–¿Y, nena? ¡Para hoy esos documentos!

–No tengo –confesó en voz apenas audible–. Los perdí esta tarde en el colectivo.

Antes de que Franca terminara su explicación, el hombre chasqueó los dedos y miró a uno de sus compañeros, más joven y de cabello rubio, quien se aproximó de inmediato.

–Nos vas a tener que acompañar, querida –dijo el gordo, como si la conociera desde hacía años.

–Pero, señor –intentó convencerlo Franca con la voz más inocente que logró

conseguir-, puedo ir a la terminal y buscarlos.

Otro chasquido de los dedos del jefe fue suficiente para que el subordinado la agarrara con fuerza del brazo.

-Vamos, piba -dijo el rubio.

Franca sabía que resistirse era inútil y se dejó llevar hasta la calle.

El que la conducía, que era apenas un par de años mayor que ella, casi la arrastró hasta una camioneta azul de la que surgieron dos manos que la izaron a bordo. Antes de que Franca pudiera hacer, decir o ver nada, le cubrieron la cabeza con una maloliente capucha de tela gruesa que ajustaron alrededor de su cuello, y en menos de treinta segundos le ataron las manos y los pies y la empujaron contra el piso de metal.

Franca se dio cuenta de que no era la única acostada allí, y escuchó cómo iban cargando más gente. Uno de los nuevos pasajeros forzosos la pisó al subir, y Franca gritó de dolor.

-¡Se callan, carajo! -ladró una voz masculina desde el interior de la pick-up-. ¡Si escucho volar una mosca les meto un tiro a cada uno!

En la fría caja del vehículo se hizo un silencio sepulcral, entrecortado apenas por las respiraciones agitadas de los prisioneros. A los pocos minutos arrancaron con brusquedad.

El viaje, hecho a toda velocidad, fue corto: unos quince o veinte minutos pudo calcular Franca, quien se sorprendió de que el raudo convoy no hiciera sonar ningún tipo de sirena.

Frenaron y giraron a la derecha; por las sacudidas, Franca pensó que entraban en un garaje. Otra vuelta hacia la derecha, un recorrido muy corto, una curva cerrada a la izquierda, y la pick-up se detuvo.

-Abajo todos -ordenó una voz marcial-, y que a nadie se le ocurra sacarse la capucha.

Franca sintió cómo varias manos la agarraban brutalmente para arrastrarla hacia afuera, donde le desataron las manos y los pies. El aire frío le hizo bien. "Por lo menos ya no estoy atada", pensó.

Siguiendo las órdenes de sus captores, los prisioneros formaron una fila poniendo los brazos sobre los hombros del que los precedía.

"Caminen despacio, soretas".

"Idiotas, cuidado con los escalones".

“No suelten al de adelante, pelotudos”.

“Apurensé, infelices”, eran las instrucciones que les repetían constantemente.

Después de bajar un piso por escaleras los formaron contra una pared, y Franca pudo darse cuenta de que los prisioneros eran enviados en diferentes direcciones.

De repente dos brazos la arrastraron para obligarla a caminar. Luego de un corto trecho, oyó que una puerta se abría. Ya dentro, volvieron a atarle las manos y la pararon en un lugar muy iluminado.

—¿Por qué estás acá, nena? —le preguntó una voz que no había escuchado hasta entonces, en tono anodinamente burocrático.

—No sé —contestó Franca intentando responder con tono neutro.

—Mirá, querida, ¡no te hagas la idiota conmigo porque la vas a pasar muy mal! —le advirtió el interrogador dejando de lado toda la indiferencia con que le había hecho la primera pregunta—. ¿Por qué estás aquí? —insistió, volviendo al tono inicial.

—Creo que porque perdí los documentos.

—¡Así me gusta más, ya vamos mejorando! ¿Viste que sabías por qué te habíamos traído? —dijo el hombre empleando el tono de quien le habla a un chico desobediente—. ¡Ahora dejate de joder con el bolazo de los documentos, pendeja de mierda, que ya lo escuché demasiadas veces! —gritó.

—Pero... —intentó justificarse Franca.

—¡Pero nada, carajo! —la interrumpió—. ¿Cómo te llamas?

—Franca J.

—¿Franca qué? —preguntó el interrogador. La muchacha repitió su apellido procurando ser lo más clara que sus nervios le permitían y, por las dudas, lo deletreó mientras escuchaba el golpeteo de las teclas de una máquina de escribir.

—¿Qué carajo es ese apellido? —preguntó desorientado—. ¿Alemán?

—No, italiano.

—Ése no es un apellido italiano, pendeja, ya te dije que no te hagas la viva conmigo; ahora te lo repito y no va a haber una tercera: ¿de dónde es ese apellido?

—Es italiano, de verdad. Mis padres y mis abuelos son italianos.

—¡Massera es un apellido italiano, Agosti es un apellido italiano, Mussolini es un apellido italiano!... ¡J. no tiene nada de italiano!

—¡Le juro que mis padres vinieron de Italia! —gritó Franca sin saber cómo hacer para que le creyera.

—¿Y cuándo vinieron?

–En el treinta y nueve.

–En el treinta y nueve, antes de la guerra, ¿por qué?

Franca no supo qué contestar, y se quedó callada.

–¿Por qué vinieron antes de la guerra tus papás? –preguntó otra vez el hombre, esperando una respuesta en particular.

–Porque tenían problemas en Italia.

–¿Y por qué tenían problemas? ¿No será que sos judía acaso?

–Sí señor, mis padres son judíos italianos.

–¡Italianos las pelotas! –estalló el interrogador con tono satisfecho–. Si son judíos, son judíos de mierda y nada más. Los judíos no son italianos, argentinos, ni nada, ¿me entendés, rusita?

–Pero, señor... –Franca sintió el ruido de una silla que se corría bruscamente y, un segundo después, un sopapo explotó contra su oído izquierdo, tirándola al piso.

–¡Te avisé judía de mierda que no trataras de hacerte la piola conmigo! –gritó el interrogador agachándose para estar más cerca de la cabeza de Franca–. Acá no sos nada más que una judía de mierda. Nosotros somos Dios, Dios es católico y vos sos una basura; y, para colmo, una basura judía. Si algún día salís de acá, cosa que dudo mucho, podés elegir entre irte a Israel o que te hagan jabón. ¿Me entendiste bien? ¡Israel o jabón! Mientras tanto estás aquí, y aquí sos bosta. ¡Menos que bosta! –y remató la frase dándole un puntapié feroz en la misma pierna que le habían pisado media hora antes.

Franca estaba completamente desorientada. Nunca en la vida nadie le había pegado, no tenía ninguna experiencia con la violencia física ni con el dolor, y quizás por eso se mordía el labio inferior para no llorar. Pese a que los gritos y el miedo no la dejaban pensar, no sabía muy bien por qué pero estaba segura de que no debía demostrar que sufría y que tenía que tratar de controlarse.

–¿Cédula número? –preguntó el guardián después de volverse a sentar retomando su tono de burócrata que daba la impresión de que nada extraño acababa de ocurrir. Comenzó una ronda de preguntas y respuestas en un tono aburrido, como quien debe llenar un formulario para completar un trámite meramente administrativo. En un momento Franca escuchó que el hombre se puso de pie, dio dos golpes con los nudillos en la puerta y entró otra persona.

–Ésta se queda –ordenó el interrogador–. Llévala que mañana empezamos el ablande.

Su nuevo cuidador fue guiando a Franca del brazo sin lastimarla. Esta vez subieron cuatro tramos de escalera, con lo que la muchacha dedujo que estaban en un tercer piso, donde doblaron dos veces hacia la izquierda.

–Ni se te ocurra sacarte la capucha –le dijo con calma y antes de cerrar la puerta con llave su guía, que tenía voz de adolescente.

A partir de las ocho, Enrique comenzó a mirar su reloj cada vez más seguido. Corroboró con el despertador que tenía la hora correcta. A las ocho y media se dio cuenta de que su inquietud se había transformado en miedo. Daba vueltas por la casa como un animal enjaulado.

–¿Qué te pasa, Enrique? –le preguntó su padre al percibir su tensión.

–Nada, que Franca ya tendría que haber llegado.

–No te preocupes, debe estar retrasada.

A las nueve, el temor de Enrique ya era angustia, y sus padres empezaron a contagiarse de su nerviosismo. A las nueve y media el muchacho metió algunas cosas en un bolso y salió.

–¿Adónde vas? –le preguntó su padre asustadísimo.

–Voy a dar una vuelta a ver si la encuentro. Cualquier cosa te llamo. Sin dar tiempo a más interrogantes, Enrique dio un beso rápido a sus padres y salió. En la calle, mientras caminaba con paso rápido, miraba hacia todos lados por si veía a Franca y para asegurarse de que no lo seguían. Llegó a la casa de Franca y tocó el portero eléctrico.

–Abrime, Dina, por favor, soy Enrique –dijo con un tono a medio camino entre la súplica y la orden. En el bolso, además de un poco de ropa, llevaba los volantes de la JP que tenía en su casa. Ni bien entró en el departamento, una Dina muy desconcertada le preguntó por Franca.

–No sé, debe estar por llegar. Yo vine a buscar unos apuntes de la facultad que me dejé el otro día –intentó calmarla Enrique mientras se metía en el cuarto de su novia y cerraba la puerta. Sabía que Franca solía guardar el material partidario en la biblioteca, así que de inmediato corrió un par de gruesas novelas y lo encontró. Lo metió en el bolso y salió tan rápido como había llegado, con Dina a la rastra preguntándole por Franca.

–Ya te dije que no sé, Dina.

Después de cruzar Libertador, Enrique siguió derecho por Sucre hasta que encontró un terreno baldío. Asegurándose de que nadie lo veía, sacó todos los

papeles que llevaba en el bolso y los tiró por encima de la precaria cerca de madera. Por primera vez en las últimas horas sintió algo de alivio.

Un rato más tarde en su casa sonaba el teléfono.

–Señor, habla Dina, la empleada de la casa de Franca. ¿Puedo hablar con Enrique, por favor? –ya habían dado las diez y Dina había entrado en pánico.

–Enrique no está, Dina... salió... se fue a hacer gimnasia –respondió el padre del muchacho, apelando a lo primero que se le cruzó por la cabeza, por si oídos indiscretos lo estaban escuchando. Poco importaba que Enrique nunca en su vida hubiera hecho gimnasia.

–En cuanto vuelva dígame que me llame urgente –pidió Dina.

La conversación y el tono angustiado de la empleada aumentaron aún más el nerviosismo de los padres de Enrique. Media hora más tarde el muchacho llamó a su casa y a la de Franca para ver si su novia había llegado, y siguió haciéndolo cada hora hasta la madrugada; la respuesta fue siempre la misma: “Ni llegó ni llamó”.

Giorgio y Vera estaban en la casa del Tigre completamente ajenos a la situación.

En la zona no había teléfonos y el servicio de lanchas se interrumpía durante la noche, por lo que Enrique tuvo que esperar hasta la mañana siguiente para darles aviso. Después de haber estado en casa de un amigo sin haber podido pegar un ojo, el muchacho se fue bien temprano a la terminal fluvial y tomó la primera lancha que lo llevaba hasta el arroyo Toro. Cuando llegó, Giorgio y Vera estaban en el muelle tomando mate, y al ver que el joven llegaba solo se pusieron pálidos porque se dieron cuenta de inmediato que algo andaba mal.

–No sé dónde está Franca –dijo Enrique ni bien puso pie en el muelle de madera–. Ayer a la tarde me llamó para decirme que había perdido los documentos, y desde entonces no tuve más noticias –agregó con voz entrecortada.

Los ojos de Giorgio se llenaron de lágrimas.

–No la vamos a ver nunca más –dijo con tono fúnebre.

–¿Pero cómo, qué pasó? –repetía Vera una y otra vez, tratando de entender una situación que no tenía explicación.

En pocos minutos los tres estuvieron a bordo de la lancha de los J. para volver a la ciudad que se había tragado a Franca.



XXI

Durante todo el sábado y el domingo, Giorgio y Vera llamaron a cuanto lugar se les ocurrió. Franca no estaba en los hospitales, ni en las comisarías, ni en la morgue. Nadie sabía nada: no estaba herida, no estaba enferma, no estaba presa, no estaba muerta. Amigos y familiares se sumaron a la búsqueda. El paso de las horas sólo aumentaba el dolor y la angustia; cada respuesta negativa era un nuevo golpe que hacía tambalear la esperanza.

A la zozobra por la falta de noticias se sumó el miedo a que la familia y los allegados también se convirtieran en víctimas: ya había habido casos en los que una desaparición era el prelude de allanamientos y secuestros de parientes y amigos. Enrique no volvió a pasar por su casa y Giorgio comenzó a dormir vestido por si había que escapar a las apuradas; y si era inevitable ser tomado prisionero, era mejor estar con la ropa puesta.

El lunes la búsqueda se extendió: presentaron hábeas corpus en todos los juzgados de la Capital y del conurbano bonaerense: uno por uno fueron rechazados.

En su desesperación, Giorgio y Vera evitaban dejar el departamento al mismo tiempo por si se producía alguna llamada; de algún modo ellos también se habían convertido en prisioneros.



A medida que fueron pasando los días, Franca fue conociendo algo más acerca del infierno en el que estaba. Las primeras horas las había pasado inmóvil, aterrada, pero luego se atrevió a mirar subrepticamente la celda donde se encontraba: era un espacio de setenta centímetros de ancho por dos metros de largo, con paredes laterales de mampostería y la del frente de aglomerado que estaban medio metro por encima de su cabeza. Desde allí una tela metálica subía hasta el techo oblicuo, donde se alcanzaba a ver un tragaluz por el que entraba un poco de claridad. La puerta tenía una mirilla que se abría únicamente desde afuera, y sobre el suelo había tirada una colchoneta mugrienta. El olor general del recinto era insoportable y se escuchaba permanentemente un zumbido que parecía ser emitido por varios extractores de aire.

A poco de llegar los prisioneros de las celdas contiguas comenzaron a comunicarse con ella, susurrando a través de las delgadas paredes; le informaron que al lugar donde estaban lo llamaban “Capucha”, como la que todos eran obligados a tener permanentemente en la cabeza, y que se encontraba en la Escuela de Mecánica de la Armada, obviamente en manos de la Marina.

Franca no podía creer estar prisionera a tan pocas cuadras de su casa, en ese edificio blanco frente al que había pasado cientos de veces. En las noches de silencio escuchaba pasar los trenes que había oído toda su vida desde su cama, ésos que de niña miraba entrar y salir de la estación por la ventana de su dormitorio. Su alma se encogía al imaginar a sus padres oyendo los mismos traqueos que ella, desvelados por la angustia de no saber dónde estaba su hija.

“Sólo dos estaciones: Núñez, Belgrano”, pensaba con tristeza al escuchar el chirrido de los frenos cuando el convoy se detenía; “dos estaciones más allá están mis viejos, sin saber nada de mí”.

Su cuerpo ya mostraba las huellas de los castigos brutales con los que intentaban arrancarle información que no poseía: moretones e hinchazones provocados por los golpes, quemaduras de las descargas eléctricas y los cigarrillos apagados sobre su piel. Y a los dolores se sumaba la humillación de las reiteradas violaciones, la agresión despiadada exacerbada por su condición de mujer y de judía.

“El Colegio... dale que dale con el Colegio”, pensaba Franca, “desde que encontraron en sus archivos que fui expulsada y que hubo una campaña por mi reincorporación deben pensar que soy la reina de la militancia. Que con quién, que dónde, que cuándo, que cómo...”.

–Cantá, judía mugrienta, porque si no sos boleta –repetían hasta el cansancio los torturadores que la interrogaban.

“No sirve de nada que les diga una y mil veces que hace un año que no voy al Colegio y que ya no tengo nada que ver con el maldito Nacional Buenos Aires; igual siguen torturándome. Les debe provocar placer, porque se ríen y hacen chistes entre ellos como si estuvieran en la más divertida de las fiestas. ¡Hasta el médico que tienen para controlar que no me muera participa de la diversión! Cuando me acordé que ya hace más de un mes que no me viene la menstruación intenté decirles que estaba embarazada para ver si se detenían, pero fue inútil; al contrario, tuve la sensación de que los golpes eran aún más fuertes.

Hay veces en las que el dolor es tanto que me olvido de mi cuerpo, entro en

un estado de inconciencia, como si estuviera en otro mundo. En otros momentos el sufrimiento me atraviesa de tal modo que quiero morirme para no tener que soportarlo más; y después me ahoga la angustia de no poder avisarles a mis padres en dónde estoy y que estoy viva.

Ya escuché tantas veces que me van a matar que creo que haber sobrevivido estos días puedo considerarlo un triunfo. Ni una aspirina me dan después de que me dejan tirada en mi celda aullando de dolor y temblando de fiebre.

Pero el guardia que casi siempre me trae de vuelta hasta aquí parece menos animal que el resto, aunque probablemente no sea nada más que una estrategia para que le pasemos información. Ayer lo volví a ver y le pedí que por favor llame a mi casa; no pude saberlo por la capucha, pero creo que anotó el teléfono en un papelito. Ojalá llame”.

Giorgio atendió el teléfono antes del segundo timbrazo; la voz en el aparato, joven y un tanto vacilante, pidió hablar con el señor Jorge J.

–Soy yo –respondió con el corazón galopando dentro del pecho.

–Lo llamo para comunicarle que su hija está bien –escuchó que le decían en tono neutro.

–¿Dónde está, dónde está?! ¿Cuándo la podemos ver? –quiso saber Giorgio.

–Señor, su hija está detenida, está bien, y la va a volver a ver muy pronto. Más no le puedo informar –concluyó el interlocutor colgando el auricular.

Fue la primera vez desde la desaparición de Franca que los J. sintieron algo parecido a la alegría; al menos sabían que estaba viva, y redoblaron sus esfuerzos para encontrarla.

Enrique había conocido en un asado a uno de los compañeros de militancia de Franca, y sabía dónde y cuándo tenían marcado un control semanal. Por eso el día indicado fue hasta esa esquina con la vaga esperanza de que el muchacho le contara que a su novia le habían dado la orden de irse urgente a algún lugar o que al menos supiera algo sobre ella. Cuando lo vio llegar, se acercó.

–Desapareció Laura –le dijo al joven en la esquina de Cabildo y Federico Lacroze.

–¡Uy, qué cagada! –fue la única respuesta que el otro alcanzó a dar antes de irse lo más rápido que le daban las piernas.

Los J. comenzaron a recibir llamadas telefónicas en las que los acusaban de zurdos, judíos, terroristas, y los amenazaban con bombas, torturas y secuestros; “chuparlos” era el término utilizado.

No se atrevían a desconectar el teléfono, porque preferían soportar la andanada de amenazas y agresiones antes que perder una posible llamada de Franca.

Giorgio, siguiendo el consejo de un amigo, instaló en el departamento un aparato que les permitía grabar las comunicaciones telefónicas que hacían y recibían. La embajada italiana comenzó a indagar a través del Ministerio de Relaciones Exteriores y de sus contactos en las esferas oficiales. Sin embargo, las respuestas seguían conformando un negro muro de silencio: nadie sabía nada, nadie había visto ni escuchado nada.



—Ayer hablé con tu viejo, piba. Le dije que estabas bien. No se te ocurra contárselo a nadie porque primero a mí me sancionan, y segundo, yo te reviento, ¿me entendiste?

—Sí, sí, por supuesto —contestó Franca feliz. Desde aquella mañana se esmeró por cultivar la relación con ese guardián cuando le traía la inmundada e insuficiente comida que llamaban cena. Lo trataba bien, intentaba ser simpática y amigable con el objetivo de que en algún momento le permitiera llamar a su casa. Franca argumentaba que no se iban a quedar tranquilos hasta que no escucharan su voz y también que, como eran italianos, la embajada iba a presionar. El guardián pareció escucharla, y dijo que lo iba a consultar con sus superiores.

“Afuera...”, se decía amargamente, “mi mundo ahora se divide entre afuera y adentro, entre antes y después. Todo cambió, como cuando Alicia pasó a través del espejo; aquí las reglas son otras, absurdas, arbitrarias, o con una lógica incomprensible, dentro de la cual la inteligencia no sirve para nada. De repente los que estamos aquí adentro somos culpables, formamos un río de cabezas aplastadas por el mismo pie. Aquí no hay abogados ni testigos, solamente ellos: los amos, y nosotros, los esclavos.”

Consiguió hacer un agujero minúsculo en su capucha, por el que alcanzaba a ver un poco. Un día, mientras la llevaban al baño, la dejaron parada unos minutos en el pasillo y a través de la puerta entreabierta que estaba al final del

corredor pudo ver una montaña de televisores, equipos de música, adornos, ¡hasta heladeras! Al retornar le preguntó a su vecina de cautiverio, que estaba allí desde hacía más tiempo, y ésta le dijo que a ese cuarto lo llamaban el “pañol”, y era donde guardaban las cosas que robaban en las casas de los secuestrados. “¡Encima de torturadores son ladrones!”, estalló Franca.

Pero eso era “adentro”, donde las cosas no eran como “afuera”.



–Hola, ¿papá?

–¡Sí, hola Franca! ¿Dove sei?

–Senti... te tengo que hablar en castellano. Estoy... te ... Además tengo muy poco tiempo para hablar.

–Sí.

–Quería decirte que estoy muy bien, que estoy detenida en un... en una dependencia de Seguridad Federal.

–Sí.

–Y que estoy bien, que me abrigan, me cuidan y me dan de comer.

–¿Y cómo te dejan hablar?

–No sé, me dieron permiso para hablar... y pronto nos vamos a ver

–¿Pronto nos vamos a ver?

–Sí.

–¿Estás bien?

–¿Ustedes cómo están?

–Bien, muy bien. ¿Vos estás bien?

–Sí, sí. Yo estoy bien, no se preocupen, realmente estoy bien; como bien, estoy abrigada, si me enfermo tengo remedios y estoy bien.

–Bueno...

–Bueno entonces, un beso grande ¿Y mamá cómo está?

–¿Mamá?... Sí, estamos bien, tesoro.

–¿Eh?

–Cuidate mucho. Y cuando salgas, ¿cómo vas a hacer? ¿Vas a llamar para que te vayamos a buscar?

–Sí... No sé... no sé... Supongo que... eh... de verdad no sé.

–Bueno, ¿en Seguridad Federal estás?

–Te van a avisar

–¿Me van a avisar? ¿Estás en Seguridad Federal?

–Sí. Cualquiera cosa te van a avisar.

–¿Estás en Seguridad Federal?

–Exactamente.

–Te dijeron ellos.

–El lugar... no sé, así que no puedo decirte nada más.

–Bueno, perfecto.

–Pero por favor, ustedes estén tranquilos.

–Sí, Franca, vos te imaginás que nosotros y todas las personas que pueden ocuparse de este asunto lo están haciendo, así que vamos a ver...

–Bueno, está bien.

–Eh... ah... ¡Qué Dios te bendiga, Franca!

–Bueno, chau, papi.

–Listo, pendeja, ya está, ya te dimos lo que querías y hablaste con papito, así que ahora no hinchas más las pelotas. ¡Mirá qué coraje, el boludo de tu viejo, haciéndose el piola con eso de que todas las personas ya se están ocupando de vos! ¿Con quién va a hablar, con el Papa? ¡Si ustedes son unos judíos de mierda! ¡Nadie se va a ocupar de vos, nena! ¡Nadie! Nosotros somos Dios y decidimos sobre la vida y la muerte. A ver, Gallego, llevate a la pendeja para arriba.

Mientras la devolvían a su calabozo, Franca escuchó cómo el oficial que había supervisado el breve llamado seguía insultándola. Durante toda la conversación, el esbirro se había encargado de dictarle cada palabra, sobre todo cuando las preguntas de Giorgio fueron más allá del texto que Franca, obedientemente, había practicado hasta saberlo de memoria: “estoy bien, me dan de comer, me abrigan y me cuidan”. La muchacha había mantenido una calma sorprendente, y su tono de voz no denotaba la enorme presión que estaba soportando. Aun cuando su padre insistía para que dijera lo que no podía decirle, había estado serena frente a las señas que su guardián le hacía. De vuelta en su celda, Franca lloró en silencio su tristeza y alegría. La había hecho feliz volver a oír la voz de su padre, saber que a ellos no les había pasado nada, que el “afuera” seguía existiendo. Pero el dolor de no saber cuándo volvería a verlos le perforaba el pecho.

Las gestiones de los J., que habían sido intensas durante las primeras semanas, cobraron después del llamado de Franca un ritmo frenético. Del modo que fuera, había que rescatarla. Un amigo de los J. consiguió audiencia con un general del ejército, que recibió brevemente a Vera.

—¿Franca J. es su hija? —le preguntó el militar, con aire de conocerla muy bien—. ¡Ya tuve catorce pedidos por esa chica, señora! ¡No sé nada, así que por favor, déjenme en paz! —estalló el oficial dando por terminado el encuentro.

En el Ministerio del Interior, el uniformado que se reunió con Vera fue mucho menos personal e infinitamente más cruel.

—¿Su hija era bonita, señora? —inquirió con el mismo tono que utilizan los médicos para saber los detalles de un síntoma.

—Sí, es muy linda —respondió Vera, sin entender el motivo de la pregunta, y subrayando el tiempo presente en la respuesta.

—Y bueno, señora —diagnosticó el militar con la suficiencia de un experto en el tema—, obviamente se la llevaron para la trata de blancas y la deben tener trabajando en algún burdel.

Pablo también intentó hacer algo y le pidió a su papá que hablara con su conocido, el comisario. El policía le dio al padre de Pablo los datos de un abogado, advirtiéndole que el sujeto tenía “muchos contactos con los milicos”.

El papá de Pablo se comunicó con el sujeto por teléfono y quedaron en verse en un par de días porque, según le explicó, necesitaba tiempo para hacer averiguaciones. Pablo quería acompañarlo a toda costa, pero su padre se negó temiendo por su seguridad. Cuando llegó la fecha de la reunión, fue hasta el estudio jurídico.

—Mirá —le dijo el abogado de marras con un tono de superioridad—, a la chica la tiene la Marina, pero te recomiendo que vos no intentes averiguar nada más, porque si no el que puede llegar a sufrir las consecuencias es tu hijo.

El padre de Pablo no necesitó más explicaciones: había comprendido el mensaje perfectamente. Se encontró con Giorgio en una esquina, le transmitió la información y, con dolor y vergüenza le pidió que no lo llamara más.

Los días seguían pasando y la información sobre Franca era prácticamente inexistente. Los jueces, cobardes o acobardados, se negaban una y otra vez a procesar los hábeas corpus.

Los J., como muchos familiares de otros desaparecidos, se habían adentrado en un submundo de informantes y extorsionadores que, prometiendo datos concretos, pedían sumas de dinero cada vez más elevadas. En una ocasión uno de estos oscuros personajes que lucraban con la angustia ajena afirmó que podía llevar a Franca a Ezeiza para que se fuera del país. Escépticos pero prisioneros de la duda, los J. cumplieron con el pedido de arrojar una bolsa repleta de billetes por debajo de la cortina metálica de un local abandonado, en pleno centro de Buenos Aires. Luego esperaron en Ezeiza infructuosamente durante doce horas.



Mientras tanto, en todo el país el cerco sobre aquéllos que el gobierno consideraba peligrosos se iba cerrando. La disparatada lógica de los asesinos hacía que todos fueran sospechosos o directamente culpables.

El 15 de julio de 1976, una banda de delincuentes oficiales hizo volar con explosivos la puerta del departamento de Barrio Norte donde vivían los Tarnopolsky, Hugo y Blanca, un cálido matrimonio de profesionales cuarentones, tenían tres hijos. La pandilla buscaba a dos de los hijos de la pareja, ya que al hermano mayor, Sergio, lo habían secuestrado mientras cumplía con su servicio militar. La primera persona que vieron al entrar fue a la abuela. La edad de la pobre mujer aterrorizada no fue obstáculo para que la cubrieran de golpes y la obligaran a ir a buscar a su nieta Betina, que era un par de años menor que Franca. Con la disparatada lógica que los caracterizaba, los militares se llevaron no sólo a la niña, sino también a Hugo y Blanca, sus padres, quienes terminaron prisioneros en la ESMA. Apenas Daniel, el hijo del medio, salvó su pellejo porque nadie sabía dónde estaba.

Muy temprano al día siguiente cargaron a Betina en uno de los fatídicos Falcon y la obligaron a tocar el portero eléctrico del edificio donde vivía su amiga Diana, la mejor amiga de Franca.

—Soy yo, Mary, abríme—rogó la muchacha a la empleada que trabajaba con la familia. Betina y los pistoleros subieron por el ascensor, y cuando la mucama abrió la puerta del departamento la arrojaron al piso de un sopapo. Varios encapuchados armados con ametralladoras entraron violentamente. Juan, el padre de Diana, escuchó los ruidos y apareció en calzoncillos en el living; casi se desmaya al ver a

Betina sentada en un sillón con un fusil que le apuntaba a la cabeza.

–¿Dónde está su hija Diana, la que puso la bomba en la comisaría tercera de Tigre? –le preguntó el que parecía ser el jefe.

–Mi hija no está, el lunes se fue del país –contestó Juan–. Miren, aquí está la foto que le tomamos en Ezeiza –insistió, agradeciendo mentalmente al providencial fotógrafo ambulante que se ganaba la vida en el aeropuerto.

Diana, desesperada ante la desaparición de Franca, se había ido de la Argentina treinta y seis horas antes.

–¿Quién más está en la casa? –preguntaron los enmascarados, sin estar del todo convencidos.

–Mi mujer y mi hijo, que están durmiendo –contestó Juan.

A Enrique, de 17 años, lo despertaron poniéndole el caño de una pistola en la cabeza; el joven, medio dormido, lo apartó de un manotazo, lo que le valió una andanada de golpes y puntapiés y la orden de meterse debajo de la cama y no hacer ruido.

–Abra la caja fuerte –le ordenaron a Juan.

Después de recoger las pocas joyas que su esposa guardaba, le preguntaron dónde escondía los dólares.

–No tengo nada –contestó Juan, quien no hubiera tenido el ánimo necesario para mentir.

–¡Judío de mierda, sabemos que tenés un toco! –insistió el jefe.

Revolvieron todo sin hallar nada.

–¿Qué otras propiedades tiene? –le preguntaron los bandidos, que pese a no haber encontrado a su presa no olvidaban sus otros objetivos.

–Mi estudio.

–¿Y eso dónde está?

–Aquí nomás, a la vuelta.

–Entonces vamos para allá –resolvieron, señalando en dirección a la puerta con sus armas.

–Un momento –respondió Juan, atildado hasta la inconciencia–, yo sin vestirme no voy.

Desorientados ante semejante planteo, los secuestradores le permitieron vestirse, tiempo que aprovecharon para recoger cuanto objeto de valor pudieron cargar. En la calle había varios automóviles Falcon estacionados esperando tranqui-

lamente que la patota terminara su trabajo. Sobre los techos de la zona, hombres armados controlaban que nadie intentara fugarse. Juan, seguido de su extraño cortejo, subió a uno de los autos para ir hasta su estudio donde los delincuentes robaron lo que les pareció interesante, que no fue mucho. Luego, sin dar más explicaciones, volvieron a entrar en sus coches y se fueron.

Sentada en el asiento de atrás de uno de los autos iba Betina Tarnopolsky, de quien nunca más se supo nada.

Cuando Diana, desde Israel, se enteró de lo que había pasado, respiró con alivio. Hacía meses que había abandonado cualquier actividad política, jamás había puesto una bomba y ni siquiera sabía dónde había una comisaría en Tigre. Pero los miles de kilómetros que la ponían fuera del alcance del genocida gobierno argentino no alcanzaban para resguardarla del enorme dolor de no saber qué había sido de sus amigas.



La búsqueda de Franca se transformó en motivo y causa de la vida de Giorgio y Vera. Muchos amigos y familiares los ayudaron sin descanso, aun a costa de arriesgar su propia seguridad. Otros, muy pocos, les dieron la espalda, evitándolos como si estuvieran infectados con una enfermedad mortal. El grueso de la sociedad argentina seguía adelante con sus quehaceres cotidianos, amparado en ocasiones por la ignorancia y otras refugiado en la más cínica de las indiferencias.

La embajada italiana brindó su total colaboración a los J., y llegó a extender un pasaporte a nombre de Franca para que la muchacha pudiera salir del país ni bien fuera liberada, pese a que jamás se emitían documentos sin la presencia del interesado.

Haciendo planes para el futuro, Giorgio le prometió a Enrique, con quien se encontraba a escondidas, que le iba a pagar el pasaje para que pudiera irse junto con su novia. En Roma, los J. se entrevistaron dos veces con el Papa para que intercediera por su hija desaparecida, pero ni siquiera el Santo Padre fue capaz de perforar el muro de silencio. Giorgio y Vera pasaron días enteros escribiendo cientos de cartas, pero la respuesta, cuando la había, era siempre la misma: nadie sabía nada, nadie había visto ni oído nada. A medida que transcurrían las semanas y los meses, fueron sabiendo de más y más personas en situaciones similares, miles de familias padeciendo el mismo calvario.



Para Franca también iba pasando el tiempo. Cada vez conocía mejor a sus guardianes, sabía cuáles eran los más peligrosos, cuáles los que permitían alguna mínima transgresión. Las paredes delgadas, el techo inclinado y los olores de su calabozo le resultaban ya familiares. Algunas noches no podía parar de especular sobre su destino, pese a que hacía enormes esfuerzos por evitar pensar en lo que el futuro podía depararle si no recuperaba su libertad.

“Me gustaría ver con qué cara salen a la calle los tipos que me torturan”, se preguntaba curiosa y mordaz. “¿Será posible que ni se les pase por la cabeza que están haciendo algo malo? Seguro que no temen que alguna vez alguien les reclame nada; en este país nunca nadie fue condenado por torturador. Hasta los chicos saben que a los presos se los somete a tormentos, y todo el mundo conoce para qué se usa una picana cuando no hay ganado alrededor. ¿Qué pensará el gordo ese que ayer casi me revienta a golpes cuando se mira al espejo mientras se peina a la gomina? ¿Pensará que es un asesino?”.

Por momentos la ganaban la desazón y el escepticismo, y el darse cuenta de que esos sádicos y desalmados eran tan argentinos como ella la enfurecía. Imaginaba que los esbirros caminaban por la calle, tomaban café, podían cruzarse con su novio o con sus padres en un ascensor y decir: “Pase usted, no, por favor, pase usted”, y la sola idea la sublevaba.

Pero Franca pasaba la mayor parte del tiempo recordando escenas del “afuera”, pequeñas cosas de su vida cotidiana: las imágenes de su relación con Enrique, las conversaciones compartidas con cada uno de sus amigos, con su familia... “Pobre nonna”, se lamentaba más de una vez, “¿cómo hará ahora para irse a dormir sin recibir mi llamado de todas las noches? Y Florencia, tan chiquitita, ¿se dará cuenta de que no la saco más a pasear?”.

Y así una y otra vez, se esmeraba en rememorar hasta el último detalle de las cosas, de la gente y de cómo se sentía cuando tenía una vida toda para ella. Hacía eso para no perder la cordura, para poder aguantar mejor. En su imaginación volvía a salir de paseo con su primita y sentía otra vez la calidez de un nuevo instinto maternal subiéndole desde el vientre.

Un día en el que todo estaba más silencioso que de costumbre, se acordó del primer campamento que compartió con Diana, hacía ya más de cinco años. Entrecerrando los ojos se vio con su amiga caminando por las sierras cordobesas cantando a dúo, alegres, despreocupadas, pensando únicamente en pasarla

bien, en crecer pronto y conseguir novio. La imagen le entibió la sangre y la llenó de ternura. Sentada en el suelo del estrecho calabozo abrazó sus rodillas y, meciéndose suavemente, empezó a cantar en voz muy baja la vieja canción española que habían entonado aquella vez:

*Un sueño soñaba anoche
soñito del alma mía,
soñaba con mis amores,
que en mis brazos los tenía.
Vi entrar señora muy blanca,
muy más que la nieve fría.
¿Por dónde has entrado, amor?
¿Cómo has entrado, mi vida?
Las puertas están cerradas,
ventanas y celosías.
No soy el amor, amante,
soy la muerte, Dios me envía.
Ay, muerte tan rigurosa,
¡déjame vivir un día!
Un día no puede ser;
una hora tienes de vida.*

Estaba tan ensimismada en su canto que no prestó atención a los pasos que se acercaban.

Súbitamente, la puerta de su celda se abrió. Un silencio sepulcral inundó el aire.



A MODO DE EPÍLOGO

Pese a que han pasado casi 30 años de la desaparición de Franca, todavía no se puede escribir el epílogo definitivo de su historia, ya que sus restos nunca fueron hallados. Cruel confirmación de lo profunda que puede ser la cobardía humana, ninguno de sus secuestradores, carceleros o torturadores dijo nunca nada que pudiese ayudar a echar luz sobre su vida en cautiverio o sobre su muerte. Jamás identificados por la pusilánime justicia argentina, muchos de ellos deben seguir hoy –más viejos y más cansados– caminando por las calles de Buenos Aires.

Su madre, incansable luchadora por los derechos humanos, vive todavía en el cálido departamento de Belgrano donde Franca creció. Su padre falleció en abril de 1991. Su último novio, Enrique, quien en la década del ochenta fue fotógrafo de la CONADEP, vive en Madrid, donde sigue sacando fotos constantemente. Diana, su amiga y compañera de aventuras y desventuras, vive en Buenos Aires con su marido Leo y sus hijos. Sus compañeros del Colegio Nacional de Buenos Aires andamos repartidos por el mundo, y cada cinco años decimos “presente” cuando, en nuestras reuniones, el nombre de Franca se pronuncia a viva voz junto al de los demás alumnos desaparecidos en la flor de la adolescencia.

Nueva York, marzo de 2006

ÍNDICE

Prólogo	4
I.....	6
II	10
III.....	17
IV.....	22
V	27
VI.....	34
VII	39
VIII	45
IX	49
X	55
XI	61
XII	65
XIII	73
XIV	78
XV	84
XVI	89
XVII.....	94
XVIII	98
XIX	104
XX	109
XXI	115
A modo de epílogo	127



Este libro se terminó de imprimir en abril de 2006
en Grancharoff Impresores, Tapalqué 5868, Ciudad de Buenos Aires.

impresores@grancharoff.com